

En el piso de abajo

Memorias de una
cocinera inglesa
de los años 20

Margaret Powell



de

En la primera casa en que entró a trabajar como pinche de cocina, a los quince años, Margaret Powell se quedó atónita cuando le dijeron que, entre sus tareas, figuraba la de planchar los cordones de los zapatos. La señora de la casa le prohibió, además, entregarle en mano cualquier cosa: siempre tenía que ser «en bandeja de plata». Era la Inglaterra de los años 20, y en ella una chica empleada en el servicio doméstico tenía que mentir a los chicos si quería encontrar novio: ellos las llamaban «esclavas».

En el piso de abajo son las memorias de una mujer sedienta de educación que no comprende que, cuando pide un libro de la biblioteca de sus señores, éstos la miren incrédulos y espantados. Con el tiempo, aprendió por su cuenta y en 1968 publicó este libro, que ha sido la fuente reconocida de inspiración de series como Arriba y abajo y Downton Abbey, pero mucho más incisiva e intencionada que ellas. En el sótano, a «ellos» (como llamaban a los señores), se les hacía «una especie de psiconálisis de cocina, sin cabida para Freud. «Creo que nosotros sabíamos de la vida sexual ajena mucho más de lo que él llegó a saber nunca».

Penetrante en su observación de las relaciones entre clases, libre y deslenguada en la expresión de sus deseos, Margaret Powell nos cuenta qué significaba para los de abajo preparar las cenas de seis platos de los de arriba. Un documento excepcional.



Margaret Powell

En el piso de abajo

**Memorias de una cocinera
inglesa de los años 20**

ePub r1.2

Achab1951 12.04.14

Título original: *Below Stairs*
Margaret Powell, 1968
Traducción: Elena Bernardo Gil

Editor digital: Achab1951
Corrección de erratas: Stardust Crusader y atuvera
ePub base r1.0



Para Leigh (Reggie) Crutchley,
con afecto y gratitud.

1

Nací en Hove en 1907. Yo era la segunda de siete hermanos. Lo primero que recuerdo es que había niños que parecían andar mejor de dinero de lo que andábamos en mi familia. No obstante, nuestros padres se preocupaban muchísimo por nosotros. Hay algo que recuerdo especialmente, y es que todos los domingos por la mañana mi padre nos traía una revista de historietas y una bolsa de golosinas. Las revistas de historietas valían medio penique cuando eran en blanco y negro, y un penique cuando estaban coloreadas. Cuando lo recuerdo ahora, me pregunto cómo se las arreglaría para comprarlas cuando estaba sin trabajo y en casa no entraba nada de dinero.

Mi padre era pintor y decorador, una especie de manitas. Todo se le daba bien: arreglar tejados, enlucir... pero su fuerte era pintar y poner papel pintado. Sin embargo, en nuestro barrio había poco trabajo en invierno. A la gente no le gustaba que se hicieran arreglos en su casa por esas fechas. No se podía pintar por fuera, y nadie quería tampoco las complicaciones de pintar dentro. De modo que los inviernos eran tiempos difíciles.

Mi madre limpiaba casas desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde por dos chelines al día. A veces volvía a casa con algún tesoro, como un cuenco de grasa de carne asada, media hogaza de pan, un poquito de mantequilla o un tazón de sopa. Mi madre odiaba aceptar cosas. Odiaba la caridad. Pero a nosotros nos gustaba tanto que trajera cosas que, cuando veíamos que traía algo, salíamos corriendo para ver qué era.

Supongo que hoy puede parecer curioso que mi madre odiara tanto la caridad, pero cuando mis padres nos criaron no había dinero para los desempleados. Si recibías algo, era por caridad.

Me acuerdo de que mi madre, una vez en que solo teníamos un par de zapatos para cada uno y todos necesitaban remiendos, se acercó al ayuntamiento para ver si le daban alguna ayuda. Tuvo que contestar montones de preguntas y le hicieron sentirse avergonzada por no tener suficiente dinero para mantenerse.

Encontrar un lugar donde vivir era por aquel entonces muy distinto a como es ahora. Bastaba con salir a la calle y andar un poco para ver carteles de «Se alquilan habitaciones».

Cuando las cosas se ponían muy cuesta arriba, nosotros solo podíamos tener una o dos habitaciones, y siempre en casa ajena. Sin embargo, cuando papá tenía trabajo, podíamos alquilar media casa. Nunca tuvimos casa propia. Por aquel entonces poca gente podía permitirse tener una casa entera para su familia. En lo que se refiere a comprar una casa, ¡santo cielo!, era algo que ni se nos pasaba por la cabeza.

Me acuerdo de que yo me preguntaba a menudo cómo era posible que, estando las cosas tan

mal como estaban, mamá no dejara de tener niños, y también me acuerdo de lo mucho que se enfadaba porque una pareja de solteronas para las que trabajaba le decía sin parar que no tuviera más hijos porque no podía permitírselo. Una vez le pregunté a mi madre: «¿Por qué tienes tantos niños? ¿Es difícil tener niños?». Y ella me respondió: «Para nada. Coser y cantar».

Ya ven cuál era el único placer que podía permitirse la gente pobre. Era algo que no costaba nada, al menos no mientras se estaba haciendo el niño. Tener niños era de lo más fácil. A todo el mundo le daban igual los médicos y, además, traer a la partera suponía poco gasto. En cuanto al hecho de que después sí que fuera a suponer un gasto, bueno, por aquel entonces la clase trabajadora nunca pensaba mucho en el futuro. No se atrevía a hacerlo; bastante tenía con vivir al día.

Además, la gente no pensaba en el control de la natalidad. Solo se pensaba en tener familia. Tal vez fuera un legado de la época victoriana porque, en cierto modo, cuantos más hijos tenías más se te veía como a alguien que cumplía con su deber de ciudadano cristiano. Aunque la verdad es que la Iglesia no tenía mucho peso en la vida de mi padre o de mi madre. No creo que tuvieran mucho tiempo para eso. Aunque seguramente sería más exacto decir que sí tenían tiempo, pero no disposición. A algunos de nosotros ni siquiera nos habían llevado a cristianar. Yo, por ejemplo, no lo estaba, y nunca lo he estado. Sin embargo, todos teníamos que ir a la escuela dominical. No porque mis padres fueran religiosos, sino porque así se nos quitaban de en medio.

Los domingos por la tarde se dedicaban a hacer el amor, porque en las casas de la clase trabajadora no se podía tener mucha intimidad. Cuando vivías en dos o tres cuartos, alguno de los niños siempre dormía contigo. Si tenías sentido de la decencia —y mis padres lo tenían porque en toda mi infancia nunca llegué a enterarme de si hacían el amor— te esperabas hasta que se durmieran o no anduvieran por medio. La verdad es que nunca los vi siquiera darse un beso, porque mi padre era tirando a seco, al menos en apariencia, y me asombré mucho cuando, no hace tanto, mi madre me dijo que en realidad era un hombre muy ardiente. Así que, como ven, solo podían dejarse llevar cuando los niños no andaban por medio.

Total, que los domingos por la tarde, después de una buena comida (todo el mundo procuraba hacer una buena comida los domingos) era el momento de pasarse un rato en la cama, haciendo el amor y echándose una siestecita. Porque, como me dijo mi madre tiempo después, puestos a hacer el amor, mejor hacerlo con comodidad. Cuando llegas a la mediana edad, hacerlo en rincones raros ya no te hace tanta gracia. Por eso la escuela dominical tenía tanto éxito. No sé cómo será ahora.

Mi hermano y yo empezamos a ir juntos al colegio. Por aquel entonces te dejaban empezar con cuatro años. Mi madre me envió a la escuela con él porque ya tenía a otro niño danzando por ahí, y pensó que sería mejor quitarse a dos de encima.

Teníamos que volver a casa para el almuerzo. En el colegio no se daba de comer, ni leche, ni nada parecido. Te llevabas una rebanada de pan con mantequilla envuelta en un trozo de papel y se la dabas a la maestra para que te la guardara, porque muchos de nosotros, de niños, teníamos tanta hambre que nos la comíamos a mordisquitos durante las clases de la mañana, en lugar de estar haciendo lo que tuviéramos que hacer. A las once en punto nos las repartían.

Guardo pocos recuerdos de mis primeros días en el colegio; es como si, hasta los siete años,

no hubiera tenido necesidad de ocupar un lugar en la existencia. Lo que pasó es que, como mi madre se marchaba temprano por la mañana para ir a servir y yo era la niña mayor, me tenía que ocupar de poner el desayuno a mis hermanos. Piensen que para darles el desayuno no había que cocinar, ni nada parecido. Nunca tuvimos huevos, ni tocino, y de los cereales ni siquiera habíamos oído hablar. En invierno tomábamos avena cocida, y en verano únicamente pan con margarina y una capa fina de mermelada, cuando mamá traía. Solo teníamos permiso para tomar tres rebanadas.

Siempre me gustó ir a la panadería y comprar esos panes redondos que por encima tienen un dibujo que hace cuatro picos (creo que se llamaban panes de Coburgo). Siempre nos peleábamos para quedarnos con los picos, porque contaban como un trozo de pan pero llenaban más que una rebanada.

Después preparaba el té —un té muy flojo al que se llamaba escoria, de lo barato que era—, recogía, fregaba y me preparaba para ir al colegio.

Llevaba a la guardería a los dos pequeños. Valía seis peniques diarios por niño. Por ese dinero, también almorzaban. Los dejaba allí justo antes de entrar al colegio y los recogía por la tarde, al salir.

A mediodía me iba a casa corriendo, sacaba las patatas y las verduras, ponía en marcha el almuerzo y hacía todo cuanto podía para que mi madre, al volver corriendo del trabajo, no tuviera más que servirlo.

Por lo general comíamos estofados, porque es lo que más llena.

A veces madre nos preparaba un pudín de carne. Cuando pienso ahora en aquel pudín de carne, me hace gracia. Me acercaba hasta la carnicería y pedía seis peniques de «adornos de mostrador». La higiene no tenía nada que ver con lo que es ahora, y los carniceros colocaban unas grandes tablas de madera fuera de la tienda para exponer toda la carne, a la gente y a las moscas. A medida que cortaban siempre quedaban restos de carne, que iban esparciendo alrededor. A esos recortes se les llamaba «adornos de mostrador».

Por lo general, yo compraba seis peniques de recortes y un penique de sebo. Con eso mi madre preparaba un pudín de carne fantástico. Sabía muchísimo mejor que el que yo hago ahora, cuando pago cinco o seis chelines por la carne.

En cuanto acababa de comer, mi madre se volvía al trabajo a todo correr, porque solo le daban media hora de descanso. Total, que a mí me tocaba fregar antes de volverme al colegio. Después, en cuanto salía por la tarde, recogía a los dos pequeños de la guardería, los llevaba a casa, ordenaba y hacía las camas.

Nunca tuve la sensación de estar sufriendo, ni tampoco de que me maltrataran. Las cosas eran así, nada más. Cuando eras la hija mayor en una familia de clase trabajadora, eso era lo que se esperaba de ti.

Por las tardes era mamá quien se encargaba de todo, claro. Volvía a casa a eso de las seis y nos daba de merendar lo mismo que en el desayuno: pan con margarina.

De pequeña nunca salí de noche a la calle, y mis padres eran muy estrictos en este sentido. En cambio, leía mucho. Por entonces ya teníamos una biblioteca gratuita. También nos las apañábamos para entretenernos solos.

Mi hermano mayor nos montaba a menudo espectáculos de magia. Se le daba de maravilla. Alguien nos regaló una linterna mágica con transparencias. No se movían, desde luego, pero mi hermano se las arreglaba para inventarse historias sobre ellas. No hubo una sola tarde en que nos aburriéramos. Siempre había algo que hacer.

A diferencia de mucha gente que he conocido, en mis años de escuela yo no hice amigos que perdurasen. Supongo que es fácil verlo desde hoy y afirmar que mi madre y mi padre eran poco sociables porque no nos daban permiso para traer amigos a casa. Mamá ya tenía bastantes niños. Nunca tuve fiestas de cumpleaños, por supuesto; esas cosas eran inimaginables.

En el colegio había dos niñas con las que me llevaba bien, pero ya se sabe lo que pasa cuando hay tres, que son multitud y a una le dan de lado, y ésa siempre era yo. Creo que aquellas dos niñas procedían de casas donde se hablaban las cosas, como por ejemplo de sexo, porque entre ellas había una especie de código, del que yo nunca entendí ni una palabra, que hacía que anduvieran todo el rato con risitas. Una vez, cuando yo estaba a punto de cumplir los trece, una de ellas —se llamaba Bertha— no quería salir a jugar. Yo le pregunté: «¿Por qué? ¿Por qué no puedes venir?». Y ella me respondió: «Es que ayer anduve en bicicleta y me hice daño, así que ahora no puedo hacer nada». Y las dos empezaron con sus risitas.

Pero la verdad es que, teniendo como tenía a mi familia, todo eso me daba igual y, además, teníamos toda la ciudad a nuestra disposición.

2

Hove era un sitio estupendo, sobre todo para los niños, y en especial para los niños que no tenían dinero. La ciudad no era como es ahora.

Por ejemplo, la zona junto al mar y los campos contiguos. Esos terrenos ahora están arreglados para gente adinerada. Hay un juego del reloj para entrenarse al golf, hay tenis y bolos, pero no hay nada de nada para los niños. Sin embargo, cuando yo era pequeña aquellos terrenos eran para todo el mundo. No había nada más que hierba y un refugio, y por alrededor había arbustos en los que se podía jugar fantásticamente al escondite. Podías ir allí y organizar una merienda campestre; no había guardas que vinieran a darte la lata.

Otra ventaja era que el campo estaba al lado de la ciudad. Viviéramos donde viviéramos, apenas teníamos que caminar unos minutos y ahí estaba el campo, con sus granjas.

Los granjeros eran muy simpáticos. Nos dejaban andar por ahí, asomarnos a la cochiguera para rascar a los cerdos, imitar el cacareo de las gallinas y quedarnos a ver cómo ordeñaban las vacas. A veces, la mujer del granjero salía y nos daba un vaso de limonada.

Había árboles para subirse a ellos, árboles fantásticos que parecían haber crecido justo para los niños.

En la playa se montaban espectáculos a orillas del mar, los de Pierrot. Sentarse en una silla de playa y quedarse a ver el espectáculo valía seis peniques o un chelín, pero ni que decir tiene que nosotros nunca teníamos ese dinero. Así que nos quedábamos al fondo.

Desde la distancia que da el tiempo, creo que aquellos espectáculos eran buenos. No eran en absoluto indecentes, porque los presentaban como un espectáculo para toda la familia.

Una soprano salía y cantaba una canción romántica de amores perdidos, sobre un amante que tuvo y se marchó por culpa de un malentendido, y ella esperaba de todo corazón que algún día volverían a encontrarse. La mitad de los espectadores se echaba a llorar, y también los niños que estábamos al fondo. Por entonces la gente creía en esas cosas: morir de amor, conmoverse por ello, arrepentirse de las cosas, las oportunidades perdidas y todo eso. Nadie tenía esa actitud de «a mí qué me importa». Después salía el barítono, que cantaba canciones sobre la amistad, Inglaterra, y una muy conocida llamada *Hands Across the Sea*.

Ahora todas estas cosas pueden parecer bagatelas, pero a nosotros el espectáculo nos parecía estupendo y a los demás espectadores, también.

Luego estaban los burros y el señor que los cuidaba. Hace poco he oído que se dice que la gente que pasa mucho tiempo con animales termina pareciéndose a ellos, tanto por su aspecto

como por sus gestos. Era el caso del señor que cuidaba de los burros. Era viejo, bajito, encorvado, gris y muy peludo. No es que tuviera barba, sino que parecía salirle pelo por todas partes. Muchas veces he pensado que, de haberse puesto a cuatro patas, podríamos habernos subido encima y no habernos dado cuenta de que a lo que estábamos subidos no era un burro.

¡Qué pena daba esa recua de burros! Supongo que no les faltaba la comida, pero los burros son criaturas que siempre dan pena, salvo cuando están bien cuidados, y éstos no debían estarlo. Pero los niños pudientes nunca necesitaron sentarse a lomos de un burro, como los niños normales. ¡Desde luego que no! Podrían haberse ensuciado. Ellos iban en un cochecito tirado por perros, todo él tapizado de cuero rojo. Había sitio para dos. Aquellos niños iban con niñeras que los tenían a su cargo y salían a la calle vestidos de punta en blanco, en carricoches muy amplios.

El dueño del cochecito tirado por perros tenía que ir andando junto a los niños por un lado, y por el otro tenía que ir la niñera, no fuera a pasarles algo a esos angelitos. Sin embargo, no pasaba nada porque nosotros fuéramos trotando a lomos de los viejos burros, con el trasero escocido.

A los niños ricos nunca les dejaban jugar con los niños de clase baja como nosotros. Nunca les dejaban jugar con nadie, solo con otros niños igual de ricos. Y nunca iban a ningún sitio solos, sino siempre con sus niñeras. Algunos tenían dos: una niñera y una ayudante de niñera. Los terrenos junto al mar estaban abiertos a todos y a nosotros no podían echarnos, pero, si algún niño se acercaba a nosotros, la niñera le decía: «¡Vete de ahí! ¡Aléjate ahora mismo! ¡Ven aquí!». Nunca les dejaban hablar con nosotros.

Como se pueden figurar, nosotros sentíamos por ellos una especie de desdén. Había cosas que ellos no podían hacer y nosotros sí. No les dejaban ensuciarse, ni andar entrando y saliendo de los arbustos. Tampoco les dejaban subirse a los bancos y andar sobre sus estrechos respaldos. No les dejaban hacer nada divertido, pero no era culpa suya.

Fuera como fuese, nunca nos mezclábamos. Jamás. Ellos jugaban a sus jueguecitos exquisitos con grandes pelotas de colores, se paseaban con sus cochecitos de muñecas o daban vueltas con sus patinetes. En cambio, nosotros no teníamos nada de nada, todo lo más alguna pelota de tenis vieja, pero con todo y eso jugábamos a juegos fantásticos, sin tener absolutamente nada.

Puede que si nos hubieran dejado mezclarnos nos habríamos hecho amigos, pero no lo creo, porque a ellos los educaban con la idea arraigada de que eran una clase de personas distintas de nosotros.

Recuerdo, por ejemplo, una vez en que estaba jugando por ahí y llevaba puesto un abrigo que había sido de mi abuela; era un abrigo afelpado. Una de aquellas niñas se acercó y empezó a hacer comentarios sobre mi abrigo. La niñera la reprendió: «No debes decir eso, preciosa, al fin y al cabo son niños pobres. Su mamá no tiene dinero». Y la niña se echó a reír y contestó: «Sí, pero ¿has visto qué pinta tiene? A lo mejor mamá tiene algo que darle para que se lo ponga». Aquello me fastidió un montón. Hasta entonces, a mí aquel abrigo me había dado igual. No me había parecido que llevar un abrigo de mi abuela estuviera mal. El incidente se me grabó en la memoria, pero no tuve tiempo para estar resentida porque siempre había algo que hacer o algo que esperar, como la visita anual del circo.

3

El mejor circo que tuvimos fue el de Lord George Sanger. Supongo que en realidad se llamaba George Lord y que dio la vuelta al nombre, pero por entonces nos creíamos que era un lord de verdad. Vestía tan sumamente bien que nos parecía fantástico. Llevaba una chaqueta de piel con flecos que colgaban por todos lados, un enorme sombrero Stetson, una especie de pantalones de montar y unas botas brillantes hasta las rodillas, con tachones metálicos a los lados. A nosotros nos parecía que así era como debía vestir un lord. Era como si no fuera de este mundo. No siempre podíamos permitirnos ir al circo, pero siempre lo intentábamos, y siempre podíamos acercarnos a ver a los animales —elefantes, leones y tigres—; eso era gratis.

Me acuerdo de que uno de los años que vinieron trajeron una atracción fantástica con un hombre bala al que disparaban con un cañón desde un lado de la carpa, y que luego aterrizaba en una red. Todas las noches oíamos el tremendo ¡bum! del disparo. Esto hacía que aún nos entraran más ganas de ir, pero ese circo siempre venía cuando mi padre no tenía trabajo y no podía darnos dinero. La entrada valía seis peniques por niño. Eso daba derecho a sentarse en la parte de atrás. Así que buscamos la manera de conseguirlos. Fuimos preguntando a la gente puerta a puerta si tenía tarros de mermelada que ya no quisiera; en nuestra casa nunca había tarros. Cuando comprábamos mermelada era una tacita de un penique, que se sacaba de un tarro grande, a granel. El tendero era amigo mío, y siempre me mimaba. Me servía el penique de mermelada con un cucharón de madera muy grande, y luego siempre me lo dejaba para que lo chupara; aquello era fantástico.

Nos hicimos con todos los tarros de mermelada que pudimos y los llevamos al trapero. Me parece que nos daba un penique por cada seis tarros. También salíamos a buscar estiércol; nos daban tres peniques por carretilla. Eso era fácil, porque teníamos a mano los caballos que tiraban de los carros de riego. Esos carros pasaban todos los días; atrás llevaban incorporado un sistema de riego para mojar las calles. La ronda terminaba justo a la altura de nuestra casa y el cochero, al acabar, siempre se metía en un café cercano y dejaba ahí a los dos caballos. Ya fuera porque estaban al final de la ronda o por cansancio, los caballos siempre nos complacían soltando un buen montón de estiércol. Antes de entrar al café, aquel hombre ponía a los caballos unos morrales, para que comieran, y eso atraía a montones de palomas, que venían a picotear lo que se caía de las bolsas. Nosotros nos metíamos entre las patas de los caballos para recoger el estiércol con una pala mientras las palomas revoloteaban por ahí asustando a los caballos. No sé cómo no terminamos muertos de una coz.

A veces también seguíamos a los coches de mudanzas por la calle, esperábamos a que se pararan y a que los caballos se aliviaran. Así que, en definitiva, nunca tardábamos mucho en llenar de estiércol la carretilla.

Cuando pienso en ello, me doy cuenta de lo honrados que éramos.

No solo lo recogíamos, sino que además lo removíamos con las palas, para que la gente diera su dinero por bien empleado. Nos sorprendía que, con todo el estiércol que había, la gente estuviera dispuesta a pagar por él.

Después de varios días vendiendo tarros de mermelada y recogiendo estiércol, conseguíamos juntar media corona, lo que suponía, a seis peniques por cabeza, el dinero necesario para pagar las entradas de los cinco.

Así que, por fin, llegó el gran día. Era como en un cuento. Una muchacha vestida con medias brillantes salió a la pista delante de cuatro o cinco elefantes. Dejaba que los elefantes la cogieran con la trompa y después se tumbaba en el suelo para que le pasaran por encima.

Luego venían los leones, que rugían como está mandado. Parte del número consistía en que un hombre metiera la cabeza dentro de las fauces del león; yo no podía ni mirar.

Tampoco era capaz de mirar a los trapecistas en el aire. De todos modos, para nosotros lo más emocionante era el hombre bala. La noche antes de que fuéramos al circo, oí que mamá le decía a papá que, cuando se hizo ese número en América, el hombre no aterrizó en la red como tenía que aterrizar, y que se había partido el cuello. A nosotros, con nuestra insensibilidad infantil, no nos parecía que aquello fuera tan malo. ¿Y si le pasaba eso cuando fuéramos nosotros? Al fin y al cabo, llevaba varias noches haciéndolo, y bien podía suceder que justo ésa tuviera un contratiempo.

El suyo era el último número. Le vimos meterse en el cañón, con los pies por delante y enseguida vino el ¡bum! que nosotros ya esperábamos. Salió disparado entre una nube de humo; debo admitir que yo no lo vi volar hacia el otro lado de la carpa, pero supongo que voló, porque aterrizó en la red sano y salvo, y entonces el público estalló en un enorme aplauso al que nosotros también nos unimos. Claro, que le habríamos aplaudido igual si se hubiera partido el cuello.

Fue una tarde fantástica. Aquella noche apenas dormí, acordándome de todo eso.

4

Otro entretenimiento, que hoy puede parecer muy corriente, era el cine. Por descontado, no hay ni punto de comparación con las películas de ahora y las salas, según los estándares actuales, eran sórdidas.

El cine que nos gustaba a nosotros estaba en la calle principal. Las películas y seriales que proyectaban eran más emocionantes. Ponían películas todas las tardes, y los sábados había, además, otra sesión a primera hora de la tarde. Los precios habituales eran de seis peniques, nueve peniques, un chelín o un chelín y tres peniques, pero en la primera sesión de los sábados los niños pagábamos tres medios peniques por una butaca abajo, o tres peniques por una butaca en la grada. Los niños pudientes, es decir, los niños pudientes a nuestro entender, iban a la grada y nos tiraban una avalancha de peladuras de naranja y cáscaras de frutos secos.

Los niños que iban en brazos no pagaban, así que nos plantábamos en la taquilla con los de tres y cuatro años en brazos para no tener que pagar su billete. En cuanto pasábamos la taquilla, los dejábamos en el suelo para que siguieran andando.

Íbamos al cine por lo menos una hora antes de que empezara la película. Durante aquella hora reinaba un alboroto tremendo. Había una mujer que siempre estaba tocando el piano; se llamaba señorita Bottle, o al menos así es como siempre la llamábamos. Era una soltera de mediana edad que se peinaba estirándose el pelo hacia atrás y recogéndolo en un moño con lo que parecía ser un alfiler atravesado. Además, tenía una delantera imponente. Por aquel entonces las mujeres no se ponían postizos, así que me figuro que sería natural. Más o menos un cuarto de hora antes de que llegara empezábamos a dar golpes con los pies en el suelo y a gritar: «¡Señorita Bottle! ¡Señorita Bottle!». Aquello debía halagarla. Además, cuando por fin aparecía, se llevaba una ovación que ni Paderewski habría superado. No era por la música, ni porque ella tocara el piano, sino porque su aparición anunciaba que la película estaba a punto de empezar.

En todo el rato que pasábamos en el cine no dejaba de haber un jaleo de aquí te espero. Los bebés berreaban y los niños chillaban. Pero daba lo mismo, porque era cine mudo. Ya nos ocupábamos nosotros de poner el sonido.

Justo antes de que empezara la película, el dueño de la sala salía con un megáfono al escenario y gritaba: «¡Silencio! ¡Silencio!». Después, rebotando indulgencia y con gesto muy risueño, decía: «Niños, esta tarde vais a pasar un momento fantástico. Vais a ver dos películas preciosas que no me cabe duda de que os van a encantar, así que cuando vayáis a casa no os olvidéis de decir a vuestros padres lo bien que lo habéis pasado». Después, cambiaba el

semblante; borraba la sonrisa y nos miraba con severidad para advertirnos: «¡Cuidad de los más pequeños, y no dejéis que esos golfillos mojen las butacas!». Pero a nosotros nos daba igual; nos poníamos a patear el suelo y a gritar. Nadie le hacía el menor caso.

Después empezaba la película principal, y la señorita Bottle no dejaba de tocar mientras duraba. ¡Qué aguante tenían aquellos pianistas! Cuando la acción era encarnizada, ella aporreaba las teclas y apretaba a fondo el pedal, para que sonara muy fuerte. En las escenas románticas de amor tocaba canciones suaves y melodiosas, y los niños se llevaban los dedos a la boca y silbaban; por aquel entonces el amor nos importaba un bledo.

Luego venía el serial, que por lo general era desgarrador. También era nuestra pesadilla, porque cuando papá no tenía trabajo y no podía darnos ni siquiera los tres medios peniques que costaba la entrada, había semanas en que no podíamos permitirnos ir al cine. Eso ocurría siempre justo cuando el serial llegaba al episodio más emocionante, como cuando la protagonista estaba al borde de un precipicio, atada a las vías del tren o delante de una sierra circular que se le iba acercando más y más. En esos momentos es cuando aparecía un letrero que decía: «Continuará la semana que viene». ¡La de veces que me habré quedado esperando a que algún amigo saliera del cine para contarme la continuación! Nunca se me ocurrió pensar que en realidad no podía morir, porque de haberse muerto el serial no habría podido seguir. Siempre preguntaba: «¿Qué ha pasado? ¿Se murió? ¿Cómo consiguió escapar?». Los seriales eran una cosa que me preocupaba verdaderamente muchísimo.

5

Las tiendas, naturalmente, no tenían nada que ver con las de ahora. No existían los supermercados, ni las tiendas de autoservicio. Eran, más bien, pequeños negocios familiares.

Había un Woolworths —aunque no creo que por aquel entonces se llamara así— que era el «Bazar de los tres y seis peniques». En aquellas tiendas, todo costaba tres o seis peniques. Se podría pensar que con esos precios la variedad no podía ser mucha, pero lo cierto es que se las ingeniaban muy bien. Separaban precios. Por ejemplo, el hervidor valía seis peniques, y la tapa, tres, pero se vendían por separado. Así que, como ven, eran seis y tres peniques. Lo mismo ocurría con las cazuelas, las tazas y sus platitos, etcétera. Pero, de todos modos, por seis peniques podías comprar muchas cosas.

Las casas de empeños también tenían un papel importante en la vida de la clase trabajadora. Los lunes por la mañana, las mujeres empeñaban los trajes de sus maridos, para tener dinero para la semana. El viernes por la noche o el sábado por la mañana se acercaban a desempeñarlo, para que los maridos se lo pudieran poner el sábado y el domingo. El lunes, vuelta a empezar. Eran tiempos difíciles y también se empeñaban otras cosas, como las sábanas o las mantas. No es que aquello diera mucho dinero, pero con un chelín o dos se podía sacar la semana adelante.

Estaban también, desde luego, las tiendas de alimentación, que eran muy socorridas. Siempre estaban dispuestas a fiar. Madre me enviaba a la tienda con una nota en la que decía si podía ponerle esto, aquello o lo de más allá en su cuenta, y que pagaría al final de la semana. Te dejaban hacerlo, porque la gente siempre pagaba en cuanto podía. Casi todo el mundo era pobre, y dependía de que le pudieran fiar. Las tiendas podían no ser tan bonitas como las de ahora, pero estoy segura de que la comida era más sabrosa.

Por ejemplo, el panadero de la esquina de nuestra calle. Para nosotros no había tienda mejor. El pan se horneaba allí mismo, y aquel maravilloso olor salía a nuestro encuentro todas las mañanas al ir al colegio. Con aquel olor divino se te hacía la boca agua incluso aunque no tuvieras ni pizca de hambre. Tenían unas rosquillas que valían medio penique la unidad. No eran como las de ahora, que son como la sombra de una rosquilla: das un mordisco, y no encuentras la mermelada; das otro, y ya te la has pasado. Aquéllas eran espléndidas, grasientas y doradas, estaban bañadas en buen azúcar y llevaban mucha mermelada. El panadero sacaba varias tandas diarias. Los fines de semana en que pagaban a papá, nos dábamos el capricho de comprar unas cuantas para la merienda. No he tomado mejores pasteles en toda mi vida. Lo mismo pasaba con el pan, de hecho. El de entonces no era como el de ahora, que cuando te lo metes en la boca

parece algodón en rama, puedes masticarlo hasta que te aburras y es como tragarse trozos de rosquilla mojada. No. Era como un bollo. Claro que, según las normas de hoy en día no era higiénico. Nada de todo aquello estaba envuelto.

Cuando yo era pequeña, había un pub prácticamente en cada calle. De hecho, en algunas había uno en cada esquina.

Cuando más se bebía era los sábados por la noche. Se respiraba una alegría que había que ver para creer, y entiendo muy bien el porqué. Era porque los trabajadores de entonces eran totalmente distintos de los de ahora. Ahora es en plan «Cada quisque vale tanto como su jefe», pero por aquel entonces no era así en absoluto. Era «Sí, señor» y «No, señor», y se trabajaba de sol a sol. Se trabajaba mucho, porque de lo contrario tenías a media docena de personas haciendo cola para ocupar tu puesto. Sin embargo, cuando ibas al pub dejabas de depender de nadie. Sí. Cuando un hombre tenía dinero en el bolsillo, poco importaba que tuviera que durarle para toda la semana; él se lo gastaba. Iba al pub y decía bien alto lo que le parecía, sin jefes que vinieran a dictárselo. Allí podía decir lo que le viniera en gana. Casi todos los hombres iban al pub en cuanto abría, y las mujeres en cuanto metían a los niños en la cama. También había muchas que iban con los niños y los dejaban fuera.

Los sábados por la noche, a eso de las ocho, aquello era una locura. En los pubs, todo el mundo cantaba y bailaba; siempre había música: uno se ponía a tocar el acordeón, otro el banyo y alguien se ponía a cantar. Los hombres decían tacos con sus vozarrones, y las mujeres, a menudo, también.

Y, mientras, los niños fuera. Unos estaban en los cochecitos, y otros jugando; algunos abrían la puerta y gritaban: «¡Mamá! ¿Vienes ya? ¡Mamá, el niño está llorando!»). Entonces, la madre venía. Podía darle algo al niño o podía reñir a toda la prole por haberla sacado de ahí, y volvía a meterse en el pub a toda mecha. Cuando llegaba la hora de cerrar casi siempre había una pelea en la acera, desde luego. Se liaban a puñetazos y se gritaban obscenidades. No había nada de tiraló al suelo y dale una patada en los huevos, o de usar navajas y botellas, como ahora.

Había un hombre cuya mujer no bebía. Cuando él salía del pub haciendo eses, borracho como una cuba, echaba un vistazo a la ventana de su dormitorio. Si no veía luz, sabía que ella se había acostado y se ponía a vociferar: «¡De nada sirve que te metas en la cama, bruja, porque me vas a hacer falta enseguida!»).

La clase trabajadora solo tenía los pubs para distraerse. No podían permitirse ir al teatro. Todo lo más, al cine. Tampoco es que gastaran tanto. La cerveza era entonces muy fuerte. Cuando mi padre tenía trabajo, los sábados volvía a la hora del almuerzo y me enviaba a la bodega a comprar media pinta de Burton. Solo se tomaba esta media pinta de cerveza, y la compartía con mi madre. Ella decía que era como beber vino, que era tan fuerte y tan buena que no necesitaban más. Ahora te puedes tomar todas las pintas que quieras; es como si tomaras agua.

6

Aunque vivíamos junto al mar, casi todos nuestros juegos eran en la calle. Ahora todavía se ve un poco, pero por aquel entonces cada época del año tenía sus juegos. Eran juegos fantásticos, porque no solo podíamos jugar en la acera, sino que disponíamos también de la calzada, porque había poco tráfico.

Por ejemplo, en Semana Santa jugábamos a la comba. Sacábamos una cuerda larga de algún andamio y la extendíamos de lado a lado de la calle. Las madres eran las encargadas de dar, y todo el mundo podía entrar a saltar. A veces nos juntábamos una docena saltando al mismo tiempo, y cantábamos «Panecillos calientes, uno un penique, dos un penique, panecillos calientes»^[1].

También jugábamos a los botones. ¡Mi madre tenía pavor al otoño, cuando llegaba la época de jugar a los botones! Dibujábamos con tiza un cuadrado en la acera al lado de casa, y echábamos dentro los botones. El primero que conseguía meter su botón en el cuadrado y sacar al de otro jugador de él, se los llevaba todos. A mí se me daba fatal.

También había una época para la rayuela. Dibujabas en la acera, con tiza, una gran figura alargada, y la dividías en cuadrados que numerabas de uno a doce. Echabas una piedra al número uno y saltabas a ese cuadrado. Cogías la piedra y hacías todo el recorrido a la pata coja sin pisar las rayas. En el siguiente turno echabas la piedra al número dos, y allí la recogías para luego repetir todo el recorrido a saltos, y así hasta que la piedra había pasado por todos los cuadrados. Si apoyabas los dos pies, o si no conseguías coger la piedra, te quedabas fuera.

Pero lo que nos volvía locos a todos era el juego de las canicas. En la calzada, que era de tierra, hacías un hoyo pequeño por lo menos a dos metros de la alcantarilla, y ya podías empezar a jugar. Se trataba de meter las canicas en el hoyo, y luego el juego se desarrollaba igual que el de los botones. Otro de los juegos era el aro. Mi tía me regaló el más grande de todos. Tenía una guía de hierro que se enganchaba en el aro, y corría con él por toda la calle. No teníamos que preocuparnos por el tráfico; hoy ningún niño sobreviviría mucho rato si lo hiciera.

Luego estaba también, por supuesto, la época de jugar a la peonza. Era estupendo, porque cuando tirabas del cordel para bailar la peonza a veces conseguías que recorriera la calle de punta a punta. Se podían pegar trocitos de papel de colores en la parte de arriba de la peonza y así, al bailar, parecía que había un arco iris dando vueltas.

A finales de otoño nos acercábamos a las colinas a recoger castañas para jugar con ellas^[2]. Para jugar a eso no gastábamos nada. Cuando se nos acababan, siempre podíamos ir a por más.

Pero no quiero dar la impresión de que en la vida todo eran juegos; estaba el colegio, y las

vacaciones no eran tan largas como ahora. Pero a mí siempre me gustó ir al colegio, porque se me daba muy bien. Nunca me pareció que fuera difícil, salvo en cosas como dibujar, tejer o coser. Yo no valía para ninguna de esas cosas, pero lo que más odiaba era la costura. Teníamos que hacer una ropa feísima: camisas y pololos, los dos de percal. Las camisas eran anchas, con una especie de mangas ranglan, y bajaban hasta las rodillas. Los pololos se cerraban por detrás con botones, y también eran muy amplios. No sé quién podía comprar esas prendas tan espantosas cuando las terminábamos. Me figuro que serían para el hospicio, porque desde luego yo nunca me las llevé a casa. Siempre tenían muchos frunces, y repartirlos era nuestra tarea. Yo era incapaz de hacerlo bien. En primer lugar, porque nunca me llevé bien con los dedales, así que no paraba de pincharme y la ropa se manchaba con gotitas de sangre. Cuando empezaba, la tela era blanca, pero para cuando terminaba estaba roja y negra. Además, no se lo van a creer, pero lo cierto es que, aunque en el patio había unos excusados de lo más primitivo, no había ningún sitio para lavarse las manos, así que después del recreo siempre me ponía a coser con las manos mugrientas.

Cantar tampoco era lo mío. Siempre me acuerdo del concierto escolar, que era una vez al año. Como siempre he sido muy cabezota, me empeñé en hacer algo, así que la maestra me dijo: «Como no sabes cantar, ya sé lo que vamos a hacer. Vas a contar un chiste. Yo te lo escribiré, y tú te lo aprenderás de memoria».

El chiste trataba de un hombre que iba a un café y quería pedir un plato de pollo asado, pero se confundía y pedía un plato de callo pasado. A mí me hizo mucha gracia, y a mi familia, también. Se ve que pillaron el chiste. Sin embargo, llegado el día del festival, me subí al escenario y empecé a hablar de una forma muy engolada, un poco como un loro, y lo dije todo al revés, con el pollo y el callo donde no eran. Cuando terminé me quedé esperando las risas, pero nadie se rio, salvo los profesores. A ellos no les quedaba más remedio. Fue horrible. Jamás en la vida me he sentido tan humillada. Me puse roja como un tomate y salí de allí a toda prisa. Nunca más volvieron a pedirme que hiciera nada. Eran unos maleducados. La gente tenía que haberse reído, más aún porque era gratis.

Pero lo mejor del colegio por aquel entonces era que teníamos que aprender. No creo que haya nada mejor que aprender a leer, escribir y hacer cuentas. Son tres cosas que necesita cualquiera que tenga que trabajar para vivir. Nos obligaban a aprender, y creo que a los niños hay que obligarlos. No creo que en esta cuestión se pueda decir que «si no quieren hacerlo, es porque no les hará ningún bien», ¡claro que les hará bien! Nuestra maestra se paseaba por la clase y nos daba fuerte en el cogote, o un sopapo, si veía que estábamos perdiendo el tiempo. Créanme, para cuando salíamos del colegio, algo habíamos aprendido. Sabíamos lo necesario para salir adelante en la vida. Aunque, en realidad, ninguno de nosotros pensaba en lo que iba a hacer después; todos sabíamos que cuando saliéramos del colegio algo tendríamos que hacer, pero no creo que tuviéramos la ilusión de dedicarnos a algo en particular.

7

A los trece años me dieron una beca; era la edad en que se podía aspirar a una. En la solicitud tenías que explicar a qué te querías dedicar. Yo puse que quería ser profesora. Mis padres fueron a ver a mi maestra, pero cuando se enteraron de que no iba a ganar nada de dinero hasta los dieciocho, y que hasta ese momento tendrían que mantenerme y además comprarme libros y ropa, vieron que, sencillamente, era imposible. Las ayudas gubernamentales, ¿saben?, no existían por aquel entonces.

Me permitieron dejar el colegio porque ya había terminado el último curso y, de haber seguido un año más, habría repetido el mismo trabajo que el año anterior.

Cuando miro atrás, pienso que me hubiera gustado seguir los estudios, pero en aquel momento no me importó en absoluto. No pensaba que mis padres fueran duros, porque era consciente de que tenía que ponerme a trabajar. Yo sabía que necesitábamos dinero desesperadamente. He conocido el sufrimiento de la pobreza. Recuerdo que, cuando tenía unos siete años —al principio de la Gran Guerra; a papá aún no le habían llamado a filas—, no había nada de trabajo en cuestiones decorativas. Los hombres se habían ido al ejército, y las estrecheces económicas eran muchas.

Por esa época se abrió en la ciudad el comedor de beneficencia. Estaba en Sheridan Terrace. Era un edificio con revestimiento de piedra en el que ponían dos peroles calentados al carbón. Guardabas cola para recibir tu ayuda a mediodía, que era el único momento en que servían. Aquella sopa era espantosa. Era una sopa de guisantes, floja y aguada. Seguro que lo que le daban a *Oliver Twist* era algo parecido. Yo tenía que ir allí con la jarra del aguamanil para que me sirvieran. Mamá nunca supo la vergüenza que me daba llevar aquella jarra. Era de color blanco y tenía dibujos de rosas de color rosa. Los demás niños llevaban jarras esmaltadas, que a mí me parecían mucho más apropiadas para la situación. Además, andar por la calle cargando con una jarra de aguamanil llena de sopa de guisantes, como si no vinieras de allí y la hubieras conseguido sin más, fingiendo que no acababas de aceptar la caridad de nadie... la verdad es que, para eso, tenías que ser muy lista. Yo no quería decirle a madre cómo me hacía sentir, porque no había nadie más para ir a buscar aquella sopa.

Cuando llamaron a filas a mi padre, en 1916, la prestación que nos daban era ridícula, realmente ridícula. Era dinero de hambruna, no se le podía llamar de otro modo.

Después, el carbón empezó a escasear. Si tenías una cocina de gas, ni siquiera podías llevarte a casa medio quintal de carbón, y era yo, aun siendo tan pequeña, quien iba al ayuntamiento para que nos dieran el permiso. Yo iba y les daba «mi palabra honor» de que no teníamos cocina de

gas, que nunca la habíamos tenido y que todo lo cocinábamos en el fogón, y siempre lo hice como si tal cosa. ¿Se imaginan crecer aguzando de ese modo el ingenio? Después, cuando conseguía el permiso, tenía que irme derecha al depósito de los trenes y guardar cola. Era en invierno, hacía un frío que pelaba y yo tenía el estómago vacío. Una vez llevaba el carbón en un carricoche viejo, con el frío, me desmayé. Alguien me recogió y me llevó a su casa. Me dio algo de comer y una moneda de seis peniques, pero aún tuve que llevar el carbón a casa.

Las cosas se pusieron difíciles cuando mi padre se marchó. Me acuerdo de que madre me tenía por confidente a mí, la niña mayor. También me acuerdo de cuando ya no nos quedaba nada para calentarnos, ni teníamos dinero para traer carbón. Yo le dije a mamá: «Saca toda la madera. Podemos hacer un fuego con madera». Entonces ella cogió todas las baldas que teníamos, y hasta el pasamanos de las escaleras. Este tipo de cosas te endurecen.

Yo, además, adopté algo así como maneras de adulto en las tiendas. El carnicero era mi preferido. Solía ir los fines de semana, sola, y le decía: «Quiero el trozo de carne más grande que tenga por un chelín». Él me contestaba: «Bueno, espero que hayas traído papel». Y entonces yo respondía: «Por supuesto. He traído este billete de autobús para envolverlo. Es lo suficientemente grande para sus trozos de carne».

A mi hermano y a mí, mamá nos levantaba de la cama todas las mañanas a las seis. Nos daba seis peniques y una funda de almohada, y con eso nos íbamos a la panadería Forfar's, en Church Road. No abrían hasta las ocho pero, cuanto antes llegaras, mejor pan te daban. Solo tardábamos veinte minutos en llegar, así que luego nos tocaba esperar fuera un buen rato.

Quien llegaba el primero podía mirar por la rendija del buzón de la puerta para ver qué tipo de pan sacaban. Solían ser hogazas grandes y planas de pan negro. Las llamábamos pastel de vaca, porque se parecían a las bostas de vaca que veíamos por el campo, sobre todo cuando alguien las había pisado.

A veces aparecía alguna hogaza normal, y llevarse una era algo fantástico.

Por seis peniques llenábamos la funda de almohada casi hasta arriba de pan.

Lo mejor de todo eran los molletes. Si en la bolsa caía alguno, nos lo comíamos de camino a casa y a mamá no le decíamos nada. Después de habernos levantado a las seis y de hacer cola fuera con aquel frío teníamos tanta hambre que comernos esos molletes tan escasos era algo totalmente divino.

Lo mejor que pasó por nuestra calle durante la guerra fue que nos pidieron que alojáramos soldados.

Mi madre alojó a tres. Un inglés, un escocés y un irlandés. Tuvo que pedir que trasladaran al irlandés, porque no paraba de protestar por todo.

No sé cuánto dinero representaría aquello, pero noté que nuestras condiciones de vida mejoraban. Mamá dijo que a padre no le gustaba mucho la idea. Ella era una mujer atractiva, y como él estaba en Francia, ya se imaginarán que en aquel momento no podía hacer gran cosa.

Aquello cambió mucho nuestra vida. De pronto, todos aparecimos con cosas nuevas, y hasta el recaudador recibió lo suyo. El recaudador era un viajante que iba puerta a puerta. Pasaba y vendía sábanas y fundas de almohada, botas, zapatos y cosas así, que transportaba en una maleta muy grande. Le pagabas a tanto por semana por lo que te vendía, y un poquito más por la espera para

recibir su pago. Nunca se firmaban acuerdos, solo se anotaba todo en un libro. Vender cosas era fácil, todo el mundo podía comprarlas, pero cuando llegaba el momento de recaudar el dinero, la cosa cambiaba. Cuando madre no tenía dinero, yo me quedaba en las escaleras esperando la llegada del recaudador y, al ver que se acercaba, corría dentro y gritaba: «¡Ya viene, mamá!», y ella se marchaba y se escondía. Así, cuando él llegaba a la puerta, era yo quien abría y le decía: «Mamá ha salido». Por lo general no me creía y se ponía muy bruto pero, claro, no podía hacer nada. Pasaba lo mismo con el cobrador del alquiler. Era solo que no teníamos el dinero.

Yo tenía pesadillas con el cobrador del alquiler y el hecho de que podía echarnos. Al final conseguimos pagarlo todo, pero, claro, el problema era que como siempre había deudas, cuando tu marido volvía a tener trabajo seguías estando igual de agobiada, porque tenías que pagar todo lo que se había acumulado cuando no lo tenía.

8

Empecé a trabajar a la semana siguiente de dejar el colegio. Fue sirviendo en una casa de una sola planta, con un matrimonio. La mujer era una señora mayor, medio inválida, paralizada de cintura para abajo. Yo trabajaba desde las siete de la mañana hasta la una de la tarde, domingos incluidos, por diez chelines semanales. No me daban de comer, porque para eso me marchaba a la una, justo cuando ellos empezaban a comer, pero sí el desayuno.

Lo más gracioso de esos desayunos —aunque por entonces no pensaba en ello— es que me daban cualquier cosa que hubiera sobrado la noche anterior. A veces era arroz con leche, a veces macarrones con queso, y a veces pastel de carne. Pero a mí me daba igual. Yo me lo comía todo, porque sabía que cuanto más comiera allí, menos comida tendría que darme mi madre. La comida estaba empezando a ser un problema constante para mí, porque aunque solo tenía trece años, era una chica grandona y tenía mucho apetito. Además, cuanto más trabajaba, más hambre tenía, por supuesto. Mi madre se enfadaba a menudo por culpa de aquellos desayunos; decía que darme esas cosas era como hacer trampa, que me tenían que dar huevos y panceta, y no sobras. Pero la verdad es que a mí no me preocupaba nada, me importaba un comino lo que comiera, siempre y cuando pudiera comer.

No me quedé mucho tiempo en aquel trabajo, sobre todo porque empezaron a dolerme las piernas. Creo que fue porque estaba entrando en la pubertad. Me acuerdo de una mañana en que las piernas me dolían tanto que le dije al señor de la casa: «Hoy no puedo seguir trabajando. Me duelen muchísimo las piernas». Él me dio una botella de linimento para que me las frotara y me dijo que me iba a venir muy bien porque era un linimento para caballo. Eso me molestó muchísimo. Yo casi no podía ni andar. Así terminó ese trabajo.

Aquel primer año debí tener unos doce trabajos distintos. Eran trabajillos del mismo estilo. Yo era muy joven, así que me pagaban un jornal microscópico y, como por otro lado tenía aspecto de ser robusta, se esperaba mucho de mí.

En uno de aquellos trabajos apenas duré una semana. Consistía en pasear a una vieja cascarrabias en silla de ruedas. Por su aristocrático modo de hablar debió de haber sido alguien tiempo atrás, pero lo único que conservaba de entonces era un viejo criado que cuidaba de ella, y una casa enorme. Mi trabajo consistía en ir allí por la mañana y ayudar a la señora a sentarse en su silla de ruedas. Créanme, con la toca, la esclavina y las botitas abotonadas, aquello no era moco de pavo, y encima, mientras yo lo hacía, ella no paraba de incordiar-me. Una vez que conseguía instalarla cómodamente en la silla, tenía que llevarla de tiendas. A mí me tocaba entrar

en los establecimientos y decir: «La señora Graham está fuera. ¿Tendría la amabilidad de salir para tomar su pedido?». ¿Se imaginan entrar hoy en una tienda y pedir al tendero que salga para tomar nota? Pero por aquel entonces, pese a que ella era más pobre que las ratas, con sus modales aristocráticos, los tenderos salían obsequiosos y solícitos para atenderla, y luego le mandaban todo lo que había pedido.

Nada de lo que yo hiciera estaba bien para su gusto. O no la había colocado bien fuera de la tienda, o le daba el sol en los ojos, o yo le había dado en la espalda.

Una mañana de un precioso día de verano me pidió que la llevara a pasear junto a la orilla del mar. Fuimos hasta el Muelle Oeste, que quedaba a unos dos kilómetros. Allí me pidió que colocara la silla de manera que el viento le diera por detrás y que, a la vez, pudiera seguir viendo a la gente. Tenía un día malísimo y se lo pasó entero quejándose, así que tuve que colocarla como seis veces y seguía estando mal. Al final, abandoné. No dije nada. Sencillamente, me marché y la dejé ahí. Nunca supe qué le pasó luego, ni cómo volvió a su casa, ni nada.

Cuando se lo dije a madre al principio se quedó atónita, pero después se lo contó a papá y él vio el lado gracioso del asunto, así que se pasó el resto de la semana diciendo: «¿Qué habrá sido de la vieja? ¿Seguirá varada en el Muelle Oeste?».

Después de aquello, para variar, conseguí un puesto en una tienda de golosinas, el sueño de todos los niños. Me dejaban comer todos los dulces que quisiera, y no tardé en hartarme. Perdí aquel trabajo, porque cuando venían mis hermanos y todos sus amigos, con sus medios peniques y sus cuartos de penique, yo repartía golosinas a tutiplén, y la dueña se dio cuenta de que sus beneficios iban a volar.

El trabajo que yo de verdad quería era en la lavandería, pero para ese trabajo tenías que tener catorce años cumplidos. Fui con trece y medio esperando que, al ser tan grandona, me cogieran, pero pidieron mi partida de nacimiento y ahí terminó todo.

Volví en cuando cumplí los catorce, y me cogieron como clasificadora. Me pusieron en un cuarto, sola, y tenía que clasificar la ropa blanca del Hotel Metropole, el hotel más grande de Brighton. En eso consistió mi trabajo los primeros seis meses. Después empecé a ayudar aquí y allá, un poco en la sala de plancha, y otro poco en el lavadero.

Trabajaba de ocho de la mañana a seis de la tarde por doce chelines y seis peniques semanales. No era mucho dinero, y tampoco me daban de comer. Pero era muy alegre, mucho más que el servicio doméstico, sobre todo en la sala de plancha. El lenguaje y la atmósfera que reinaban allí me recordaban el *Infierno* de Dante.

Uno de mis trabajos consistía en ir a esa sala con una regadera para salpicar el suelo con agua, porque no había ningún sistema mecánico que recogiera el polvo y, al estar todo el rato moviendo ropa, el suelo se cubría con una capa fina de polvo blanco. Si tenías la desgracia de no dar en el suelo, sino de salpicar los pies de las mujeres que estaban planchando, te insultaban como si fueran pescaderas del mercado de Billingsgate. Yo no había oído hablar así a nadie en toda mi vida, ni siquiera los sábados por la noche en la calle. También contaban chistes de lo más guarro, y se reían a carcajadas porque yo no los pillaba.

Yo debía ser todo un espectáculo. Era la época en que las chicas llevaban botas que subían hasta la rodilla, pero las mías solo me llegaban hasta el tobillo, como las de mi padre. Aunque no

tenía más que catorce años, ya tenía unos pies enormes. Por las mañanas, hasta que no examinaba de cerca las botas, nunca sabía si eran las mías o las de papá. Entre eso, el jerséi que me había hecho mi madre (se quedó sin lana cuando empezó a tejer la espalda, así que por detrás el color era distinto), mi peinado todo estirado hacia atrás y el hecho de que padecía bocio, debía tener la pinta de un dibujo de Boz^[3].

Al cumplir quince años me tenían que dar un aumento de media corona, pero lo que me dieron fue la patada. No tenían necesidad de pagar quince chelines semanales. Otras chicas de catorce años podían hacer lo mismo que yo, así que se te quitaban de en medio con cualquier pretexto.

9

Cuando al volver a casa le conté a mi madre que me habían dado la patada, se enfadó mucho. Debía estar un poco harta de que hubiera tenido tantos trabajos desde mi salida del colegio. Dijo: «Pensé que lo de la lavandería sería estable. Fuiste muy aplicada al volver allí al cumplir los catorce, y ahora que tienes quince, van y te dan la patada. Me parece que no va a quedar más remedio que meterte en el servicio doméstico, y no hay más que hablar».

Yo detestaba esa idea, pero ni siquiera se me pasó por la cabeza la posibilidad de protestar. Podría haber acudido a mi padre, porque él me lo consentía todo, pero en casa era mamá quien tomaba las decisiones, y él siempre le dejaba hacer y nosotros, los niños, siempre hacíamos lo que madre nos decía que hiciéramos. Eso es lo que hacían los niños por aquel entonces.

De modo que dije: «Bueno, de acuerdo». No es que yo supiera gran cosa de cómo era el trabajo, pero mi madre me aseguró que era bueno y que tenía muchas ventajas: buena comida, alojamiento, y todo eso. Y todo el dinero que te daban era para ti.

Desde luego, como pasa con muchas otras cosas cuando las ves con la distancia que da el tiempo, creo que mi madre contemplaba el trabajo doméstico desde la perspectiva de la vida de casada, con un marido que en invierno nunca tenía trabajo, siete hijos y un dinero que apenas llegaba para comer, y no hablemos ya de vestir. Para ella, los años del servicio doméstico la remitían a una época en que al menos tuvo un poco de dinero que podía considerar suyo, pero se olvidaba de algunas de las historias que nos había contado: que entró a servir a los catorce años, en 1895, que tenía que trabajar como si estuviera en galeras y que los demás criados se burlaban de ella.

Cuando le recordé todo eso, me dijo: «Ah, pero ahora cuando se entra a servir las cosas son distintas; el trabajo no es tan duro, tienes más tiempo libre y las libranzas y el jornal son mejores».

Yo le pregunté: «Entonces ¿qué hago cuando vaya a servir?», y ella me contestó: «Bueno, pues, dado que no te gusta coser (siempre lo odié), solo hay un sitio al que puedas ir, y es la cocina. Si fueras camarera tendrías que zurcir la mantelería, si fueras doncella tendrías que zurcir la ropa de cama, y si fueras niñera tendrías que zurcir, e incluso hacer, la ropa de los niños. En cambio, si eres pinche de cocina no tienes que coser nada de nada». De modo que dije: «De acuerdo, seré pinche de cocina».

Fui a una oficina de colocación de trabajo doméstico; por entonces había muchas y siempre tenían ofertas para pinches de cocina, porque era la posición más baja entre los criados de una

casa. Tiene gracia, porque si querías ser cocinera y no tenías dinero para costear el aprendizaje, la única manera de empezar era como pinche de cocina.

Me ofrecieron varios puestos, y finalmente acepté uno que estaba en Adelaide Crescent, en Hove, porque no quedaba muy lejos de mi casa. Era la casa del reverendo Clydesdale y esposa. Mi madre me acompañó a la entrevista.

En Adelaide Crescent había casas enormes. Para ir del sótano a las buhardillas había un total de ciento treinta y dos escalones, y los sótanos eran oscuros y parecían mazmorras. En la parte delantera del sótano, con rejas de hierro en todas las ventanas saledizas, estaba la sala de los criados. Cuando te sentabas ahí lo único que veías pasar era las piernas de la gente. La cocina estaba al otro lado del sótano y daba a los bajos de un porche que lo tapaba todo, así que desde ahí no veías nada de nada. Tenía un ventanuco en la pared, muy alto, por el que no veías nada, a menos que te subieras a una escalera. La luz tenía que estar encendida todo el día.

Esa calle es una de las que tiene más empaque en Hove. Las casas eran de estilo Regencia, e incluso ahora, en que las han convertido en pisos, no han alterado la fachada y se parecen bastante a como eran entonces, con los jardines en el centro. En aquella época, naturalmente, eran los residentes quienes tenían la llave de entrada a los jardines y el derecho de disfrutarlos, y les aseguro que ese derecho no se aplicaba a los criados.

Cuando mi madre y yo llegamos a aquella casa para la entrevista fuimos a la puerta principal. En todo el tiempo que trabajé allí, ésa fue la única vez que entré por la puerta principal. Pero aquel día sí lo hice. Nos hicieron pasar a un vestíbulo que a mí me pareció el colmo de la opulencia. En el suelo había una alfombra preciosa, y justo frente a la puerta de entrada había una escalinata enorme toda alfombrada, no solo el trocito estrecho que teníamos nosotros para cubrir el centro de nuestras escaleras. En el vestíbulo también había una mesa de caoba magnífica y un perchero, también de caoba, y grandes espejos con marcos dorados. Para mí, todo desprendía un halo de abundancia. Pensé que debían ser millonarios. Yo nunca había visto algo así.

Un mayordomo nos abrió la puerta, y mi madre dijo que yo era Margaret Langley, que había venido para una entrevista de pinche de cocina. Era un mayordomo muy bajito. Yo siempre había creído que los mayordomos eran hombres altos e imponentes. En el vestíbulo vimos a un caballero tirando a anciano y a la señora que nos iba a entrevistar. Nos llevaron a lo que era obviamente un cuarto de juegos.

La única que habló fue mi madre, porque yo estaba maravillada con aquel cuarto. Aunque no fuera más que un cuarto de juegos, las tres habitaciones en que nosotros vivíamos podrían haber cabido ahí dentro. También estaba abrumada por la timidez, porque por aquel entonces mi inseguridad me hacía pasar muy malos ratos. La señora Clydesdale me miraba de arriba abajo, y yo me sentía como en un mercado, imagínense, uno de esos mercados de esclavos. Parecía estar sopesando todas mis cualidades.

Mi madre le dijo que yo había estado haciendo trabajos como externa, pero no mencionó la lavandería porque pensó que no sería una buena referencia. Por aquel entonces, la gente consideraba que las lavanderías eran antros de perdición, por las obscenidades que decían las chicas que trabajaban allí.

La señora Clydesdale decidió que, dado que era fuerte y estaba sana, podría valer. Mi paga se

estipuló en veintiuna libras al año, pagaderas por meses. Iba a tener una tarde libre, de cuatro de la tarde a diez de la noche, y domingos alternos con ese mismo horario. Nunca, en ninguna circunstancia, iba a volver a casa después de las diez. Debía disponer de tres vestidos estampados en azul o gris, cuatro delantales blancos y cuatro cofias, medias y zapatos negros de cordones. Siempre tendría que decir «señor» y «señora» si el señor o la señora Clydesdale se dirigían a mí, tenía que tratar a los criados superiores con el mayor de los respetos, y hacer todo lo que la cocinera me pidiera que hiciera. Mi madre dijo a todo «Sí, señora» o «No, señora», y prometió en mi nombre que yo haría todas esas cosas. Yo estaba cada vez más hundida. Era como si estuviera en la cárcel y hubiera llegado mi última hora.

Cuando salimos le dije a mamá cómo me sentía, pero ella pensaba que el trabajo me convenía, y ya no hubo más que hablar.

El problema era el uniforme. Mi madre puso mucho empeño en conseguir algo que de otro modo no hubiera podido ser: comprar todas aquellas cosas para mí costó cerca de dos libras. Sé que ahora parece una cantidad ridícula pero, en aquel momento, para nosotros, dos libras suponían la abundancia. No teníamos esas dos libras, pero ella se las arregló para que nos las prestaran y me equipó para el trabajo.

El día en que yo empezaba, sacó su viejo y desgastado baúl de hojalata, que siempre la había acompañado en el servicio doméstico, y yo metí dentro mis escasas posesiones. Al margen del uniforme, tenía muy poca ropa. Me puse elegante con una blusa, una falda y un abrigo que habían pertenecido a mi abuela.

Le pregunté a mi madre que cómo íbamos a llevar el baúl hasta Adelaide Crescent, que si íbamos a coger un taxi. Ella me contestó: «Estás loca de remate. ¿De dónde crees que podemos sacar dinero para eso? Papá va a pedir prestada la carretilla». En aquel momento, papá trabajaba con un decorador, así que iba a cargar el baúl en la carretilla para llevarlo hasta la casa. Debíamos tener una pinta muy curiosa: mi padre andando por la calzada con un baúl de hojalata en una carretilla, y mamá y yo siguiéndole por la acera. Cuando llegamos, papá arrastró el baúl de hojalata hasta el sótano.

Al despedirse, mi madre me dio un abrazo, lo cual era insólito porque en nuestra familia nunca había demostraciones de afecto. Yo tenía ganas de ponerme a gritar sin parar, y eso que no se iban a mucha distancia, pues vivíamos en la misma ciudad, pero para mí era horroroso ver a mi madre y a mi padre marcharse y dejarme en aquel lugar desconocido. Yo pensaba: «¡No, no puedo quedarme!», pero no lo dije. Sabía que tenía que trabajar, porque mis padres no podían permitirse que me quedara con ellos.

La primera persona a la que vi fue otra chica joven, más o menos de mi edad. Me dijo que se llamaba Mary y que era la segunda doncella y, señalando el baúl, añadió: «Voy a ayudarte a llevarlo arriba». ¡A llevarlo arriba! Yo jamás había visto nada semejante. Nunca pensé que en una casa pudiera haber tantas escaleras.

Partiendo del sótano, y hasta dos plantas por debajo de las buhardillas, había unas escaleras traseras para los criados, por lo que tú nunca te cruzabas con «ellos» y «ellos» nunca se cruzaban contigo corriendo por las escaleras ni nada parecido. Aquellas escaleras, desde luego, eran muy distintas de las escaleras principales. Solo tenían linóleo, el mismo que había en nuestra casa.

Fue una suerte que no tuviera mucha ropa, porque de lo contrario no sé cómo habríamos subido el baúl de hojalata hasta el dormitorio.

Cuando por fin llegamos, le pregunté a Mary: «¿Qué hago ahora?». Ella me contestó: «Lo primero es que te cambies rápido, te pongas el uniforme, y bajas. Por cierto, tienes que hacer algo con esos pelos, no puedes bajar así». Yo llevaba el pelo muy largo, porque era antes de la época en que todo el mundo se lo cortó. Había intentado hacerme un moño para entrar a servir y madre me había ayudado, pero se me había caído y me faltaban horquillas. Mary se ofreció a ayudarme y me estiró toda la melena hacia atrás para quitarme el pelo de la cara; yo, en cambio, me lo había puesto hacia delante para intentar estar más guapa. Pero Mary me dijo: «La cocinera no te dejará llevar así el pelo. Cuando te pongas la cofia, no debes tener ni un solo pelo en la frente». Así que me lo echó todo para atrás y me lo apretó en un moño, y además de ponerme todas mis horquillas me puso un montón de las suyas. Yo tenía la sensación de llevar un acerico en la coronilla. Cuando me lo toqué con la mano no sentí nada más que horquillas, y cuando me vi en el espejo, sin un solo pelo en la cara, me pareció que estaba espantosa. Lo que menos me podía imaginar es que no iba a dejar de tener esa misma pinta espantosa todo el tiempo que trabajé allí, así que, al menos, eso no fue muy importante en el comienzo.

Me puse el uniforme, ¡cómo lo odiaba! Por ser pinche de cocina, tenía que llevarlo tanto por la mañana como por la tarde. No me cambiaba para ponerme de negro, como hacían los criados que subían. Era un uniforme azul, pero no azul marino, sino entre azul marino y azul de Prusia. Después me tenía que poner uno de esos delantales muy anchos, con tiras por la espalda que se abotonaban en la cinturilla, y luego la dichosa cofia. Odié aquella cofia hasta que fui cocinera, y en cuanto llegué a serlo dejé de ponérmela. Eso me costó una batalla campal con una mujer con la que trabajé, pero siendo cocinera nunca llevé cofia.

Cuando terminé de vestirme, Mary dijo: «Ahora vamos a bajar a la cocina». Cuando llegamos, era la hora del té para los criados. La pinche de cocina no se sienta a tomarlo, pero la segunda doncella, sí.

10

Creo que una de las peores experiencias era el momento de conocer a los criados, aunque en aquella casa, comparada con otras en las que estuve después, tampoco había tantos: un mayordomo, una camarera en lugar de un lacayo, dos doncellas —primera y segunda—, una institutriz, un chófer-jardinero, la cocinera y yo.

Lo primero que me dieron, antes de sentarme y tomarme el té, fue la lista de tareas de la pinche. Cuando la leí pensé que se habrían confundido, porque me pareció que era trabajo para seis personas.

Tareas de la pinche de cocina: levantarse a las cinco y media (a las seis los domingos), bajar, despejar el tiro del fogón, encender el fuego, engrafitar (por cierto, que para hacerlo no tenías cómodos botes con producto líquido, sino una piedra de grafito que, antes de irte a la cama, dejabas en un platito con agua para que estuviera en remojo toda la noche y que al día siguiente, ya un poco pastosa, pudieras restregarla. Yo no sabía eso, y nadie se molestó en explicármelo, así que al día siguiente intenté hacerlo con la piedra sin más; yo creía que solo tenías que frotar con ella. Nadie me avisó. No sé por qué se pensaron que yo lo sabría), limpiar el guardafuego de acero del fogón y sus utensilios (aquel guardafuego de acero, sin exagerar, medía por lo menos un metro veinte de largo, y lo acompañaban un badil enorme, unas tenazas y un atizador que había que restregar con papel de lija), abrillantar los dorados de la puerta principal, fregar las escaleras, limpiar las botas y los zapatos, y poner el desayuno de los criados. Todo eso tenía que estar hecho para las ocho. En cuanto a las cosas que estaban escritas para después del desayuno y a lo largo del día, la verdad es que no había visto una lista semejante en toda mi vida.

Entre el uniforme, la cofia, el pelo y la lista de tareas, para cuando Mary dijo: «Ven a tomar el té y a conocer a los criados», tuve la sensación de que la vida no podía depararme nada peor. Me sentía como si estuviera al fondo de un pozo, y pensé: «¿Cómo puede dejarme aquí mi madre y decirme que las cosas son mejores ahora, que ya no se trabaja tanto, que tienes más tiempo libre y que la gente piensa más en ti?».

Fui a la sala de los criados para conocerlos pero creo que, en realidad, nadie me presentó. Nadie se molesta en presentar a una pinche de cocina. Se limitan a mirarte como si fueras el último mono. Uno de ellos dijo: «Parece lo bastante robusta». ¡Más valía que lo fuera, créanme!

Me senté y me tomé el té, pero no sé ni cómo me lo tomé, con todos aquellos criados mirándome. Por suerte, mi madre —y también mi padre— siempre insistieron mucho con los modales en la mesa. Nunca nos dejaron sentarnos de cualquier manera, y siempre nos obligaron a

utilizar bien los cubiertos.

Todavía no había conocido a la cocinera; había salido a ver una película. La cocinera tenía más tiempo libre que nadie. Podía salir todas las tardes que quisiera, siempre que volviera a tiempo para preparar la cena. Como es natural, a quien más ganas tenía de conocer yo era a ella, porque iba a pasar a su lado buena parte de mi vida.

Mary me dijo que la señora McIlroy —era escocesa— era una persona muy simpática, pero yo no me fie, porque Mary no dependía de ella, así que de poco me servía lo que Mary pensara de la cocinera.

Después del té me acerqué a la cocina a echar un vistazo. Eso bastó para terminar de hundirme en la depresión.

El fogón ocupaba un lado entero de la cocina, y yo me quedé mirándolo todo asombrada. En casa también teníamos un fogón, pero nunca lo encendíamos porque había una cocina de gas. Sin embargo, lo que había en aquella cocina era únicamente aquel enorme fogón, que para mí se iba a convertir en una pesadilla, aunque todavía no lo supiera. Había un horno a cada lado, uno grande y otro pequeño, y la pinche anterior lo había engrafitado tan bien que casi te podías ver reflejada en él. Yo nunca conseguí dejarlo así, no sé por qué. Ya dijo la cocinera que hay quien consigue lustrar, y hay quien no. Justo delante estaba el guardafuego, que también estaba lustrado y brillaba como la plata.

Enfrente estaba la alacena, toda ella de madera clara, con armarios amplios en la parte de abajo, y cinco anaqueles en la de arriba. No era como la pequeña alacena que teníamos en la cocina de mi casa, sino que en ésta se podía guardar una vajilla completa, y cuando digo completa no me refiero a las que se compran ahora, que en realidad son solo medias vajillas; lo que digo es que en aquellos anaqueles estaban colocados ciento veintiséis platos de porcelana; en la parte plana, la que quedaba justo encima de los armarios, había una sopera gigantesca, fuentes para la verdura y salseras. En mi lista de tareas estaba escrito que tenía que sacar todo eso una vez por semana, limpiar cada uno de los objetos y restregar la alacena.

La tercera pared tenía dos puertas. Una llevaba a la sala de los criados. Cuando nos sentábamos ahí para comer era entretenido mirar las piernas de los transeúntes y ponerles cara. Si veías pasar un par de piernas gordas decías: «Cincuenta años como poco», y otro respondía: «No, ésta no, debe tener retención de agua en las rodillas, o es paticorta».

Por cierto que nunca supe por qué lo llamaban sala de los criados. Más que una sala, era una salita. Pero en todos los sitios en los que estuve los criados se reunían en lo que se llamaba la sala de los criados.

La otra puerta daba a la despensa del mayordomo. Aunque lo llamaran despensa, no era un lugar donde se guardara comida. Había dos pilas, una para poner el jabón de lavar la plata, y otra para aclararla y lavar el cristal. El mayordomo y la camarera se ocupaban del cristal y de la plata, pero no de los cuchillos, que correspondían a la pinche de cocina.

Había una puerta más, en la última pared, que daba a un largo corredor que iba desde la puerta trasera hasta la cocina. Era un pasillo enorme, todo embaldosado. En ese pasillo, en la pared, había una larga fila de campanas con letreros que indicaban desde dónde habían llamado; salir inmediatamente al pasillo para ver qué campana había sonado también formaba parte de mis

tareas. En la casa también tenían instalado un sistema de tubos acústicos. Tirabas de unas clavijas colocadas en la pared que hacían sonar un pitido en las salas de arriba, y así podías avisar a alguien de que le buscaban. Si no salías disparada al pasillo, la campana dejaba de sonar antes de que llegaras y te quedabas sin saber si llamaban del salón azul, del amarillo, del dormitorio principal, el segundo o el quinto, del gabinete o del comedor. Así que volvías a la cocina y le decías a la cocinera: «No sé qué campana era», y ella te reñía: «Tienes que ser más rápida, de lo contrario arriba se armará un lío de aquí te espero». Pero ¿qué podía hacer yo? Si estabas en plena faena, no podías dejarla de repente. Al principio aquellas campanas me ponían muy nerviosa, pero terminé entendiéndolas y no había nadie más rápido que yo para avisar cuando sonaban.

Todo el suelo de la cocina era de piedra; no eran las baldosas brillantes que se ven ahora, sino una especie de ladrillos muy anchos. Había que fregarlas todos los días. La mesa de cocina ocupaba todo el espacio a lo ancho. Era un trasto enorme y macizo que se sostenía con las cuatro patas cuadradas más grandes que he visto nunca, y la habían limpiado hasta conseguir una blancura que envidiaría cualquier detergente de hoy, y eso que entonces no teníamos más que jabón y bicarbonato. Ésa era la mesa de la cocinera que, según me indicó Mary, yo tenía que preparar.

Mary me dijo: «Sabes cómo se prepara la mesa de la cocinera, ¿verdad?». Y yo contesté: «Sí, sé las cosas que hay que sacar para cocinar», pero la verdad era que no tenía ni la menor idea.

Esa misma tarde, a eso de las seis, llegó la cocinera, la señora McIlroy. Parecía muy simpática. Vino hacia mí y me estrechó la mano, que era mucho más de lo que nadie había hecho.

Era una mujer de alrededor de cincuenta años, escocesa, más bien bajita, de pelo gris, muy con los pies en la tierra y bastante fea, pero de una personalidad tan agradable que no te dabas cuenta de lo fea que era.

Más adelante, cuando la conocí mejor, supe que, aunque la llamaban «señora McIlroy», el «señora» era solo un tratamiento de cortesía. A casi todas las cocineras, aunque estuvieran solteras y siguieran siendo «señoritas», se les decía «señora» cuando empezaban a hacerse mayores, y no solo lo hacían las personas para las que trabajaba, sino también los demás criados. Un día le dije: «Señora McIlroy, no entiendo cómo es que no se ha casado». Yo no escatimaba en halagos, porque siempre me ha parecido que dan sus frutos, sobre todo si se los dices a alguien que está por encima de ti, así que, aunque lo hice con mucho apuro, añadí: «¿Tiene usted una personalidad tan atractiva!». Ella me contestó: “Bueno, así son las cosas, hija. Cuando tenía alrededor de veinticinco años me miré en el espejo y me dije: «Has decidido ser una buena cocinera fea, y eso es lo que vas a ser toda tu vida. Eres fea, no cabe duda, y nadie va a querer casarse contigo, de eso tampoco cabe duda”. Razón no me faltaba».

Aquella primera tarde, después de presentarse, me dijo: «Bien, muchacha, ahora tenemos que ponernos manos a la obra. Puedes prepararme la mesa, ¿verdad?». Yo respondí: «Por supuesto», y ella subió a su habitación.

Puse en la mesa un cuchillo, un tenedor, una cuchara, la harina, la sal y un cedazo. Pensé que no necesitaría nada más para preparar la cena. Por suerte para mí, Mary pasó por allí y, después de explicarme muriéndose de la risa que mi idea de preparar la mesa de una cocinera era un

disparate, me dijo: «Te voy a enseñar cómo se hace antes de que baje la señora McIlroy, no porque vaya a enfadarse, sino porque, si ve lo que has sacado, lo mismo se echa a reír». Mary se puso a ello. Sacó cuchillos de todo tipo, de todas las formas y tamaños: cuchillos grandes y largos para trinchar, pequeños para pelar la fruta, otros para untar, rebañadores para los cuencos, y también cucharas metálicas, no de las ordinarias —que eran como de aluminio coloreado—, sino otras, grandes, unas seis. Las de mayor tamaño tenían inscritas las medidas, desde unos gramos hasta cucharadas de postre. Sacó dos tamices, uno de crin y otro de alambre, un cedazo para harina y un batidor para los huevos. Como es natural, por aquel entonces no había batidores eléctricos. De hecho, no había siquiera de esos que tienen ruedas, sino que tenían como un artilugio de alambre al que dabas vueltas a mano. También sacó dos tipos de ralladores, uno fino para la nuez moscada y otro para el pan; una tabla de cortar grande y otra pequeña; tres o cuatro tipos de cuencos; pimentón, cayena, sal común, pimienta y vinagre. Todas esas cosas ocupaban la mitad de la mesa, y había que colocarlas dos veces al día: para el almuerzo, aunque fuera únicamente de tres platos, y por la noche, para la cena, cuando se servían cinco o seis.

Cuando vi todo aquello le dije a Mary: «Es imposible que necesite tantas cosas», y ella me contestó: «Pues aún no has visto nada. Para la hora de la cena te pasarás el rato enjuagando cosas, porque la cocinera las habrá utilizado y querrá volver a hacerlo. Mientras prepara la cena necesita algunas de estas cosas dos o tres veces». Todo resultó ser cierto.

11

La cantidad de comida que entraba en aquella casa me parecía totalmente extraordinaria, al igual que la cantidad que se comía y que se desperdiciaba. No era raro que hubiera una trasera de cordero entera. Ahora no se ven muchas, pero las de entonces eran una hermosura. Y también los solomillos. A veces solo se comían la parte inferior del solomillo y dejaban toda la parte alta, y eso era lo que cenábamos nosotros. Pero ni por ésas conseguíamos acabárnoslo, y al final se tiraba un montón. Cuando pensaba en mi familia, en casa, donde apenas llegaba la comida, se me partía el corazón.

El lechero pasaba tres veces al día: a las cuatro y media o cinco de la mañana dejaba la leche; luego, a eso de las diez, se daba otra vuelta con más leche y los pedidos que le hubieras encargado. Llevaba también, desde luego, nata y huevos, pero, si querías mantequilla, pasteles o algo por el estilo, volvía una vez más alrededor de las dos de la tarde.

Nunca he visto tanta leche, nata y huevos. En aquella casa entraban pintas enteras de nata prácticamente a diario, incluso aunque no hubiera invitados, cuando solo estaban los señores Clydesdale, su hija y la institutriz. Al principio de estar yo allí la leche se servía desde una enorme lechera que tenía un asa. No era como las lecheras que llevan —o llevaban— rodando en las estaciones del tren, sino otro tipo, que el lechero acarrea a mano. Pero muy poco después se pasó a las botellas, lo cual era mucho más limpio, desde luego, porque las latas solían dar olor.

Casi todas las compras se encargaban en alguna de las grandes tiendas de Hove, como Fortnum & Mason's; para hacer encargos no hacía falta más que ser miembro. Supongo que era, en cierto modo, como una cooperativa para ricos. Lo que ya no sé es si te llevabas dividendos.

Tenían de todo: verduras, carne, pasteles y otros comestibles habituales.

La señora Clydesdale bajaba a eso de las diez y daba los menús del día a la cocinera; si la señora McIlroy necesitaba algo que no tuviera, no tenía más que llamar y pedir que se lo trajeran. Por aquel entonces eso era lo único que tenías que hacer con los comerciantes: llamarles. De hecho, el carnicero y el verdulero se pasaban para tomar el pedido cuando consideraban que la cocinera ya sabría lo que iba a necesitar para el día, y volvían con las provisiones en menos de media hora.

El pescado no lo traían ellos. De eso se encargaba un hombre que venía desde la playa y traía el pescado en un balde lleno de agua de mar, todavía vivo. A mí aquellos peces me daban pavor, porque cuando les cortaba la cabeza aún saltaban y se retorcían.

Un día trajo una platija enorme y, cuando la coloqué en la tabla para cortarle la cabeza, pegó

un brinco en el aire y con su afilada aleta me hizo un buen rasguño justo debajo de la nariz. Mary se me quedó mirando y me dijo: «¿Se puede saber qué te ha pasado en la nariz?». Yo le contesté: «Un pez ha pegado un brinco y me ha arañado». No se me ocurrió volver a hacerlo, nunca más volví a intentarlo. A partir de ahí, cogía el atizador grande y les arreaba con él en la cabeza. Nunca llegué a averiguar cuál era la parte vulnerable del pez, pero mi sistema funcionaba.

El pescador también nos traía bogavantes vivos. Yo los dejaba en la despensa, metidos en una cazuela. La despensa era muy grande y no era solo un rincón lleno de estantes, sino que era una sala más, pero con el suelo de pizarra y estantes recubiertos también de pizarra, que incluso en verano estaban muy fríos.

Yo dejaba en el suelo las cazuelas con los bogavantes, y cuando iba a buscarlos por la noche, para la cena, ya nunca estaban dentro, sino que se habían escapado y andaban arrastrándose por ahí. Cuando los cogía, rara era la vez en que no me daban un pellizco. Nunca supe cuál es el sitio más seguro para agarrarlos.

Odiaba echarlos al agua hirviendo. La señora McIlroy decía que se morían en cuanto tocaban el agua, pero yo no estoy tan segura. Nunca llegué a creérmelo, porque lo que sí es seguro es que en cuanto los echaba al agua daban una sacudida espantosa.

La señora McIlroy no tenía «arreglos» con las tiendas pero, no obstante, cuando llegaban los pagos trimestrales muchas veces tenían un detalle con ella, y a finales de año le daban «un buen descuento», como ellos decían.

Quien realmente elegía las tiendas era la cocinera, así que siempre que iba le sacaban la alfombra roja. Es que, aunque el servicio de nuestra casa tampoco fuera muy grande, la comida era realmente de muchísima calidad. Además de con su sueldo, todas las cocineras podían contar con esas compensaciones de las tiendas con las que trataban.

Pero volvamos a cómo eran mis jornadas. Me di cuenta de que lo que pensé que era trabajo para seis era, en realidad, para una, y que esa una era yo.

Me levantaba a las cinco y media, bajaba las escaleras arrastrándome y me plantaba delante del fogón. Lo encendía, lo limpiaba, y encendía el fuego en la sala de los criados.

Después salía disparada para ocuparme de la puerta principal, que era toda blanca y de bronce, y aquélla era una tarea muy poco agradecida, sobre todo en invierno, porque en cuanto conseguía tenerla toda reluciente la brisa marina la deslustraba. Así que, para cuando la señora la veía, siempre le encontraba algún defecto.

Después había que fregar catorce anchos escalones de piedra.

Me volvía abajo, y ya estaba Mary esperándome con las botas y los zapatos.

Me acuerdo de la primera mañana. Me dijo que Carrie (que era la primera doncella) esperaba que yo supiera limpiar las botas y los zapatos. «¡Pues claro que sé! Al fin y al cabo, es algo que ya he hecho en casa», dije yo. Lo que yo no sabía era hacerlo como ellos querían que lo hiciera.

El reverendo se ponía botas a diario: negras entre semana, y marrones los domingos. Por la tarde se cambiaba, para ponerse zapatos negros de charol. La señora llevaba zapatos marrones o negros, a menudo los dos a lo largo del día. Luego estaban los de la institutriz y los de Leonora. Hice estos últimos, y me pareció que habían quedado muy bien. Desde luego, las punteras brillaban.

Cuando Mary volvió me dijo que no estaban bien, que no estaban nada bien. Yo le pregunté: «¿Qué tienen? A mí me parece que así están bien». «De acuerdo, si quieres me los vuelvo a subir, pero seguro que Carrie me manda otra vez con ellos», me contestó.

Regresó al cabo de dos minutos y me dijo: «Ya te lo dije, así no valen. No has limpiado las lengüetas por dentro». «¿Por dentro? —contesté yo—. No sabía que hubiera que limpiarlas por dentro». Lo hice, abríllanté los zapatos otro poco, y Mary volvió a subírselos.

Unos segundos después regresó y me dijo: «No has hecho los cordones». Yo repetí: «¿Que no he hecho los cordones?». Y ella: «Ah, pero ¿no lo sabes? Tienes que planchar los cordones. Los quitas y los planchas». Yo pensé que estaba de guasa. «¿Que planche los cordones?», contesté yo. Y ella me dijo: «Sí». Verán, por aquel entonces los cordones no eran finos, como los de ahora, sino que eran cintas con una anchura de alrededor de centímetro y medio, y los cordones de la señora Clydesdale y los de Leonora tenían en realidad una anchura de casi dos centímetros y medio, y yo tenía que sacarlos y plancharlos.

No había, desde luego, planchas eléctricas, sino de hierro. Había que ponerlas a calentar al fuego, y eso requería cerca de un cuarto de hora. En toda mi vida he visto procedimiento más latoso.

Después tenía que limpiar los cuchillos, que por aquel entonces no eran de acero inoxidable. Los limpiaba con un aparato redondo, muy grande, con tres agujeros por los que se introducía el polvo para cuchillos, que era algo así como un polvo de esmeril. Luego se ponía un cuchillo en cada agujero, y se daba vueltas a la manivela.

A mí me daba la sensación de que estaba tocando un organillo. De hecho, esta tarea terminó siendo musical, porque mientras daba vueltas a la manivela, cantaba.

*Un joven en pie ante el tribunal
suspiró con profundo resentimiento
cuando ella, la del casamiento,
posó sobre él una mirada triunfal.*

(Para entonces ya tenía tres cuchillos limpios, y ponía otros tres).

*Por mil libras lo llevó a juicio
pues él prometió sacrificio,
pero en vez de acudir al templo
se quiso marchar con el viento.*

(Los tres siguientes).

*No digo hasta pronto, sino adiós, Lu,
porque tengo a otra mejor que tú.
Si me quiere, por dinero no es;*

sino que amor verdadero lo suyo es.

(Los tres últimos venían para la última estrofa).

El juez sonrió desdeñoso.

La chica lo tenía atrapado.

*Pero aunque ella ganó al novio roñoso
a día de hoy el dinero no ha tocado.*

Para entonces, ya era la hora de llevar una taza de té a la señora McIlroy. A continuación tenía que poner la mesa en la sala de los criados, para el desayuno, que la servidumbre tomaba a las ocho en punto.

Después, la señora McIlroy y yo preparábamos el desayuno para los de arriba.

Como las demás comidas, el desayuno de los señores era muy distinto del nuestro. Para la señora Clydesdale, lo importante era que estuviéramos alimentados, así que lo que tomábamos eran cosas como arenques, bacalao, estofados o gachas con leche. Sin embargo, dado que ninguno de aquellos nutritivos alimentos iba escaleras arriba, yo solo podía concluir que incluso sus órganos internos eran distintos de los nuestros, visto que lo que a nosotros nos alimentaba a ellos no debía sentarles nada bien.

Siempre había que estar ahorrando.

En los años que pasé en el servicio doméstico me di cuenta de que el ahorro siempre empezaba por los criados, y también terminaba en ellos.

Arriba se tomaban unos desayunos inmensos, tanto si tenían visitas como si no. Tomaban panceta y huevos, salchichas, riñones, pescado —ya fuera ahumado o con arroz y huevo—, y no una o dos de estas cosas, sino todas y cada una de ellas.

Yo no podía dejar de pensar en mis pobres padres en casa, donde para el desayuno solo había tostadas. ¡Y toda aquella comida iba arriba, para ellos, que nunca trabajaban! No podía evitar pensar en lo injusta que es la vida.

Por mucho que se lo dijera a la señora McIlroy, ella no lo veía. Aceptaba sin más lo que tenía. Pensaba que tenía que haber gente con dinero, y gente que no. Ella decía: «Si no hubiera gente con dinero, ¿qué haría la gente como nosotros?». Yo replicaba: «Pero ¿no puede haber un poco de igualdad, que el reparto sea más equitativo? Que ellos tuvieran un poquito menos, y nosotros un poquito más. ¿Por qué tenemos que trabajar nosotras en esta mazmorra y tener solo lo estrictamente necesario, mientras que ellos arriba tienen de todo? Al fin y al cabo, señora McIlroy, piense que la comida y el alojamiento forman parte de nuestro sueldo. Se supone que las dos libras mensuales que recibo en metálico se complementan con la comida y el alojamiento. Si el alojamiento que tenemos Mary y yo es como el que tenemos en la buhardilla, y si la comida es escasa, y los permisos tan pocos, ¿cómo pensar que lo nuestro es un pago justo?».

Yo ya pensaba esas cosas, incluso de jovencita.

Tal vez fuera por mi padre, porque a él le entristecían mucho las desigualdades de la vida. En cambio, madre no se lo tomaba así. Mientras pudiera beber un poco de vez en cuando, y mientras

tuviera para darnos a nosotros de comer lo bastante, cosa que podía hacer en verano, no parecía preocuparle mucho. Papá, en cambio, acusaba más esas cosas.

En cuanto terminábamos de recoger el desayuno, nos poníamos a hacer la comida para mediodía.

El almuerzo, según la señora McIlroy, era una comida sencilla.

Sopa, pescado, chuletas o carne a la parrilla, y un dulce. Una de las cosas que me enseñó fue a presentar los platos. Por ejemplo, cuando había chuletas, ella aplastaba las patatas y hacía con ellas bolas apenas mayores que una nuez, que rebozaba con huevo y pan rallado; las colocaba en forma de pirámide en una fuente de plata y luego disponía las chuletas en corona, cada una con un papillote rizado blanco en el extremo del hueso, y perejil repartido alrededor de la fuente. Era una presentación de lo más lucida.

Para nosotros la comida principal era la del mediodía, porque por la noche solo tomábamos algunas sobras. Aunque fuera nuestra comida principal, nunca se componía de tres platos; para nosotros solo había carne y un postre. Eran platos bastante sustanciosos, pero no teníamos chuletas, ni filetes, ni nada de eso. Cuando había pescado, era en rodajas, o bacalao. En todo caso, la cantidad siempre era suficiente y, como yo no estaba acostumbrada a vivir con lujos, siempre me comía todo lo que había.

12

La comida principal de los señores Clydesdale era la de la noche, aunque estuvieran solamente ellos dos, su hijita Leonora y la institutriz. Las niña y la institutriz comían aparte, las dos juntas, salvo los domingos, en que se permitía a Leonora comer con sus padres. Siempre había cinco platos, a veces seis.

Empezaba con sopa de alguna clase. A la señora McIlroy se le daba muy bien hacer sopa ligera. Siempre teníamos buenos huesos del carnicero, que ella echaba en un puchero que dejaba en un lado del fogón, para que estuviera ahí todo el día, con hierbas en una bolsita de muselina, una zanahoria, cebolla y nabo. A última hora de la tarde sacaba el hueso, las hierbas y las verduras, y echaba unas cáscaras de huevo; no los huevos enteros, sino solo las cáscaras, y lo batía con fuerza. Entonces arriba se hacía espuma, y a mí me tocaba espumar —y era un quehacer la mar de entretenido—. Cuando había retirado con la cuchara todo lo que se podía, cogía papel vegetal y lo pasaba por encima del líquido con mucho tiento, para terminar de absorber la grasa.

A veces necesitaba más de doce papeles. Para entonces, la sopa estaba clara, con un color pálido, ligeramente dorado, pero clara como el agua.

A veces era sopa de tomate. Desde luego, no salía de un bote. Ninguna sopa salía de un bote. La sopa de tomate también la hacíamos con caldo; siempre teníamos un puchero de caldo al fuego. Cuando yo llegué a cocinera, también lo hacía. Todos los huesos se reservaban, ya fueran traseras de cordero, piernas de cordero o costillas... No había un hueso, ni un trocito de verdura sobrante, que no terminara en el puchero del caldo. Para hacer la sopa de tomate, la señora McIlroy derretía mantequilla (nunca margarina, todo lo hacíamos con mantequilla) en un lado del fogón, para que se quedara solo un poco derretida. Después la espesaba con harina, añadía el caldo, los tomates cortados por la mitad y todo se mezclaba hasta que espesaba. Al final, había que pasarlo por el tamiz de alambre. Este también era un trabajo largo, porque había que retirar las pepitas y la piel.

Otra de las especialidades de la señora McIlroy era la sopa de setas.

Se hacía de manera similar, solo que las setas se pasaban por un tamiz de crin. Decía que si las pasabas por el tamiz de alambre lo que sacabas eran trocitos muy menuditos, porque las setas, al ser tan suaves, se colaban fácilmente a través.

El tamiz de crin tenía la misma forma que el de alambre, pero en lugar de estar cubierto de alambre llevaba crines muy finas, como las del caballo, aunque parecían más finas todavía.

Unos cinco minutos antes de que la señora McIlroy enviara el plato arriba, echaba en la soperá medio vaso de nata; era una soperá muy grande, de porcelana, con un cucharón que tenía un

mango muy largo. Yo siempre me acordaba de ese refrán que dice «Quien con el demonio haya de comer, larga cuchara ha menester», y decía: «Ahí arriba, con ese cucharón, cenarán con el demonio tan a gusto».

Si sobraba algo, la señora McIlroy me lo daba a mí, porque no había suficiente para todos. Yo siempre tenía hambre, y me comía todo lo que se pudiera comer. Ella decía: «Luego no te va a caber tu comida, espérate y después lo tomas todo junto», pero yo nunca dejé nada en el plato. Creo que es por los años de hambruna que pasé de niña, porque incluso ahora puedo comerme todo lo habido y por haber.

Era frecuente que hubiera un entrante para cada plato. La señora McIlroy a veces preparaba un áspic de gelatina con trozos de pollo. Hacía ella misma el áspic con caldo y gelatina; hoy en día todo se compra preparado. Si la víspera habían tomado pollo y quedaban sobras, yo lo cortaba en trozos pequeños y la señora McIlroy preparaba el áspic con la gelatina, el caldo y el aliño. Se metían los trozos de pollo dentro y luego se ponía en una nevera. No había refrigeradores como los de ahora, por supuesto.

Lo que teníamos era una caja grande de metal galvanizado, y el vendedor de hielo pasaba todas las mañanas con un trozo grande de hielo que yo colocaba en una bandeja situada en la parte alta de la caja. Ahí se metía la comida que tenía que estar al fresco. Como teníamos una despensa que estaba hecha prácticamente toda de pizarra, y que encima estaba en el sótano, era poca la comida que se echaba a perder. De todos modos, nadie hacía intención de almacenar comida, porque la traían fresca a diario.

Después venía el plato de pescado. A veces era salmón, cuando era la temporada; otras veces eran platijas, o rodaballo, y cada uno iba con la salsa correspondiente: holandesa, tártara o mayonesa. Hacer la mayonesa era cosa mía.

¡Menudo trabajo! Pensé que nunca llegaría a salirme bien. Primero echaba una yema de huevo en un cuenco y luego añadía aceite de oliva, pero una pizca, solo una pizca, y empezaba a batir, batir y batir hasta que me quedaba una mezcla amarilla preciosa, parecida a las natillas. Pero, si intentaba hacerlo más rápido, por ejemplo echando el aceite de oliva solo un poquito más deprisa, se cortaba, había que tirarlo y volver a empezar. ¡La cantidad de salsa mayonesa que pude tirar!

Luego venía el plato principal, que a veces era un redondo de ternera y otras, si tenían visita, podía ser toda una trasera de cordero, o pierna de lechal.

La señora McIlroy hacía un glaseado muy bonito. La verdad es que nunca llegué a saber cómo lo hacía. Ahora se puede comprar envasado, pero ella hacía el suyo propio con una especie de azúcar tostado. Cuando se derretía adquiría un color precioso de caramelo tostado, y lo rociaba por la pierna o la trasera antes de mandarlo arriba; realmente tenía una pinta soberbia.

Luego venía el postre. Podía ser cualquier cosa, pero casi siempre era algo frío. Podía ser un batido de chocolate, que se hacía con chocolate rallado, huevos y azúcar blanca, o podía ser fruta, fruta fresca con azúcar hervida para hacer un almíbar que luego se filtraba sobre ella, o una compota de naranja o de plátano; no siempre eran cosas pesadas, porque al reverendo Clydesdale no le gustaban mucho. A veces le apetecía tomar unas sardinas o unas anchoas con una tostada, nada muy elaborado.

Después se sacaba el queso, y luego el café. Ésa era su cena. Lo que tomábamos nosotros eran

las sobras de la víspera, macarrones con queso o pan tostado con queso. No era por culpa de la señora McIlroy; era que no tenía permiso para darnos más. Algunas doncellas no paraban de gimotear diciendo que nunca comían lo bastante. Yo no me quejaba, pero tenía la sensación de que aquello no era justo.

Aunque ellos no cenaban hasta las ocho, yo tenía que tener la mesa dispuesta para la señora McIlroy antes de las seis, porque hacía a mano todo lo que cocinaba. Por ejemplo, si preparaba un suflé de queso, que era algo que les gustaba mucho, lo hacía con queso parmesano, que tiene una textura más ligera y pesa menos que el queso ordinario. Ahora se puede comprar el queso parmesano ya rallado y envasado, desde luego, pero por aquel entonces comprabas un trozo y, créanme, era duro como una piedra, y yo lo rallaba con el lado fino del rallador. Eso me quitaba mucho tiempo, y al principio también parte de los nudillos.

Si se servía salsa de rábanos, también había que prepararla a mano. Rallar rábanos es mucho peor que rallar cebollas; yo lloraba como una magdalena. Odiaba esa tarea. Si había espinacas a la crema, se tenían que pasar por el tamiz, y era otro quehacer que llevaba su tiempo.

Pero lo peor de todo era cuando había pastel de carne picada. Había que pasar la carne de vaca cruda, en general un filete, por el picador. No era nada fácil. Pero, si había que pasarla por el tamiz de alambre, todavía cruda, se pueden imaginar el tiempo que requería. La primera vez que lo intenté creí que sería imposible, pero al final vi que, invirtiendo el tiempo necesario, se consigue.

La carne pasada por el tamiz se mezclaba luego con hierbas y una yema de huevo, se envolvía en un trozo de muselina y se ponía a cocer a fuego lento con un poco de caldo no más de veinte minutos. De ese modo, al abrirla seguía más o menos cruda, pero, al estar picada tan fina por el tamiz, sabía como si se hubiera cocinado hasta ponerse tierna. Era una cosa fantástica, pero exigía mucho trabajo.

Cuando se servía caza, se acompañaba con patatas fritas.

Ahora cualquiera puede comprarse una bolsa o un bote de patatas fritas, pero por aquel entonces había que hacerlas a mano. Primero se pelaban las patatas. A continuación se extendía un lienzo a lo largo de toda la mesa y se cortaban las patatas en rodajas tan finas que al ponerlas delante de los ojos se pudiera ver a través. Eran como lonchitas de aire. Se extendían en el lienzo, cada una por separado. Luego se ponía otro paño encima, hasta que se secaran. Después se ponía manteca de cerdo a derretir, pero no grasa de carne asada, porque tenía demasiado color. (No comprábamos la manteca por cuartos de kilo, sino por «vejigas», como se decía por allí. Tenían más o menos el tamaño de un balón de rugby, y también una forma parecida). Se derretía un poco en una sartén que fuera muy profunda, y cuando empezaba a hervir y salía humo azul, se echaban las rodajas de patata, pero de una en una, porque si las echabas de golpe se pegaban y ya no se separaban. Para cuando echabas la última, las primeras ya estaban fritas, así que tenías que correr como una loca para sacarlas y echar otras. Si las dejabas un minuto más de lo debido, en lugar de patatas con un tono pálido y dorado, te salían de color marrón oscuro y duras como la piedra.

Cuando mi madre me preguntó si había aprendido mucho sobre cocina, yo le contesté: «No, mamá, no hay tiempo para eso». Sin embargo, supongo que en realidad sí estaba absorbiendo conocimientos, porque cuando empecé a trabajar de cocinera yo misma me sorprendí de la

cantidad de cosas que sabía.

13

Aunque el señor Clydesdale tenía su propio chófer-jardinero, dos mañanas por semana venía a recogerle a la puerta un coche tirado por un caballo viejo y decrepito. Por su pinta, más bien tendría que haber estado en el matadero. Lo llevaba un viejo que se llamaba Ambrose Datchet.

Este señor, según me dijo cuando habló conmigo (lo cual no ocurría muy a menudo, porque con quien hablaba sobre todo era con la cocinera) había sido jardinero en una casa muy grande, mucho más grande que ninguna en la que hayamos trabajado mi madre o yo. Tenía dos mayordomos, dos jefes de cocina, siete lacayos, seis doncellas y más de veintiocho jardineros, uno de los cuales era él. Empezó como mozo de vestíbulo, pero no le gustaba trabajar dentro. Además, cuando vio a los lacayos siempre uniformados y con guantes blancos, a veces incluso con pelucas, dijo que no podría vivir así, de modo que salió y se convirtió en jardinero.

Yo le oía hablar a menudo con la señora McIlroy de cómo eran las cosas en aquella casa enorme. Yo escuchaba sus conversaciones emocionadísima —ya saben lo que pasa cuando oyes algo que crees que no deberías oír, que te crees que es algo inaudito—. Pues bien, según el tal Ambrose Datchet, en aquella casa siempre ocurrían cosas de lo más escandaloso, y lo más raro era que no sucedían entre las criadas, sino entre lacayos, mayordomos y la gente de arriba, y no solo entre los dueños de la casa, sino también con las visitas. Una vez le oí decir a la señora McIlroy: «¡No, la señora no!», y Ambrose Datchet le contestó: «Lo vi con mis propios ojos». La señora McIlroy preguntó: «¿Qué, con ella?». Y él respondió: «Sí, y también con él; era... era un joven muy apuesto». Yo me figuré que uno de los lacayos se habría liado tanto con el señor como con la señora de la casa.

Claro que Ambrose Datchet vio tantas cosas con sus propios ojos que debía tener ojos en el cogote, porque le oí decir eso de «Lo vi con mis propios ojos» por lo menos cien veces.

Una vez me contó una historia sobre una chica de pueblo un poco burra que entró a servir. En su primera casa, la señora le dijo: «Elsie, tomaré el desayuno a las ocho en punto de la mañana». Y Elsie le contestó: «Muy bien, señora. Si no estoy abajo, no me espere».

Cuando Ambrose Datchet volvía de aquellos paseos con el señor Clydesdale, tenía permiso para bajar a la cocina. Si era verano, se tomaba un vaso de limonada; si era invierno se tomaba una taza de chocolate. Se sentaba ahí y se dedicaba a dar cháchara a la señora McIlroy, y a veces también al señor Wade, el mayordomo.

Antes de irse, atravesaba la cocina para ir a una especie de patio en la parte trasera. Al principio yo pensé que iba a hablar con nuestro chófer-jardinero, pero cuando volvía la señora

McIlroy le decía: «Qué, Ambrose, ¿le ha cambiado el agua al pajarito?». Yo no tenía ni la menor idea de por qué se reían, pero se me quedaban mirando y yo me ponía roja como un tomate. Después, cuando me lo explicaron, yo también me reí. La señora McIlroy parecía un poco estirada, pero cuando se ponía a hablar lo hacía como la que más.

La señora Clydesdale salía casi todas las mañanas a dar un paseo. A mí eso me daba pavor, porque a la vuelta se dedicaba a inspeccionar la puerta principal. Los dorados de esa puerta principal eran un horror indescriptible. El picaporte era muy enrevesado y el limpiametales se metía por las rendijas; había también una aldaba enorme con forma de gárgola, bien grande. Estaba llena de huecos y recovecos. Además, también había un gran buzón dorado. Había dorados por todo el portal. Algunas mañanas, cuando hacía mucho frío y se me llenaban las manos de sabañones, no me empleaba a fondo. Yo creía que no dejaba nada que se viera, pero ella siempre encontraba algo.

Cuando la campana sonaba dos minutos después de su vuelta a casa, yo ya sabía el porqué. La primera doncella bajaba y me decía: «La señora quiere que Langley (ésa era yo) suba al gabinete».

El solo pensamiento de tener que subir hacía que me temblaran las piernas, porque sabía lo que me iba a decir, y que iba a ser algo sobre la puerta principal. Siempre empezaba con algún comentario ambiguo, del tipo de «Langley, ¿qué ha pasado esta mañana en la puerta principal?». Lo mismo podía referirse a si yo había visto algo como a que no estaba bien limpia, pero yo sabía perfectamente a qué se refería. Después, seguía: «Langley, aquí tiene una buena casa, buena comida y está bien alojada. Ha aceptado un trato, por lo que espero que, a cambio, haga bien su trabajo». Para cuando llegaba ese momento yo ya me había echado a llorar y me sentía muy poca cosa. Solo tenía quince años. Cuando ya llevaba un poco más de tiempo sirviendo me hice mucho más dura, y ni me inmutaba cuando me decían cosas así.

Cuando volvía abajo, hasta la señora McIlroy se ponía de mi parte y me decía: «Vamos, vamos, no te preocupes, chiquilla. Piensa siempre que los cuerpos de ellos funcionan igualito que los nuestros». Yo no veía cómo me podía consolar saberlo cuando, por añadidura, los cuerpos de ellos podían funcionar con todas las comodidades. Nosotros no teníamos más que un cuarto de aseo abajo, que era la guarida de una fauna de arañas peludas, escarabajos negros y todo tipo de insectos.

Muchas veces Mary se despertaba por las noches con ganas de ir al aseo. Compartía conmigo la buhardilla y, como le daba miedo bajar sola todas aquellas escaleras, me despertaba para que la acompañara. Bajábamos siempre de puntillas, evitando las escaleras que chirriaban. Como si fuéramos delincuentes. De hecho, así lo habría pensado la señora Clydesdale de haberse enterado, porque para ella los criados debían ser seres tan regulares en sus costumbres como en todo lo demás, y no tenían por qué visitar el cuarto de aseo por las noches.

Una mañana en que los señores Clydesdale habían salido, el señor Wade bajó y le preguntó a la señora McIlroy si podía prescindir de mí unos instantes. La señora McIlroy y el señor Wade se llevaban bastante bien, aunque la señora McIlroy siempre pensó que el señor Wade guardaba algún secreto. Cuando yo ya llevaba varios meses allí, un día volvió borracho como una cuba, y nos lo encontramos vestido con uno de los trajes del reverendo. Lo despidieron en el acto. Cuando

entramos en su dormitorio, que estaba detrás de la despensa del mayordomo, nos encontramos que tenía el armario lleno de botellas de whisky vacías. Tal vez fuera ése su secreto.

En todo caso, cuando aquella mañana el señor Wade bajó y le preguntó a la señora McIlroy si podía prescindir de mí unos instantes, ella le pregunto que por qué. «Para el tentetioso de las diez en punto», explicó él. «¿El tentetioso de las diez en punto, dice usted, señor Wade?». «En efecto», respondió él. «Muy bien, puedo prescindir de ella media hora», dijo la señora McIlroy. Entonces nosotros fuimos arriba, abrimos la puerta principal y nos quedamos mirando.

Por todo Adelaide Crescent había coches, y a su lado chóferes primorosamente uniformados. Vestían un pantalón amplio hasta la rodilla, botas relucientes, viseras y guantes blancos. Algunos uniformes eran grises, otros verdes y otros azules. Los chóferes estaban firmes junto a los coches, listos para cuando salieran sus señores.

En el momento en que iban a dar las diez, fue prácticamente como si la calle entrara en acción. Empezó en la segunda casa después de la nuestra. Se abrió la puerta y salió un anciano caballero. Un mayordomo le ayudaba a bajar las escaleras; tras él salió una ancianita del brazo de la primera doncella, seguidas por la segunda doncella, que cargaba con un escabel y un horroroso perrito faldero con pinta de ser muy viejo. Acomodaron a la pareja en el coche, colocaron el escabel bajo los pies del anciano caballero y pusieron al perro con ternura en el regazo de la ancianita. El chófer se inclinó sobre ellos y, con mucho cuidado, los arropó con una manta. No tenía que darles ni pizca de aire (aunque Dios sabe que, unos años después, sobre ellos sopló el aire amargo de la adversidad), y así se marcharon. La escena se repitió en toda la calle. Eso era «el tentetioso» de las diez en punto.

Después, el señor Wade me dijo que me iba a enseñar la casa, porque, al ser yo pinche de cocina, en todos los meses que llevaba allí no había visto nada más que las escaleras de atrás. Solo había ido del sótano a las buhardillas.

¡Menudo contraste con la parte donde vivíamos nosotros! Por todas partes había alfombras magníficas, muy gruesas y de todos los colores; alfombras de Turquía y de China en el gabinete, el salón, el comedor y los dormitorios. También había butacas muy bonitas y muy grandes, estupendas cortinas de espeso terciopelo y preciosas camas con colchones tan gruesos que ninguna princesa habría podido notar un guisante de haber dormido en ellos, como en el cuento. Todo indicaba que allí se llevaba una vida cómoda y desahogada.

Pensé en nuestra habitación, donde en verano reinaba un calor tropical y en el invierno un frío helador, hasta el punto de que cuando por la noche dejábamos agua en la jofaina se formaba una capa de hielo que por la mañana teníamos que romper para lavarnos. Ni siquiera podíamos bañarnos cómodamente; lo único que teníamos era una bañera para baños de asiento, y para bañarnos teníamos que subir el agua, gota a gota, desde el cuarto de baño, dos plantas más abajo, y volverla a bajar cuando la vaciábamos. Además, nunca supe muy bien qué hacer con aquellos baños de asiento, si sentarme con las piernas muy dobladas para poder meterlas en el agua, poniendo las rodillas bajo la barbilla, o si sentarme dejando las piernas colgando fuera. Lo hiciera como lo hiciera, terminaba congelada.

Después pensé en lo que llamábamos la sala de los criados, que era realmente nuestra sala de estar. Ellos tenían lámparas, preciosas lámparas de lectura con tulipas monísimas. En cambio, en

la sala de los criados apenas teníamos una bombilla con una pantalla de porcelana. El suelo estaba cubierto con un viejo linóleo de color marrón, teníamos unas sillas de mimbre deformes que un día adornaron su invernadero y ahora ya no se consideraban lo bastante buenas ni para eso. Las paredes eran deprimentes, pintadas hasta la mitad de un marrón brillante y el resto, hasta el techo, de un verde bilioso de pintura al temple. Cubríamos la mesa con un paño viejo. Así era nuestra sala.

Mary y yo teníamos sin duda la peor habitación, pues éramos las dos criadas de menor categoría. Pero incluso la señora McIlroy no tenía más muebles que los que los señores habían desechado. La cama era una que había tenido Leonora en algún momento y ahora no se consideraba lo bastante buena para ella. Los trozos de manta con que nos arropábamos venían de sus dormitorios. Mirases donde mirases, la diferencia saltaba a la vista. ¡Habría bastado con un gesto para amueblar nuestras habitaciones con unas pocas cosas nuevas! ¿Por qué teníamos que quedarnos siempre con sus trastos viejos?

Había una tarea que yo odiaba particularmente. Cuando el chófer-jardinero tenía el día libre, me tocaba sacar a pasear a la horrible perrita de la señora Clydesdale. Era una doguillo, tan cebada y tan gorda que era casi cuadrada. Se llamaba Elaine, pero en mi cabeza no cabía ningún Lanzarote que pudiera encapricharse de ella^[4]. Por lo general la paseaba arriba y abajo por Adelaide Crescent y, por supuesto, la perra se pasaba el rato dando vueltas a los árboles. Todos los chicos de los recados —por aquel entonces había cientos— me silbaban y me decían: «Se ve que has sacado a pasear al mono, ¿dónde te has dejado el organillo?». Detestaba esa tarea.

14

En mis primeros meses en la casa no paré de meter la pata. Me acuerdo especialmente de una vez en que estaba limpiando la puerta principal; era un día en que iba con algo de retraso, y apareció el chico de los periódicos. En el momento en que iba a dejarlos en la mesa del vestíbulo, la señora Clydesdale bajaba las escaleras, así que le tendí los periódicos. Ella me miró como si eso fuera inhumano. No dijo ni una palabra, solo se quedó ahí, mirándome como si le costara trabajo creer que alguien como yo pudiera caminar y respirar. Yo pensaba: «¿Qué pasa aquí?». Llevaba puestos el delantal, la cofia, las medias negras y los zapatos; no acertaba a encontrar nada que estuviera mal. Luego, al final, habló. «Langley, nunca, nunca y bajo ninguna circunstancia vuelva a tenderme nada directamente con sus manos desnudas. Use siempre una bandeja de plata. Debería saberlo. Su madre trabajaba sirviendo, ¿acaso no le ha enseñado nada?». Me pareció espantoso. Que alguien pensara que vales tan poco que no puedas siquiera darle algo con tus propias manos, sin haberlo puesto antes en una bandeja de plata, hizo que se me saltaran las lágrimas.

Aquello me hizo sentir tan desdichada que quise irme a casa; me parecía el colmo. Pensé que no iba a poder seguir trabajando en el servicio doméstico. No creo que me haya sentido nunca tan infeliz, ni antes ni después. Sin embargo, sabía que no podía volverme a casa, porque solo tenían tres habitaciones —vivíamos en la parte baja de una casa, con dos cuartos en la planta baja y otro en la primera—, y después de entrar yo a servir el padre de mi madre había fallecido, y mi abuela había tenido que irse a vivir con mis padres. Así pues, ya no había espacio suficiente para mí. Ni siquiera llegué a contarle a mi madre el incidente. ¿Para qué iba a hacerla infeliz a ella también? Además, creo que se habría contentado con decirme: «No hagas caso», y seguramente habría tenido razón. Eso es lo que tenías que hacer si querías mantener un poco de orgullo: no hacer caso.

Aunque no se nos obligaba a ir a la iglesia, se daba por sentado que íbamos por lo menos una vez por semana, los domingos, preferiblemente por la tarde, para su comodidad. Si íbamos por la tarde interferíamos menos. Un día el reverendo me preguntó si yo estaba confirmada. Le dije que no, y él quiso saber la razón. Yo le respondí: «Bueno, mi madre no le daba importancia, nunca me ha hablado de ello, y ahora que tengo quince años no creo que valga la pena preocuparse». Al fin y al cabo, yo no veía qué tenía que ver ser pinche de cocina con estar confirmada. Lo que quiero decir es que eso no influía en mi trabajo. Sin embargo, como es natural, al reverendo le preocupaba mucho todo lo relacionado con mi religión y con mis cuestiones morales.

De hecho, a lo largo de mi vida en el servicio doméstico he visto que a los señores siempre

les preocupaba mucho tu bienestar moral. Les daba igual tu bienestar físico. Mientras pudieras hacer el trabajo, tanto les daba que te doliera la espalda, el estómago o cualquier otra cosa. En cambio, todo lo que tuviera que ver con tu moral pasaba a ser asunto suyo. Eso es lo que ellos llamaban «cuidar de los criados», interesarse por los de abajo. No se preocupaban de las largas horas que echabas, de la falta de libertad ni tampoco de lo exiguo de los sueldos, siempre y cuando trabajaras mucho y fueras consciente de que Dios está en el cielo y lo ha dejado todo dispuesto para que tú vivas abajo y trabajes mientras ellos viven arriba con lujos y comodidades. Eso les parecía bien. Yo pensaba a menudo en lo incongruente que era que el reverendo hiciera sus oraciones matinales y que las terminara diciendo: «Ahora demos gracias por lo que tenemos». Yo pensaba: «Pues ellos van a tardar mucho más que nosotros en dar gracias».

Abajo siempre nos reíamos a costa del reverendo.

En aquella época yo no entendía casi nada de lo que decían, supongo que sería porque en casa, con mis padres, no se contaban chistes verdes; estas cosas nunca se habían cruzado en mi camino. Me acuerdo de una vez que estaba limpiando verduras en un cacharro y una de las doncellas dijo al pasar: «¡Oh! ¡Tiene un nabo metido en la cazuela!». Todos se echaron a reír a carcajadas, pero yo no tenía ni idea de por qué.

El reverendo y las ocho hijas que había tenido con su primera mujer era un tema que salía a menudo. Comparaban al reverendo con el clero católico, que no se casa, y decían que cómo podría subirse al púlpito y hablar de los pecados de la carne, y hacían tantas insinuaciones que yo no entendía nada de nada. No es que yo fuera ingenua. Veía el contraste de un clérigo que se supone que predica sobre la vida espiritual y la vida en el más allá y sin embargo tiene una familia enorme, con ocho hijas; yo veía que algo no encajaba, aunque supongo que, por aquel entonces, ocho hijos no era tanto. Pero ser clérigo, casarse en segundas nupcias para intentar tener un hijo varón y heredero, e ir a tener otra hija... la verdad es que resultaba imposible no reírse. Era como si el viejo se hubiera llevado su merecido. Ahora sé que yo no tendría que haber entrado al trapo, después de ocho hijas y todo lo que eso llevaba aparejado, porque desde luego, al cabo de un tiempo terminé entendiendo a qué se referían y empecé a aportar lo mío.

Una carece de valor moral para evitarlo. Mientras serví, aguanté muchas cosas que no me gustaban. Además, si no las hacías los demás pensaban que te ponías por encima, y al fin y al cabo tenías que trabajar con ellos. Y no solo trabajabas con ellos, sino que vivías con ellos y casi dormías con ellos. Compartías dormitorio, así que más te valía llevarte bien con ellos, porque eran toda tu vida.

15

Pasé un año en Adelaide Crescent. Después, decidí probar suerte en Londres. Siempre había oído decir que era un lugar fantástico en el que se podía hacer fortuna. No es que pensara que fuera jauja ni tontunas de ésas, pero sí estaba convencida de que Londres ofrecía mejores oportunidades que una pequeña ciudad de provincias.

Cuando lo anuncié en casa, mis padres se quedaron tan consternados como si les hubiera dicho que me iba a Tombuctú. Mi madre se acordó en el acto de un artículo de periódico que había leído, que contaba cómo desaparecían las jóvenes en cuanto llegaban a Londres y nunca se volvía a saber de ellas. Era bien sabido, según ella, que aquellas mujeres —y por «aquellas mujeres» se refería, desde luego, a las prostitutas— eran inicialmente jóvenes inocentes que iban a Londres tal y como yo quería hacerlo, y a las que engañaban con promesas de dinero fácil y de una vida de lujos. Me acuerdo de que yo le dije: «Pero mamá, no te preocupes. Cuando esté en una esquina les diré que estoy esperando el autobús». Esto no consoló a mi madre. Mi padre, en cambio, nunca dijo gran cosa. No entiendo por qué mamá se puso así, porque yo no era una de esas chicas atractivas a rabiar y nadie iba a fijarse en mí y decidir que me necesitaba para decorar su harén. Me imagino que para ella era como si la familia se desintegrara. Por aquel entonces, la gente daba a la familia mucha más importancia de la que le da ahora.

En cualquier caso, a pesar de sus protestas y de sus pronósticos, yo decidí que estaba harta de vivir en Hove, así que cogí *The Morning Post* y contesté a un anuncio en el que pedían una pinche de cocina. Era en Thurloe Square, Knightsbridge.

El sueldo era mejor que el que tenía: cuatro libras más al año. Sé que ahora parece poco, pero por aquel entonces, desde luego, el dinero cundía más.

Mi madre quería acompañarme a Londres. «Te vas a perder, no encontrarás dónde es», me decía. Y yo le contesté: «Mira, mamá. Tengo lengua, tengo voz y un par de piernas. Puedo hablar y puedo andar, y hay autobuses, y metro». Yo no había estado nunca en Londres, y allí no conocía ni a un gato, pero pensé que ya tenía dieciséis años y que podía valerme por mí misma. Así me sentí muy superior a mis hermanos, sobre todo a mi hermano mayor, porque los hermanos mayores siempre te tratan con prepotencia.

Al principio, el tamaño y la solemnidad de las casas de Thurloe Square me asustó. La entrevista con la señora de la casa, la señora Cutler, me intimidó incluso más que la casa en sí. Cuando le dije que me llamaba Margaret Langley noté que le parecía un nombre muy poco conveniente para una pinche de cocina. Era como si mi nombre, para ella, fuera más indicado para

subirte a un escenario que para trabajar en el sótano. Me di perfecta cuenta de que tendría que haberme llamado Elsie Smith o Mary Jones. Ésos sí eran nombres apropiados para una pinche de cocina; Margaret Langley le sonaba frívolo.

Ésta era la pesadilla de la gente que te daba trabajo. Siempre tenían miedo de que fueras frívola. Las camareras nos contaban que, mientras esperaban a las señoras en las recepciones que celebraban todos los meses, las oían hablar de los criados. Era uno de sus principales temas de conversación. Les oían decir cosas como: «Sí, tuve que quitármela de en medio. Era frívola». Eras frívola si te ponías el más mínimo maquillaje. Por aquel entonces, la gente no llevaba mucho maquillaje, pero si llevabas un poco, o si te rizabas el pelo, o si te ponías medias de seda de colores (el marrón sí valía, pero otros colores, no) y todo eso en tu tiempo libre, y no cuando estabas en el trabajo, eras frívola, y las chicas frívolas acababan mal.

Nunca entendí por qué, y sigo sin entenderlo.

Acabar mal significaba que nosotras, la llamada clase baja, nos quedáramos en estado. Nosotras éramos las últimas que podíamos tener hijos ilegítimos, porque no teníamos medios para mantenerlos, ni tampoco casas donde ir si nos pasaba eso. Hoy casi te animan a tenerlos, y dan facilidades a las chicas para que vayan a una casa, y se cuida de ellas cuando se marchan. Se facilitan las cosas, y no se les da publicidad. Por aquel entonces, si tenías un niño fuera del matrimonio, eras una paria. Así que no sé por qué se creían que teníamos tantas ganas de sacar los pies del tiesto. Puede que fuera porque, muy en el fondo, se dieran cuenta de que nuestra vida era tan deprimente que el mero hecho de que un joven cualquiera te sacara de allí, independientemente de lo que te pidiera a cambio, era ya todo un lujo.

Pero yo sé que nunca me habría atrevido a ir por el mal camino, no porque no me apeteciera, sino porque me aterraba. Ni siquiera sabía hasta dónde podía llegar sin arriesgarme a sufrir efectos secundarios, ya me entienden. Así que tenía que ir por el buen camino, porque no sabía adónde habría podido llevarme cualquier otro camino.

En todo caso, a pesar de mi nombre, en aquel momento mi camino me condujo a la señora Cutler. Tuve la sensación de que tanto ella como su salón me asfixiaban. Todo era de terciopelo. En aquella época, el terciopelo estaba de moda. Las cortinas del salón eran de terciopelo marrón, el tresillo era de terciopelo marrón, los marcos de las fotos eran de terciopelo, y un terciopelo morado cubría la pechera de la señora Cutler. Me recordaba a la reina Victoria porque, al igual que a la reina, a la señora Cutler no parecían hacerle gracia muchas cosas. Para la gente como ella, la vida era algo muy serio, y yo no era de las que le hacían gracia a la señora Cutler. En realidad, lo que ella quería era una chacha de Londres; para esa gente, siempre éramos chachas.

Sin embargo, decidió darme el trabajo. Pensó que yo valdría para hacerlo. Supongo que si lo conseguí fue porque me vio fuerte y sana; no cabe duda de que necesitaba estarlo.

Lo primero que descubrí era que con ellos vivía una hija casada que tenía tres niños. Los cuales, desde luego, necesitaban una niñera. Y no solo una niñera, sino también una ayudante de niñera, todos los cuales, niños y niñeras, hacían sus comidas aparte. Después de aquella casa, nunca volví a aceptar un puesto de trabajo donde hubiera niños y niñeras que comieran por separado.

La niñera bajaba dándose aires y, como si fuera una señora en miniatura, dictaba lo que quería

para ella y los niños. Los roces entre niñeras y cocineras eran constantes. Siempre había roces entre ellas, y siempre los había habido. La camarera, la doncella y la cocinera pensaban, desde luego no sin razón, que la niñera y su ayudante se consideraban a sí mismas mejores que las demás.

Las niñeras eran una especie de vínculo entre nosotros y la gente de arriba. En muchos sentidos, para ellas eso debía ser problemático. Pasaban más tiempo con la gente de arriba; llevaban a los niños al salón antes de mandarlos a la cama, se sentaban con «ellos» en el salón y sin embargo, desde luego, no eran «ellos». Pero cuando bajaban tampoco eran «nosotros», porque nosotros pensábamos que las niñeras se llevaban bien con «ellos», los de arriba, y eso significaba que cualquier cosa que se pudiera decir abajo sobre «ellos» iba a ser repetida arriba. Lo más probable es que en realidad no fuera así, pero parecía que podía llegar a serlo.

La cocinera, desde luego, siempre se enfadaba cuando la niñera bajaba a la cocina. La cocina era el reino de la cocinera, y únicamente la señora de la casa tenía permiso para entrar, y eso solo por la mañana para dar sus órdenes. Que la niñera bajara y preguntara: «¿Qué hay para comer hoy, cocinera?» —o «señora», si la llamaban «señora»— era algo que, para empezar, enfurecía a la cocinera. Pero si además pedía algo distinto para la comida de los niños, se armaba una buena.

La cocinera de Thurloe Place se llamaba señora Bowchard, y era una auténtica bruja. Los demás criados de la casa eran: la pinche de cocina, o sea, yo; en lugar de tener un mayordomo o un lacayo —en aquella casa no eran muy de criados masculinos, con la excepción del ayuda de cámara del señor Cutler— había camarera y segunda camarera; primera doncella y segunda doncella; niñera y ayudante de niñera; el chófer, un jardinero y el mozo de jardinería. No era mucho personal para una casa tan grande si lo juzgamos según los patrones actuales pero, como por aquel entonces una sola persona hacía el trabajo de dos, se puede decir, más o menos, que éramos seis personas para que funcionara la casa, porque la niñera no cuenta.

La cocinera era una amargada. Viéndolo ahora, desde la distancia, creo que la había amargado el constante alud de pinches de cocina, que no dejaban de llegar para marcharse enseguida; nunca duraban mucho. Conseguir empleo como pinche de cocina no era excesivamente difícil, casi te ponían una alfombra roja para que aceptaras, pero tampoco puede decirse que en aquella época hubiera gente haciendo cola para hacer ese trabajo. El problema de las pinches de cocina, para cualquiera que no lo fuera, era que siempre andaban tonteando con los chicos de las tiendas.

Tal vez parezca que mi vida ha sido una larga tragedia, pero no ha sido así. Hacía un trabajo tremendamente duro y a menudo me sentía fatal, pero es imposible tener quince o dieciséis años y no sentirse fatal todo el rato. Y yo, como todas las pinches de cocina, tonteaba con los chicos de las tiendas, y más particularmente con los chicos de los recados. Esos chicos eran una de las vistas más admirables de Londres, yendo por las calles con una bicicleta cargada hasta los topes y silbando canciones a la moda. Eran unos diablillos descarados.

Las pinches de cocina también eran descaradas, y la señora Bowchard estaba amargada por la procesión constante de descaradas que tonteaban. Así que me hizo la vida imposible. Andaba siempre criticando y quejándose. No era porque yo no fuera menos eficiente que las pinches anteriores, no. Lo que pasaba era, sencillamente, que yo era joven. Puedo garantizarles que hizo todo lo que estaba en su mano para rectificar esa condición mía; después de pasar un día con la

señora Bowchard, dejabas de sentirte joven.

Otra de las cosas que caracterizaban a la señora Bowchard era que sufría de una curiosa dolencia llamada «mipienas». Ningún médico la conocerá, pero ella padecía de «mipienas». «Mipienas» le impedía hacer montones de cosas. Por culpa de «mipienas» no podía subir las escaleras hasta las buhardillas donde todos dormíamos, por lo que dormía en el sótano; por «mipienas» se veía impedida para hacer nada que otra persona pudiera hacer en su lugar y, como debido a «mipienas» no podía sentarse y abrocharse los zapatos, siempre me tocaba hacérselo a mí. No había nada que yo odiara más que tener que agacharme por las mañanas para poner los zapatos a la señora Bowchard y abrochárselos, y agacharme por las noches para desabrochárselos y quitárselos. Supongo que no es una tarea de menor categoría que el de servir la mesa de los criados, pero me sentía como uno de esos niños limpiabotas de Dickens. Odiaba de verdad tener que hacerlo. No formaba parte de mis deberes, pero ya se imaginarán que, si estás a las órdenes de la cocinera, tienes que hacer lo que ella te manda, porque de lo contrario tu existencia será peor de lo que ya es.

La señora Bowchard tenía un gato. Era un animal enorme, blanco y negro; supongo que se podría decir que era un gato precioso. Ella lo llamaba «Su señoría», pero cómo lo llamaba yo, mejor me lo callo. Nunca me han gustado mucho los animales, pero «Su señoría» me inspiraba un odio intenso. Era un bicho de lo más altanero. Personalmente, creo que todos los gatos son altaneros. Se te quedan mirando como si no valieras ni un comino. Como podrán imaginarse, aquel gato era listísimo; eso no puedo negarlo. Dormía en la habitación de la cocinera. Se metía debajo de su cama, y a las siete menos cuarto de la mañana sin excepción, en cuanto sonaba el despertador, salía de ahí, iba a la puerta y daba con la patita en el picaporte, señal para que la señora Bowchard se levantara, abriera y le dejara salir. Entonces, él se daba un paseo por el pasillo, venía a la cocina y se quedaba mirándome, muy quieto. No se movía, solo me miraba hasta captar mi atención, señal para que le llevara a la señora Bowchard una jarra de agua caliente y una taza de té. Aquello me sacaba de mis casillas. Yo decía: «No sé cómo la vieja no te da una nota para que la cojas con la boca y me la traigas. Vete de aquí». Pero, como se pueden figurar, no se iba. Aunque le señalara la puerta, él se quedaba ahí quieto hasta que me veía pasar con la jarra de agua caliente y la taza de té. Era realmente muy listo, aunque por entonces a mí no me lo pareciera.

Dos veces por semana, recibíamos una cabeza de bacalao para el animalito, que yo tenía que cocinar para él, y retirarle las espinas. La señora Bowchard se quedaba arrobada mirando al gato. Me decía: «Y no te olvides de quitar todas las espinas, a Su señoría no se le puede atravesar ninguna en la garganta, ¿entendido?». Cuando decía eso, yo me quedaba lívida. Pero lo hacía, y luego lo dejaba en el suelo para él, y créanme si les digo que ese endemoniado gato a veces no hacía más que olisquearlo y se marchaba tan campante, con la cabeza bien alta y el rabo bien tieso. Si la cocinera no estaba delante cuando hacía eso, yo, desde luego, le mandaba bien lejos de un puntapié. Pero ese bicho era tan listo que al final no se le ocurría siquiera mirar u olisquear el pescado si era yo quien lo había preparado. ¡Ya lo creo, que era listo!

La señora Cutler recibía muy a menudo. Dos o tres veces por semana daba cenas para al menos doce comensales, a veces más, y con tantos platos nunca teníamos tiempo para fregar sobre

la marcha. En cuanto se llevaban un plato ya estabas corriendo para preparar el siguiente y servir el de después, de manera que para el final de la cena a mí me tocaba todo lo que se puedan imaginar, y más: platos, platitos y fuentes; la plata no, porque la plata y el cristal eran cosa de las doncellas, pero yo tenía que limpiar todo lo demás. Todas aquellas cosas se amontonaban en la pila, en el escurridero, y hasta en el suelo de aquella vieja, húmeda y lóbrega trascocina.

Las pilas eran poco profundas, de piedra, de un gris oscuro, y estaban hechas de cemento. Eran porosas, nada de loza esmaltada o de acero inoxidable como las de ahora; en ellas parecía que el agua sucia se quedara estancada; olían tan mal que echaban para atrás. Fregar aquella vajilla era lo que se llama un latazo, como se dice ahora. Y, encima, un aburrimiento. Después de terminar — cosa que requería su tiempo— todavía había que retirar la comida de los criados, y fregar.

Éramos seis o siete, más el ayuda de cámara.

El señor Cutler tenía muy poco que ver con todas estas cuestiones; yo solo lo veía yendo y viniendo como si fuera una sombra. Nunca bajó a la cocina y, si en alguna ocasión la idea se le pasó por la cabeza, debió pensar que hacerlo podría costarle la vida. Se dedicaba a algo en la City. No es que yo esté muy puesta en estos trabajos peculiares en los que sales de casa por la mañana a eso de las diez y vuelves sobre las cinco de la tarde, pero él no hacía nada que fuera muy extenuante. Al salir siempre se llevaba un paraguas. Un día en que la señora Bowchard estaba de mejor humor que de costumbre le pregunté a qué se dedicaba el señor Cutler, y me dijo: «Ni me preguntes; ¡no hace nada de nada!». Pero yo sigo pensando que era algo en la City.

Como ya he dicho, tenía muy poco que ver con nosotros. Su ayuda de cámara, por supuesto, le veía mucho. Hoy tal vez crean que el ayuda de cámara era como el rey de la casa. No sé si siempre habrá sido así, pero este parecía muy femenino. No sé si será por la naturaleza de su trabajo (aunque ser ayuda de cámara no es realmente un trabajo afeminado), o por estar empleado en el servicio doméstico y pasar tanto tiempo entre mujeres, pero considerábamos a este hombre como a una más. A mí, los ayudas de cámara no me molestaban en absoluto. No tenía intención de casarme en el trabajo, y además éste parecía demasiado mayor. Supongo que tendría alrededor de cuarenta y cinco años, pero, cuando solo se tienen dieciséis, cuarenta y cinco es como si fuera tu abuelo. A mí únicamente me interesaba alguien que pudiera durar. Por aquel entonces, toda mi vida estaba encaminada a conseguir un novio duradero, y cualquiera que trabajara en el servicio doméstico quedaba excluido. Total, que nunca me interesé lo más mínimo por el ayuda de cámara.

Era, como ya he dicho, algo recíproco. Quien más se preocupaba por él era la cocinera; a ella le caía bastante bien. Sin embargo, nadie le trataba como si fuera un hombre. Todo el mundo hablaba y bromeaba con él como si fuera una mujer. Tenía unas manos tan suaves, y hablaba con tanta suavidad, que no parecía masculino. Para mi gusto era un poco blandengue. Me figuro, por supuesto, que podía ser padre; me refiero a que creo que tenía todo lo necesario, físicamente hablando. Sin embargo, no puedo imaginármelo intentándolo. No estaba casado, y ya había cumplido cuarenta y cinco años. Puede que nunca hubiera querido casarse, no sé. Visto ahora, con el tiempo, puede que fuera homosexual pero, desde luego, nunca lo llamamos de ese modo. Se sabía de manera imprecisa que había hombres que se entendían entre ellos, como se decía por entonces, pero ni por ésas sabía yo nada de estas cosas, y no creo que nadie supiera mucho más que yo. Si hacían cosas por ahí, tenía que ser muy de tapadillo, y nadie hablaba de ello. De haber

pronunciado alguien esa palabra, yo no hubiera sabido a qué se refería.

El chiscón era el territorio de la pinche de cocina. Yo pasaba allí mucho tiempo, entre cuchillos y botas. Figúrense que en aquella casa a nadie se le había ocurrido nunca planchar los cordones de los zapatos.

Cuando le dije a la señora Bowchard que había que poner la plancha a calentar, ella me dijo: «¿Planchar los cordones? ¿A qué viene eso?». Yo le expliqué que en mi trabajo anterior tenía que quitar los cordones de los zapatos para plancharlos. «¡Menuda sandez, nunca había oído decir nada semejante, así que aquí ni se te ocurra hacerlo, y, si no les parece bien, ve y diles que se ocupen ellos de quitar los dichosos cordones de los zapatos». Así dio la cara por mí.

De todos modos, aquel chiscón era realmente un refugio en el que me protegía de las peticiones de aquella bruja de cocinera. Nunca entró, primero porque era un sitio muy pequeño, y luego porque estaba todo decorado de telarañas. Yo las quitaba siempre, solo por darme el gusto de volver al día siguiente y verlas otra vez tejidas.

Se van a reír de lo que voy a decirles, pero hoy en día las arañas no tejen como antes. Antes hacían las telarañas de pared a pared, con dibujos de lo más intrincado. De haber andado por ahí Robert the Bruce^[5], créanme, habría tenido un día totalmente agotador, porque no habría sabido por cuál empezar.

En limpiar todas las botas y todos los zapatos tardaba una hora todas las mañanas; los dejaba relucientes como espejos. Para entonces era una verdadera experta, y hasta me felicitaron por lo bien que los dejaba, pero yo me sentía como Cenicienta, sentada en aquel chiscón con un viejo mandil de arpillera mientras soñaba con todas las cosas que me gustaría hacer. No es que yo soñara con un príncipe azul con un zapatito de cristal, se lo aseguro. Al fin y al cabo, cuando tienes un pie tan grande como el mío no cuentas con que venga un príncipe azul con un zapatito de cristal, ¿verdad?

16

La señora Bowchard tenía una hermana en Londres que también era cocinera, y que se había casado con un mayordomo. Los dos trabajaban juntos, en la misma casa. Casarse con un mayordomo y encima trabajar en la misma casa, sin dejar de ser cocinera y mayordomo, a mí me parecía una cosa terrible.

No es como ser cocinera en una casa y tener con el mayordomo una relación de «qué tal sigue su padre». Si es tu marido ya no es lo mismo, ¿no? Es como si la diversión legítima ya no fuera igual, ¿no? Al menos, a mí no me lo parece. Puede que me equivoque, pero he conocido cocineras que se lo pasaban de miedo con los mayordomos. En fin, imagínate que te casas con uno y que te pasas con él toda tu vida en el servicio doméstico, ¡eso sí que tiene que ser estar en amor y compañía!

La hermana de la señora Bowchard y su cuñado trabajaban para un lord algo, ahora no recuerdo el nombre, y se cogían la tarde libre juntos. Tenían que hacerlo así, claro, porque de lo contrario nunca habrían tenido tiempo libre para estar juntos.

En su tarde libre pasaban casi siempre a visitar a la señora Bowchard. ¡Menuda ocupación! ¡Era como quedarse anclados en el servicio doméstico! Por las venas debía correrles servicio doméstico, en lugar de sangre. Imaginen que no tienen más que una tarde libre por semana y un domingo cada quince días, y que lo aprovechan para visitar otro sitio de servicio doméstico y comer con su hermana, que también es cocinera. Si yo no hubiera sido capaz de pensar en algo mejor que hacer en mi tarde libre, me habría pegado un tiro.

Cuando la señora Bowchard terminaba de preparar la cena, se retiraba a su dormitorio con sus dos visitantes y el ayuda de cámara, y a mí me tocaba servirles allí la cena, antes de ponérsela a los demás sirvientes en la sala de los criados. Así que se pueden figurar lo que aquello suponía para mí. Los demás criados protestaban porque su cena se retrasaba, pero ¿qué podía hacer yo? Por rango, los visitantes eran más importantes que las camareras y las doncellas.

El cuñado de la señora Bowchard, el señor Moffat, era un hombre muy grande, barrigón y con papada. Siempre se reía mucho, por lo general de sus propios chistes. Tenía una risa que empezaba en el fondo de la barriga y, como estaba tan gordo, iba subiendo por ondas hasta que llegaba a la papada y contagiaba la ondulación al resto de su persona. A mí me fascinaba.

Siempre hablaba de su trabajo y de lo importante que era. Decía: «Se lo dije al señor», «Se lo advertí al señor», «El señor me lo consultó». Francamente, si oías hablar un rato al señor Moffat era como para pensar que el señor no podía hacer nada, ni tomar ninguna decisión, sin el

asesoramiento del señor Moffat.

Cuando el oporto y los puros le achispaban —el oporto y los puros del señor Cutler—, se ponía en plan malicioso, como frívolo. A mí me parecía muy incongruente en un hombre de su tamaño, de su edad y de su supuesta dignidad. Cuando se ponía así, y mientras yo les esperaba, le preguntaba a la señora Bowchard, refiriéndose a mí: «¿Qué tal nos portamos? ¿Estamos aprendiendo todo lo que debemos saber de cocina? Recuerde que el camino hacia el corazón de un hombre pasa por su estómago». Cuando le oía decir eso, yo pensaba que me perdería tratando de encontrar su corazón. Y él, cada vez que lo decía, soltaba otra de sus carcajadas y agitaba todas sus carnes como si fueran gelatina. La señora Bowchard, que para entonces ya tenía unos colores que indicaban que también se había tomado sus copitas de oporto, le contestaba: «Sí, dentro de lo que son las pinches, a Margaret no se le da demasiado mal». Cuando el señor Moffat estaba más achispado que de costumbre, se dirigía a mí directamente, lo cual suponía una gran concesión: ¡un mayordomo que además trabajaba con un lord, que asesoraba a un lord, hablando con una pinche de cocina! Yo tenía la sensación de que se esperaba de mí que hiciera una reverencia. Él me preguntaba: «Bueno, muchacha, ¿estás contenta aquí?». ¿Qué podía contestar yo, teniendo a la señora Bowchard ahí sentada? Me hubiera gustado decir: «Éste es el peor sitio que he conocido», pero no me atrevía.

Ahora, cuando lo pienso, me hace gracia que no me atreviera. ¿Se imaginan a las chicas de dieciséis años de ahora cohibiéndose a la hora de decir algo? Se darían media vuelta y, en un santiamén, dirían: «¡Y una mierda!».

Si yo no contestaba, él me preguntaba si tenía novio. «¡Ah! —se ponía—. Cuando yo tenía tu edad era una buena pieza con las chicas; era un joven lacayo y siempre andábamos de besos y abrazos en la sala de los lacayos».

Cuando me iba a la cama, Gladys me preguntaba: «¿De qué hablaba el gordo?», porque oía sus estruendosas carcajadas. Yo le contestaba: «Me contaba que cuando era joven estaba hecho un donjuán», y ella me decía: «Pues si entonces era como ahora, y con ese barrigón, sería algo así como “Si me lo permites, te daré un consejo, ¿verdad?”». Y nos tronchábamos de la risa.

La señora Moffat, como correspondía a quien tuviera por marido al señor Moffat, era una persona dulce y sumisa. Me pregunté muchas veces si sería igual de dulce y sumisa cuando se la veía con su pinche de cocina. En cualquier caso, todo lo que decía el señor Moffat iba a misa para ella. No sé cuál sería el nombre de pila del señor Moffat; ella, desde luego, nunca lo decía. Siempre decía: «Como dijo el señor Moffat al señor», o «Cuando el señor Moffat estaba sirviendo a la señora y tal y cual», o «El señor Moffat le dijo a John» (John era uno de los lacayos). Siempre era «El señor Moffat esto» o «El señor Moffat aquello». Toda su vida giraba en torno al señor Moffat. Fuera cual fuera su personalidad, si es que alguna vez la tuvo (y supongo que debió de tenerla si en algún momento le sedujo, a menos que lo que le sedujera fuera la llamada de su cocina), estaba tan oculta en su interior que, en cierto sentido, cuando venían a cenar el señor y la señora Moffat con la señora Bowchard, era como si solo viniera una persona: el señor Moffat.

Cuando yo servía me ocupaba primero del señor Moffat, así que era a él a quien ponía el oporto en primer lugar. Él era el rey. Estaba embebido en la importancia de la casa donde

trabajaba. Supongo que a eso es a lo que se refiere la gente cuando dice que los criados viven para ellos.

En el caso del señor Moffat realmente era así, él mismo se ponía a la altura de su señor. Cuando su señor salía a cenar, también salía el señor Moffat, porque con su tercer ojo podía ver lo que su señor hacía.

Cuando presentaban a su señor a personajes de la nobleza, también se los presentaban al señor Moffat. Lo sé, porque nos contó cosas con tal lujo de detalles que por fuerza tenía que haber estado presente. Ése, desde luego, era el tipo de criado que realmente gustaba, porque, si sometías toda tu persona a tus patronos, ellos sacaban lo mejor de ti. Creo que por eso yo nunca fui tan buena empleada, porque para mí todo aquello era un medio para conseguir algo. Al principio era un medio de vida, pero al final se convirtió en el medio de dejar el servicio doméstico cuanto antes.

Al vivir en una convivencia tan estrecha con los demás criados se producían muchas discusiones. No se puede encerrar a unas cuantas mujeres —y puede que esto sea también aplicable a los hombres— sin que tengan unas palabras entre ellas, y ¡qué palabras! Sin embargo, por más que los criados se pelearan, siempre formaban un frente unido ante ellos, los de arriba.

Siempre les llamábamos «ellos». «Ellos» eran el enemigo. «Ellos» nos hacían trabajar en exceso. «Ellos» nos pagaban demasiado poco, y para «ellos» los criados éramos una raza aparte, un mal necesario.

Como tales, éramos su tema principal de conversación. Las camareras siempre bajaban para contárnoslo. Era más o menos así: «Si viviera en una casa de campo pequeña no me molestaría nada en tener criados, porque no son más que una molestia. No dejan de pelearse entre ellos, siempre quieren más dinero, no quieren hacer los trabajos difíciles y nunca hacen las cosas como tú quieres. Pero, como tengo una posición que mantener, no me queda más remedio que contratarlos».

La señora Cutler nos veía, sin duda alguna, como un mal necesario. Así que en aquella casa nosotros siempre estábamos unidos frente a «ellos», los de arriba. Según «ellos», nosotros, los criados, nunca podíamos ponernos enfermos, ni vestir demasiado bien, ni tener opiniones distintas de las suyas. Al fin y al cabo, es obvio que si únicamente has ido a la escuela hasta los trece o catorce años, tus conocimientos están muy por debajo de los que tienen arriba, ¿no es cierto? Así que, puestos a tener opinión, lo mejor es coger la de los de arriba, que para eso saben más que tú.

«Ellos», los de arriba, pensaban que los criados no sabíamos apreciar el confort ni la buena vida, por lo que nos contentábamos con cosas ordinarias, trabajar y comer en mazmorras, y retirarnos a dormir en cuartos fríos y espartanos. Al fin y al cabo, ¿por qué molestarse en gastar dinero mejorando y facilitando la vida de un montón de personas a las que no les importa lo más mínimo lo que hagas por ellas? Nunca intentaron averiguar si, de haber mejorado nuestras condiciones, y de habernos puesto dormitorios en lugares agradables para descansar, nos habríamos preocupado más. No, no valía la pena gastar dinero porque los criados nunca se quedaban contigo, hicieras lo que hicieras por ellos. De todos modos, estaba claro que «ellos», ahí arriba, necesitaban vivir en el lujo, y que «ellos» podían honrar la mesa del comedor y tener conversaciones ingeniosas. Lo que quiero decir es que tiene que haber un estrato social en el que

la gente pueda moverse de aquí para allá con elegancia y permitirse conversaciones ingeniosas, y nadie puede hacer eso si se dedica a hacer el trabajo difícil. Así que, cuanto más dura hagas la vida de los que trabajan para ti, menos inclinados se sentirán a entablar conversaciones de ningún tipo.

Sin embargo, si «ellos», ahí arriba, hubieran oído las cosas que nos contaban las camareras cuando bajaban, se habrían dado cuenta de que nuestra expresión imperturbable y nuestros respetuosos modales ocultaban sorna y desdén.

17

Al señor Cutler le encantaba la caza. Había pasado unos años en África y, si la cantidad de trofeos de la casa servía de medida del tiempo que se había pasado yendo de caza por aquellas tierras, no cabía duda de que había sido mucho.

El vestíbulo estaba atestado de cornamentas de esto y aquello. Yo no sé de qué animales serían, solo sé que unas eran curvas y otras rectas, y que encaramarme y quitarles el polvo era cosa mía.

Al volver a Inglaterra ya no encontraba el mismo tipo de animales, como es natural, así que se dedicaba a cazar pájaros. Yo me ponía mala viendo los urogallos, los faisanes y las perdices. Los enviaban a toda prisa desde donde fuera que anduviera de caza y los colgaban para manirlos, y les aseguro que se manían bien.

Los colgaban de una barra de hierro en un pasillo del sótano, y muchas mañanas al bajar me encontraba con que ya solo quedaba la cabeza colgando, y que el cuerpo estaba en el suelo. Los gusanos se habían ocupado de rebanarlo a conciencia. Cuando sucedía esto, se consideraba que ya estaban lo bastante manidos para la cena.

A mí me tocaba desplumarlos sin romperles la piel, y limpiarles las entrañas. Era un trabajo nauseabundo; aquello apestaba como no se pueden imaginar.

Cuando la cocinera servía el faisán ponía la cabeza con todas sus plumas, y reservaba también las de la cola. Para cuando el ave subía a la mesa, la cabeza iba a un lado, y las plumas de la cola, a otro.

Otro trabajo desagradable era limpiar las liebres que cazaba. Parecía que nadaban en sangre. Yo pensaba que a lo mejor ellos eran vampiros que se alimentaban de sangre. Cuando hacía frío las dejaban por lo menos dos semanas colgadas, y necesitabas la fuerza de un toro para desollarlas. Yo siempre intentaba quitarles la piel de una sentada, porque las pieles de las liebres o de los conejos eran mis extras. El traperero me daba nueve peniques por cada piel de liebre entera, sin desgarrones. La cocinera nunca me dejaba lavarlas. Me hacía limpiarlas con papel de seda. Decía que, si lavabas las liebres, o cualquier otro tipo de caza, le quitabas el sabor. No le gustaba que lavaras nada, siempre protestaba diciendo que tirabas el sabor por el desagüe.

A la señora Bowchard le encantaba preparar liebre estofada, y era por el oporto. Cuando había liebre estofada, siempre mandaban oporto a la cocina. La camarera lo traía desde el comedor, dos copas llenas, pero a la cazuela nunca llegaba más que una. La señora Bowchard siempre lo probaba y se lo bebía a escondidas, para que luego yo no pudiera decir que había

tomado un poco. Pero yo lo veía con el rabillo del ojo. Una de las copas iba a parar al estofado de liebre, y la otra al gaznate de la señora Bowchard. De haberse dado cuenta de que yo la veía, me habría dicho: «Bueno, esto es el extra de la cocinera. Lo hace todo el mundo». Puede que así fuera; más adelante, yo también lo haría.

En todo caso, la señora Bowchard era muy buena cocinera. Por aquel entonces cocinar era realmente increíble, porque el material del que disponías era inagotable. No pasaba como luego, en la guerra, cuando te decían cómo hacer un bizcocho sin grasa o sin huevos, que era la cosa más espantosa que podías comer en tu vida porque lo preparabas con vinagre y manteca. La gente se engañaba a sí misma si pensaba que aquello se podía comer.

Incluso ahora, cuando ves una receta barata, te dicen que no notarás la diferencia con el original. Puede que así sea si nunca has probado el original, pero, si lo has hecho, la diferencia es inmensa. Es como poner margarina en lugar de mantequilla, la nata de la leche en lugar de auténtica nata, cortes baratos de carne en lugar de los buenos, o salmón congelado en lugar de fresco. Nada de eso sabe igual.

La comida por entonces era fantástica porque siempre estaba fresca, ni siquiera los carniceros y los pescaderos tenían congeladores. Tenían cámaras de frío, pero ahí nada se congelaba: la comida que tomabas era fresca y tenía sabor. Ahora es el colmo, porque sacan al mercado productos para devolver sabor a la comida, porque el sabor se le ha ido con la congelación. No se puede. Nadie podrá engañarme y hacerme creer que eso se puede hacer. Pero, desde luego, si no lo has probado a la manera de antes, no vas a notar la diferencia.

Cuando la gente de ahora habla de su trabajo siempre menciona las «ventajas adicionales». Como ya dije antes, las cocineras solían obtener ventajas adicionales en las tiendas donde compraban. En cuanto a la ropa, se podría pensar que la que se desechaba arriba llegaba abajo, pero no era así. Ellos no se planteaban dársela a los criados, porque no habrían querido que te la pusieras mientras vivías en su casa y, desde luego, tampoco querían que te fueras y pudieras ponértela en otro sitio. Preferían dársela a organizaciones caritativas.

A toda esa gente le interesaba mucho la caridad, todos participaban en el consejo de esta o aquella organización. Cuando leías la prensa siempre veías que la señora Tal y el señor Cual ocupaban un cargo aquí y allí.

La señora Bowchard preparaba pasteles para los actos benéficos de la señora Cutler, que se dedicaba a ayudar a mujeres caídas en desgracia. La señora Cutler se aplicaba mucho en ayudar a las mujeres caídas en desgracia, pero desde lejos. Al igual que mucha otra gente, podía ser generosa siempre y cuando no tuviera que comprometerse demasiado. Era a este tipo de obras de caridad donde solían enviar su ropa vieja.

Me acuerdo de que una vez la primera camarera se molestó mucho por un abrigo muy bonito con cuello de piel que la señora Cutler había llevado varios años. La camarera sabía que no iba a tardar en desprenderse de él, y estaba segura de que se lo daría a ella, porque había dejado caer en un par de ocasiones lo mucho que le gustaba y tenía la sensación de que su comentario no había caído en saco roto, pero no, al final lo empaquetó y fue a parar a una obra benéfica.

A nosotros no nos daban gran cosa. Por Navidad, como regalo, nos daban telas para que confeccionáramos cosas con ellas, delantales y regalos asquerosamente prácticos.

Pese a lo mucho que insistí en irme a Londres, en los dos años que pasé en Thurlow Square apenas vi la ciudad. Siempre estaba demasiado cansada para salir a dar una vuelta. Lo que no quita para que, antes de irme, me agenciara un libro sobre diversos aspectos del Londres antiguo, que explicaba cosas del tipo de dónde habían estado personas como Carlyle, Wells o Dickens, y yo pensaba en lo fantástico que sería dar un paseo y poder decir luego que yo había estado ahí, porque a mí me encantaba la historia, y también leer.

Pero luego siempre estaba horriblemente cansada y solo me quedaban fuerzas para ir al cine, donde puedes sentarte en la oscuridad y da igual que vayas o no bien vestida.

En mi día libre solía acercarme al cine más cercano para vivir aventuras de amor por poderes. Robaba mucha menos energía. Muchas veces pensaba que, si en mi vida apareciera un príncipe azul, me sentiría menos presionada; no podía remediarlo.

Cada quince días tenía un domingo por la tarde libre y salía con Gladys, la segunda doncella; íbamos de paseo a Hyde Park.

Gladys tenía un año más que yo y siempre había vivido en Londres. Procedía del barrio de Stepney, donde vivía su familia. Tenía ocho hermanos y diez hermanas. Casi no podía recordar ningún momento en que su madre no hubiera estado esperando un bebé. Me contó historias sórdidas sobre la vida en Stepney, lo atestado de gente que estaba, me habló de bichos en las camas, de mugre, de borracheras y de las peleas de los sábados por la noche. A mí me parecía fantástico oír aquellas historias, aunque desde luego no habría querido presenciar ninguna de ellas.

Según Gladys, su padre bebía como un cosaco y casi todas las noches volvía a casa borracho como una cuba e incapaz de hacer nada. Yo pensaba que tan incapaz no debía volver, porque de otro modo su madre no habría podido tener diecinueve hijos, ¿no? Gladys no era en modo alguno una chica guapa, como tampoco lo era yo, pero tenía una personalidad muy alegre y desde luego sabía cuidar de sí misma. Supongo que al venir de un lugar como Stepney tuvo que aprender a marchas forzadas, con tantos hermanos y hermanas, y con un padre que empujaba el codo. Había aprendido a sacarse las castañas del fuego sin perder la sonrisa. A Gladys no se le podía dar gato por liebre. Además, siempre me daba buenos consejos. Una de las cosas que me dijo fue: «Nunca, jamás, de ninguna manera, se te ocurra decirle a un chico que trabajas en el servicio doméstico, porque si lo haces te dirá que no eres más que una esclava y nunca conseguirás que se quede a tu lado». Cuando yo le pregunté qué debía contarles a los chicos, ella me respondió: «Cuéntales cualquier cosa, como que trabajas en una tienda, o en una fábrica». Cuando yo le dije que no me parecía que las chicas que trabajaban en fábricas fueran mejor que nosotras, replicó: «Para los novios, lo son. Las que trabajamos en el servicio doméstico somos esclavas, y ellos ni se molestan en mirarnos. Solo tener tan pocas horas libres basta para que nos dejen fuera de juego». Yo seguí sus instrucciones al pie de la letra, pero no me pareció que tuvieran mucho efecto, porque los pocos chicos a los que llegamos a conocer eran casacas rojas del cuartel de Knightsbridge.

Esos chicos nunca tenían dinero suelto y, si lo tenían, ninguno de ellos se gastó un solo penique con nosotras. Lo más que hicimos fue dar vueltas por el parque durante horas, para terminar escuchando a los oradores de Marble Arch. Como nosotras teníamos que estar de vuelta a las diez

en punto clavadas, los adioses nunca se prolongaron. Los chicos decían un montón de idioteces, nosotras soltábamos un montón de risitas, dábamos unos pocos besos y hacíamos promesas para asegurarnos de que volveríamos a verlos a la misma hora a la semana siguiente, pero ni Gladys ni yo teníamos la menor intención de tener una relación duradera con semejantes pobretones. Nuestra idea del amor no era precisamente la de andar dando vueltas por Hyde Park horas y horas para terminar con una pareja de casacas rojas sin sacar nunca nada de ellos.

Gladys y yo devorábamos las revistas femeninas de la época, como *Peg's Paper*, *The Red Circle Magazine* o *Red Heart*. En sus páginas, eran muchas las protagonistas pobres y solitarias que terminaban casándose con un hombre del estilo de Rodolfo Valentino, o con un Rothschild inmensamente rico. Aunque aquellas chicas carecieran de una educación esmerada, siempre tenían una preciosa carita ovalada y unos bonitos ojos brillantes de color violeta, por supuesto. Gladys y yo carecíamos de tales atributos, pero eso no impedía que soñáramos con que los teníamos y que algún día llegaría nuestro príncipe.

Por aquel entonces, yo me imaginaba el cielo como un lugar donde no hubiera que hacer absolutamente ningún trabajo.

Gladys tenía una imaginación desbordante —a lo mejor Stepney es un lugar en el que la imaginación desbordante es lo único que te ayuda a tirar adelante— y era capaz de recitar de un tirón, a todos los chicos que conocía, un montón de detalles sobre cualquier trabajo imaginario. En cambio, para mí era imposible pretender que hacía un trabajo que no fuera físico, porque siempre tenía las manos rojas y ásperas, y eso me delataba. No podían estar de ninguna otra manera, porque por aquel entonces no existían los guantes de goma o, si existían, las pinches no los usaban, y seguro que no se habían inventado las cremas protectoras. Pero además es que, de haber existido, para cuando por las mañanas terminaba de hacer las escaleras de piedra de la puerta principal, y los dorados de la puerta, más toda la limpieza que venía después con sosa diluida en agua, habría dado lo mismo.

Creo que una de las cosas que más odiaba era limpiar las escaleras con piedra de pulir. En la actualidad, si quieres hacerlo —y pocas personas lo hacen— puedes comprar un paquete de producto en polvo, pero lo único que teníamos nosotras era un pedazo de piedra, parecido a un canto de playa, que había que restregar con fuerza contra los escalones. Así que ahí estaba yo, ataviada con un mandil de arpillera y con el trasero en pompa, y con los recaderos que al pasar se ponían descarados. Para no inclinarme, al principio intenté hacer los peldaños desde abajo hacia arriba, pero no se podía. Tenía que hacerlos de arriba abajo.

Limpiar las cazuelas de cobre era otra de las tareas que más detestaba. Se ponían roñosas cada vez que se utilizaban. Perdían todo el lustre, y había que limpiarlas con una mezcla horrible de cenizas, sal, vinagre y un poco de harina. Lo mezclabas todo hasta obtener una pasta y luego lo restregabas con las manos. No valía hacerlo con un trapo, porque entonces no podías aplicar la presión necesaria. Metías la mano en la lata en que habías preparado la mezcla, sacabas un poco y frotabas el cobre del exterior de la cazuela. Era un trabajo asqueroso, y tenía que hacerlo todas las mañanas. Como se pueden imaginar, cuando terminaba quedaban preciosas. Las colgaban de la pared de la cocina, alineadas desde la más pequeñita, que no tendría capacidad más que para el equivalente de una taza de té, hasta la mayor de todas, que era tan enorme que dentro cabían hasta

tres púdines de Navidad. También había un hervidor de pescado muy grande. A veces me sentía tan desgraciada que deseaba que sufrieran un envenenamiento tomaínico por culpa de las cazuelas. Siempre me habían dicho que, si no estaban bien limpias, se podía sufrir un envenenamiento tomaínico. De haberles pasado eso, habrían cambiado de cacharros.

Al final terminaron haciéndolo, porque más adelante me enteré de que otra pinche se negó en redondo a limpiarlas. Aún me pregunto qué habría pasado si me hubiera negado yo; supongo que me habrían puesto de patitas en la calle.

Al cabo de un año, di mi aviso de despido con los treinta días de antelación debidos, y fue un proceso de lo más angustioso. Lo primero, por supuesto, fue comunicárselo a la señora Bowchard, la cocinera, lo que acarreó, como yo me esperaba, una diatriba acerca de la ingratitud de los jóvenes en general y de las pinches de cocina en particular. Ella se lamentaba diciendo: «Las enseñás, ¿y para qué? Te sonsacan todo lo que pueden y, en cuanto terminan, se largan a otro sitio». La avalancha duró un buen rato, durante el cual no me quitó los ojos de encima.

Pero todo eso no eran más que paparruchas. Nunca me enseñó cómo hacer ninguno de sus platos especiales, que era lo que realmente yo quería saber. De un libro se pueden sacar todas las cosas normales, pero todas y cada una de las buenas cocineras tienen especialidades con ese pequeño toque que no viene en los libros de recetas. Le pregunté muchas veces cómo había logrado que algo tuviera un sabor determinado, o que le saliera de determinada forma, pero ella nunca me lo explicaba. «Secreto de cocinera», decía. Era muy injusto, porque cuando eres pinche de cocina tienes el peor trabajo de la casa, trabajas más que nadie y sirves a los criados porque esperas que con el tiempo conseguirás el mejor trabajo, que es el de cocinera. Así que, si estás haciendo un buen trabajo, en sus manos está recompensártelo.

En fin, volvamos a mi aviso de despido. Había superado la fase de comunicárselo a la cocinera; el siguiente paso era, desde luego, la señora. De haber tenido que elegir entre una de las dos, habría sido incapaz; para mí, las dos eran ogros. Ver a la señora cuando no eras más que una pinche de cocina era un triunfo. Tenías que pedirle a la camarera que le preguntara si podía concederte unos minutos, y había que pedirlo con el tono de voz apropiado, que demostrara que eras consciente de hasta qué punto el tiempo de la señora era valioso.

En todo el año en que trabajé en esa casa calculo que vería a la señora, a lo sumo, una docena de veces, porque cuando la señora Bowchard se enteraba de que bajaba a la cocina, si veía que yo estaba especialmente desaliñada —cosa que, por supuesto, ocurría a menudo—, me mandaba salir hasta que se hubiera ido. A nadie se le ocurría justificar mi desaliño viendo la cocina tan limpia, la mesa blanca como la nieve, y las cazuelas de bronce lustradas como si fueran de oro. Así que, como decía antes, como mucho vi a la señora una docena de veces, pero no creo que ella me viera, por la sencilla razón de que yo parecía invisible a sus ojos.

En todo caso, con la mediación de la camarera, la señora tuvo a bien concederme una audiencia a las diez de la mañana del día siguiente, y yo le entregué mi aviso de despido. Ella, en toda lógica, quiso saber por qué me iba. «¿No estás bien aquí?», me preguntó, con ese tono ligeramente indignado que en realidad quiere decir: «¿Cómo es posible que alguien no esté contento trabajando en esta casa?», amén de: «No encontrarás un sitio mejor», y afirmó que estaba segura de que yo había aprendido mucho. Yo le respondí que el trabajo era muy duro, y las horas,

muchas. Entonces, para mi sorpresa, me dijo que iba a traer a alguien para que me ayudara; que si me quedaba buscaría a un hombre para todo que me echara una mano. Yo, aun así, habría preferido marcharme, pero el hecho de que alguien quisiera que me quedase me superó. Sin darme cuenta, dije que sí, y llegué incluso a decir que me gustaba el trabajo.

Debí de volverme loca de remate, pero la verdad es que nadie había querido nunca que me quedara, si exceptuamos a un novio, y yo ya sabía para qué quería ése que me quedara.

Incluso la señora Bowchard, esa bruja de cocinera, pareció un poco menos antipática cuando le dije que la señora me había pedido que me quedara. Me preguntó que si me iba a pagar más. Seguro que, si le hubiera dicho que sí, al día siguiente habría subido ella. Así que le dije: «No, no me va a pagar más, pero voy a tener a un hombre para todo que me eche una mano». Por descontado, no pudo dejar de decir que «las chicas de ahora ya no son lo que éramos en mis tiempos, ahora queréis estar todo el rato entre algodones», pero añadió que le daba lo mismo, que eso era mejor que «tener que preparar a otra chica. Acabará antes si te quedas que si tengo que empezarlo todo de nuevo. Cuando has visto a una pinche, las has visto a todas». Y así siguió; yo ya le había oído decir todo eso antes, así que no le hice ni caso.

A partir de entonces, todas las mañanas —salvo los domingos— venía un hombre que se llamaba Old Tom. Si tenía apellido, lo ignoro; nosotros siempre le conocimos como Old Tom. Llegaba a las seis de la mañana y trabajaba durante una hora y media, y no se imaginan la gloria que era no tener que salir y hacer aquellas escaleras de la entrada. A Old Tom no le molestaba hacerlas; nadie se pone a soltar burradas a un hombre que está fregando con el trasero apuntando directo al cielo. Él también se ocupaba de los zapatos y de las botas, y de traer el carbón. Era una maravilla. Me quedé otro año, y al final ya no me parecía que fuera tan duro. No me lo podía creer.

18

A partir de entonces las cosas siguieron más o menos igual en la casa, con la misma rutina interrumpida por cenas con invitados y «recepciones».

Las «recepciones» no me afectaban, al menos no el trabajo, pero me parecían muy interesantes. Todo el mundo tenía un día para recibir, una vez al mes. El de la señora Cutler era el primer jueves, y desde las tres y media hasta más o menos las cinco se producía una incesante procesión de personas. Eran casi todo mujeres, pero había también unos pocos caballeros, que venían, decían: «¿Cómo está usted?», se tomaban una taza de té y se marchaban corriendo, seguramente para ir a alguna otra «recepción». Ellos debían llamarlo «estar al tanto».

¡Al tanto! Las camareras, ¡ésas sí que tenían que estar al tanto! Todo el trabajo recaía sobre ellas: cortar finas rebanadas de pan en las que untaban mantequilla y una cosa que se llamaba Gentlemen's Relish^[6], y luego presentarlas en fuentes. No sé si ese producto existe todavía, ni tampoco por qué lo llamaban así. A mí me parecía una cosa asquerosa y salada, y no me gustaba nada. Supongo que animaría a los caballeros a matar la sed con las bebidas que se tomaban a eso de las cinco y media. La señora siempre estaba pensando en ideas nuevas para esas «recepciones», y se lo hacía pasar fatal a la cocinera y a las camareras. Las sacaba de quicio. Me figuro que hoy, en los bailes de debutantes, se siguen haciendo cosas así: procurar ser la que más destaque, y todo eso.

Las tardes en que la señora recibía no me afectaban tanto como las cenas con invitados. Aunque esas cenas suponían un montón de trabajo extra y ponían a la señora Bowchard de mal humor, también tenían un aire de fiesta. En la cocina se podía sentir, pero arriba se veía.

Antes de la cena, siempre procuraba pasarme un minuto por el comedor. La mesa se vestía con un mantel de encaje que era una reliquia familiar; era un objeto precioso, todo hecho a mano, y se pueden imaginar su tamaño si les digo que cubría la mesa entera, más dos ampliaciones. De todos los manteles de ese estilo que he visto, era el más impresionante. En medio se ponía un centro de mesa de cristal, y toda la plata era de Georgia. Con eso, más dos candelabros de cristal con las velas encendidas, la escena parecía salida de las *Mil y una noches*.

Tengo el convencimiento de que cuando pones un mantel, aunque no sea un mantel de encaje, sino simplemente un mantel adamascado, muy blanco, queda mucho más bonito que con todos esos mantelitos individuales de ahora repartidos por toda la mesa.

La señora Bowchard nunca fue un modelo de amabilidad, pero el estado en que se ponía cuando había cenas con invitados era demasiado espantoso para decirlo con palabras. Le rodeaba

como un aura lúgubre de inaccesibilidad. Se ponía como si tuviera que cocinar simultáneamente para el palacio de Buckingham y un regimiento de la Guardia. Eso dificultaba muchísimo más mi trabajo. Pero la parte más emocionante de las cenas con invitados eran los chóferes que los traían. Mientras sus señores estaban arriba, ellos tenían que quedarse a esperar en nuestra sala de los criados.

El revuelo que se armaba en el palomar en estas ocasiones era formidable. Ahí estábamos, seis o siete mujeres que casi nunca hablábamos con hombres, y con la feminidad tan oprimida que terminábamos pareciendo eunucos femeninos, y de repente adquiríamos conciencia de que teníamos sexo, de que éramos mujeres de verdad. Así que las narices se empolvaban, los peinados se adornaban y las cinturas se marcaban. Por aquel entonces se marcaba la cintura, no había vestidos sueltos. El pecho se realzaba, y también el trasero, de tal modo que al marcar la cintura parecías un reloj de arena; eso era lo que se llevaba por entonces. Incluso Flora, la primera camarera, y Annie, la primera doncella, las dos con cuarenta años más que cumplidos y resignadas a una vida de soltería, esa noche eran una chica más. Nuestra sala de los criados se convertía en una especie de imán para féminas, hasta el punto de que incluso la costurera y la segunda niñera se buscaban alguna excusa para bajar. Y todo por culpa de unos cuantos chóferes uniformados.

Probablemente en su vida corriente fueran hombres de lo más insulso, pero era como los soldados en la guerra, que todos parecían guapos cuando se paseaban con el uniforme puesto. En cambio, cuanto te los cruzabas vestidos de calle, ni te molestabas en cambiar de acera para ir a hablar con ellos. Bueno, en todo caso con la mitad de entre ellos, y especialmente con los americanos.

Para Gladys y para mí, los chóferes eran sencillamente estupendos, y hablar con aquellos hombres, vestidos en un cien por cien con pantalones ajustados, era algo tan divino que no se puede explicar con palabras.

Es triste reconocerlo, pero a las mujeres ese uniforme no nos sienta nada bien, porque lo único que nos realza son las curvas que tenemos mal puestas. En cambio, hasta al hombre más insignificante se le ve muy masculino cuando se planta un uniforme. Puede que sea porque los uniformes están cortados para destacar las cualidades que tenga, sean cuales sean (no lo digo en sentido vulgar), quiero decir, para realzarlas.

A ellos, desde luego, les encantaba ser el centro de atención. ¿A qué hombre no le habría gustado tener a cinco o seis mujeres revoloteando a su alrededor, ofreciéndole sin parar galletas y tazas de té, y bebiendo sus palabras sin respirar? Los hombres son muy sensibles a los halagos. Hasta el hombre más horroroso, si le dices que es guapo, se lo cree. A los hombres se les puede engatusar con cualquier cuento chino. Se creen cualquier cosa que les cuentes. Basta con mirarlos fijamente a los ojos y hacer que lo que les cuentas suene como si te lo creyeras. Yo lo he probado, por eso sé que funciona.

Aquellos hombres siempre nos contaban historias escandalosas sobre la clase alta. Por aquel entonces, cualquiera que viviera en los pisos de arriba era de la clase alta. Nosotras nos enterábamos de todo lo que les pasaba a sus señores. De lo bueno, de lo malo, y de lo picante. Nos hablaban de sus aventuras. Muchos hombres de la clase alta tenían lo que por aquel entonces se llamaba un nidito de amor, un piso que le ponían a una mujer, y los chóferes solían llevarlos

allí. Hasta ahí llegaba lo que sabían. Nunca llegaron a entrar en esos pisos, y realmente nunca llegaron a saber qué pasaba realmente ahí dentro. Sin embargo, había que oírles. Parecía que habían compartido el nidito de amor con sus patronos. Hablaban en plural mayestático, como el cuñado de la señora Bowchard, y nos contaban la ceremonia amorosa con lujo de detalles. Es imposible que los conocieran, pero me figuro que no sería muy difícil imaginárselos. Además, algunos ejercían al tiempo como chófer y como ayuda de cámara, por lo que no me cabe duda de que, en cierto modo, eran algo parecido al repositorio de secretos de sus señores, quienes sabían que era improbable que, por su condición social, llegaran nunca a hablar con nadie importante, y seguro que así descargaban la conciencia, si es que conciencia tenían. Sea como fuere, a los hombres les gusta hablar de esas cosas.

Una vez trabajé para un hombre que tenía un cargo de no mucha importancia en el malecón y, cuando su familia se iba a Londres, él aprovechaba para darse una vuelta por su nidito de amor.

En general, la gente esperaba de los hombres algo así. ¡Imagínense a una mujer haciendo lo mismo! Son las injusticias de la vida: por más que le apetezca a una, una mujer no le puede poner un nidito de amor a un hombre. Es un poco como esos barrios de farolillos rojos, ¿no? ¿Por qué tienen que ser los hombres quienes disfruten de ventajas en su vida sexual? Al fin y al cabo, las mujeres pueden tener maridos que no cumplan como es debido, y creo que tendría que haber sitios a los que pudieran ir, y donde hubiera hombres a los que se hubiera examinado y que estuvieran dispuestos a ser complacientes por una módica cantidad. Nosotras somos el sexo débil en todos los aspectos de la existencia, verdaderamente.

Pero volvamos a los chóferes. Puede parecer una conversación repugnante, pero hasta los sirvientes de mayor rango entraban en ella. Tenían tan pocos motivos de entusiasmo en su propia vida que tenían que buscarlos en las ajenas, ya fuera vida sexual o vida social; en definitiva, vida.

Por las cosas que los señores decían delante de los criados, los primeros parecían estar constantemente expuestos a que los chantajearan, pero nosotros ni siquiera habríamos sabido cómo hacerlo. Eso es algo que llegó más tarde, al elevarse el nivel educativo y haber mayor libertad de prensa. Teníamos la sensación de que lo que se hacía en los pisos de arriba, por más que se prestara al escándalo, el cotilleo y la risa, era un privilegio que tenían, y no porque fueran mejores que nosotros, sino porque tenían dinero y de nada servía tener dinero si no te saltabas las normas.

Poco después de acceder a quedarme con la señora Cutler pasó algo que conservo en la memoria como una escena de melodrama victoriano. Se descubrió que Agnes, la segunda camarera, estaba en estado.

Hoy todo es tremendamente distinto. Ahora, si trabajas en una casa tienen tanto interés en mantenerte que estoy segura de que si tus señores se enterasen de que vas a tener un niño, te dirían: «Vaya, qué mala suerte. Pero tú cuídate y vuelve cuando haya nacido, ¿de acuerdo?». Lo ves en los anuncios que dicen: «No se objeta hijo», que tienen la bondad de decir: «De acuerdo, has tenido un hijo ilegítimo, pero estamos dispuestos a aceptarlo».

Pero por aquel entonces te daban con la puerta en las narices, te despedían sin darte dinero, y seguramente en tu propia casa también te encontrarías la puerta cerrada, así que no te quedaba otro remedio que echarte a la calle o ir al hospicio.

Gladys y yo compartíamos el dormitorio con Agnes; habíamos notado que nada más levantarse de la cama se encontraba indispuesta, pero no se me ocurrió que eso fuera un síntoma de embarazo. Yo solo pensé que tendría cólicos repentinos. Parecía raro que le pasara justo cuando se levantaba y que el resto del día estuviera bien, pero lo achaqué a eso.

Al final Gladys, mucho más versada que yo en estas cosas, terminó preguntándole directamente si estaba embarazada. Aquel «embarazada» sonó fatal. Agnes admitió que lo estaba, y nos imploró que le guardáramos el secreto. Estaba de poco, y todavía no se le notaba.

Sin embargo, las prendas de aquel entonces no estaban precisamente pensadas para disimular la barriga. Llevabas el talle marcado con un cinturón, así que no era nada fácil. Yo quería ayudar a Agnes con todo mi corazón, pero no tenía ni la menor idea de cómo hacerlo. Quien sabía algo del tema era Gladys, y ella sí lo intentó.

Compró frascos de píldoras de poleo, que se suponía que eran muy buenas para acabar con el embarazo, píldoras laxantes, y quinina. Pero con eso lo único que consiguió fue que Agnes se pasara la mitad del día en el cuarto de aseo. Después, siguiendo instrucciones de Gladys, cargamos agua caliente hasta el piso de arriba para llenar el baño de asiento. Echamos dentro unas latas de mostaza, hasta que el agua se puso completamente amarilla. Se suponía que los baños en mostaza caliente eran otra cosa conveniente para el caso. Puede que lo fueran, si Agnes hubiera sido capaz de sentarse ahí dentro, pero no pudo. Después probó a cargar con todo el peso del que fuera capaz, y cuando tenía el día libre se iba al parque, se subía a los bancos y se dedicaba a saltar. Todo esto suena muy cómico, pero para ella era espantoso. Lo intentó moviendo muebles. Cogía un sillón de los grandes —y por aquel entonces eran muy grandes— y lo llevaba de aquí para allá. Pero ninguno de estos remedios funcionó.

Al final, como era de esperar, no pudo seguir ocultándoselo a la señora Cutler, que le dijo a la pobre Agnes que se marchara en cuanto terminara la semana.

Hoy es imposible imaginarse lo que debió suponer para ella. A Gladys y a mí nos daba muchísima pena, pero era como cuando vas al hospital y alguien está muriéndose, y tú no puedes evitar alegrarte porque quien se muere es el otro. Así lo sentíamos Gladys y yo. Por encima de nuestra simpatía por Agnes estaba nuestro agradecimiento por no encontrarnos en su situación.

Aunque la señora le dijo que se marchara al final de esa misma semana, le pagó el sueldo del mes entero. Que hiciera eso acabó de confirmar mis suposiciones sobre quién era el padre. Agnes nunca lo dijo. Yo no esperaba que se lo dijera a la señora, pero tampoco nos lo dijo a Gladys ni a mí, y yo sabía que ella lo sabía, porque no era de las que andan revoloteando de chico en chico, así que no podía ser más que un hombre, uno solo. Mis sospechas se dirigían al sobrino de la señora Cutler. Era muy joven, probablemente de poco más de veinte años, y muy apuesto. Tenía una voz tan bonita que nos volvía a todas locas con solo dar los buenos días. Nos estremecía de pies a cabeza. Sospeché de él porque me lo encontré muchas veces en la escalera trasera, que era la nuestra, un sitio donde, desde luego, no pintaba nada. A mí me decía buenos días o buenas tardes con aquella voz suya tan fantástica. Luego he descubierto que algunos americanos tienen voces parecidas.

Creo que la señora Cutler estaba preocupada, porque me parece que ella sabía, o al menos estaba casi segura de que había sido su sobrino. Nos preguntó insistentemente a mí y a Gladys y,

pese a que le dijimos que no lo sabíamos, no nos creyó.

Con todo este asunto, pensó que nuestra carne era débil, así que nos tocó escuchar todo un sermón acerca de los peligros de semejante conducta. Ningún joven decente se atrevería siquiera a sugerir algo así a una chica con la que esperara casarse. Yo no sé cómo se puede decir semejante tontería, porque eso, precisamente, era algo que los chicos sugerían siempre, tanto si querían casarse contigo como si no. Los chicos siempre tratan de conseguir lo que quieren. Yo nunca he estado con un hombre que no lo haya sugerido, créanme. La señora Cutler siguió, y nos dijo que ninguna chica decente deja jamás que un chico se aproveche de ella.

Pues vaya, ahí tenemos otro comentario ridículo, porque en proporción había muchas más chicas que chicos, por lo que, si conseguías uno que te gustara, y él sugería algo así, aceptar parecía ser el único medio de conservarlo. Salvo que tuvieras la intención de quedarte para vestir santos, te costaba mucho trabajo no aceptar, más aún si estabas deseando dejar de trabajar en el servicio doméstico, como era el caso de casi todas. ¿Qué sabía la señora Cutler de la naturaleza humana en el sótano? Lo único que a mí y a la gente como yo nos hacía ir por el buen camino eran la ignorancia y el miedo. La ignorancia sobre cómo evitar el embarazo, y el miedo a coger algo malo. Siempre nos decían que bastaba con ir con un chico para coger una enfermedad venérea. Por eso ahora hay tantas que se desvían del buen camino, porque esos dos miedos han desaparecido, ¿no es así? La enfermedad tiene cura, y del niño hay quien se ocupe, incluso si decides tenerlo. Ahora te animan a que te deshagas de él antes de que vaya a más.

Pero Agnes no era como Gladys y yo. Gladys procedía de una familia inmensa, había tenido una vida muy difícil y era realista; yo solo estaba asustada por lo que pudiera pasar y era, también, una ignorante. Apenas sabía qué es lo que hay que hacer para tener un niño, y ciertamente ignoraba lo que se podía hacer para no tenerlo. Agnes, en cambio, era una chica ingenua, muy sentimental e idealista, y cada vez que iba al cine la cabeza se le llenaba de pájaros.

Me acuerdo de que César Romero la volvía loca. A Gladys y a mí una vez nos echaron del cine cuando fuimos a ver una de César Romero, porque yo le dije a Gladys: «¿Verdad que tiene una dentadura preciosa?». Y ella me respondió: «Sí, y seguro que en casa tiene otra». Nos dio tanta risa que nos echaron. Pero, para la pobre Agnes, César Romero era un dios, así que pueden imaginarse lo que sería para ella el sobrino de la señora Cutler con su voz fantástica, que sabía cómo tratar a una chica y hacerla sentir importante, mucho más que una segunda camarera sin dinero ni posición. Además, Agnes era una chica muy mona, y su belleza era natural, nunca se sirvió de ayudas artificiales. Me imagino a la perfección lo mucho que debió impresionarla. Él le hizo regalos. Lo sé porque tenía algunas prendas de ropa interior de seda. Ella dijo que le habían llegado de su casa, pero no creo que eso fuera posible.

Es verdad, tal vez no fue él, pero me inclino a pensar que sí, y lo mismo le pasaba a la señora Cutler. ¿Qué pintaba él en nuestra escalera? Al único sitio al que llevaban era a los dormitorios de las sirvientas.

Volviendo a la ignorancia, al miedo y a seguir el buen camino, todo lo que se refería a hacer el amor estaba ligado a la idea de que era algo pecaminoso y repulsivo. Ese modo de pensar destrozó muchas relaciones matrimoniales.

Alrededor de un año después de casarme, me encontré con una chica que había trabajado

conmigo y fuimos a tomar el té para recordar viejos tiempos. Me contó que llevaba cinco años casada, y cuando le pregunté si tenía familia, ella saltó: «¡Oh, odio esa parte de la vida de casada! Ni siquiera soporto que George me bese, porque sé que cuando empieza, termina en “eso”». Nunca se le habría ocurrido llamarlo por su nombre; era «eso». Yo le señalé que su madre seguramente no sintió esas cosas, puesto que había tenido doce hijos. Ella me contestó: «Bueno, eso era por mi padre, que nunca la dejaba en paz. Hasta cuando estaba tendiendo la colada él le saltaba encima, ¡a plena luz del día!». ¡Me dejó anonadada! ¿Qué podía hacer yo, más que reír? Su «¡a plena luz del día!» sonó graciosísimo. Y cuando para remate le dije: «Pues la verdad es que fue un interludio estupendo para un día de colada», se indignó tanto que se marchó hecha una furia, y me tuve que terminar el té yo sola. Pero ¡no pude evitar echarme a reír! Era un interludio de lo más agradable.

Aunque muchas de las cosas que digo puedan hacerles pensar que la vida de los demás me daba envidia, no era realmente el caso. Lo que me fastidiaba eran la desigualdad y la injusticia. Sin embargo, sí hubo una persona a la que envidié, de la que tuve celos: la señorita Susan, la nieta mayor de la señora Cutler. Apenas tenía dos años menos que yo, pero ¡qué distinta era su vida de la mía! Era casi tan alta como yo, y tenía el pelo de un color parecido al mío, pero ahí se terminaba el parecido, porque la señorita Susan era, y tenía, todo lo que yo no era ni tenía. Tenía ropa a montones, un caballo para montar y una cancha de tenis donde jugar. Hablaba francés, tocaba el piano y sabía cantar. Yo envidiaba su vida tanto como sus éxitos. No todo el rato, eso no. Pero cuando bajaba a la cocina para pedir algo y yo estaba en la pila, rodeada —como podrán imaginarse— de fuentes grasientas, lavando platos, con mis pelos de rata todo tiesos, cubierta con un mandil de arpillera, y ahí estaba ella, solo dos años más joven, tan lozana, vestida de punta en blanco, con su voz tan educada pidiendo algo que yo iba a tener que ir a buscar de inmediato... no habría sido humana si no me hubiera dado envidia. Todo se le daba hecho. La ayudante de la niñera le cepillaba el pelo, le preparaba el baño y hasta le ponía la pasta en el cepillo de dientes.

A veces bajaba para transmitir algún mensaje a la cocinera, y la señora Bowchard se derretía con ella. Todo era: «Oh, sí, señorita Susan», «No, señorita Susan», «Sin duda, señorita Susan». Y, cuando se marchaba, la señora Bowchard me decía: «¿Verdad que parece salida de un cuadro? Es que da gusto verla, es como un rayo de sol». Estas cosas me dolían. Una vez, tuve la temeridad de decir: «Si tuviera que trabajar aquí abajo, dejaría de parecer un rayo de sol». La señora Bowchard se enfadó muchísimo conmigo. Me dijo: «Te pueden los celos, porque nunca podrás aspirar siquiera a parecerte a ella; no podrías comportarte como la señorita Susan, ni parecerte a ella, por más que tuvieras dinero». No creo que yo envidiara realmente a la señorita Susan por el lugar que ocupaba en la vida; era solo por el contraste tan acusado que creaba su aparición en la cocina. Por añadidura, nunca me habló, ni me vio. Podrían ustedes pensar que sí lo hizo, porque al fin y al cabo yo era otra chica más o menos de su edad. Yo pensé que me miraba por encima del hombro. Pero puede que, en realidad, solo estuviera actuando con tacto, al ver el contraste tan grande que había entre nosotras, así que, ahora que lo veo con la distancia que da el tiempo, puede que pecara de injusta.

19

La Navidad en el servicio doméstico no tenía nada que ver con la Navidad que pasábamos en casa. Me acuerdo de la emoción que reinaba en mi casa, incluso con poco dinero; de la emoción de levantarnos temprano y correr a la habitación de nuestros padres para ver los regalos y los calcetines. No teníamos pavo, ni árbol, pero nos reíamos un montón y siempre había comida suficiente.

En cambio, en casa de la señora Cutler la Navidad era un asunto muy formal y muy complicado. En el comedor se ponía un árbol muy grande, de cuya decoración se encargaba la niñera.

El día de Navidad, después del desayuno, los criados nos poníamos en fila en el vestíbulo. Como yo era la que tenía el puesto más bajo, iba la última. Después teníamos que ir al comedor, donde nos esperaba la familia al completo —los señores Cutler, su hija y los nietos— con sonrisas navideñas y cara de auxilio social. Los niños nos miraban como si fuéramos seres de otro planeta, y me imagino que para ellos realmente éramos subseres del submundo. A mí me recordaba a los anuncios en los que salían negros andando en fila y me pasaba el rato gastándole bromas a Gladys, intentando hacerla reír. Pero no se podía reír, porque era una ocasión solemne. ¡Menuda Navidad! Cuando llegábamos a la altura del árbol, aceptábamos respetuosamente los paquetes que nos tendían los niños y decíamos muy bajito «Gracias, señorito Charles, gracias, señorita Susan». ¡Cómo lo odiaba!

Después nos acercábamos a los señores, que nos daban un sobre con dinero. A mí me daban una libra, y a la señora Bowchard, cinco. Los regalos siempre eran algo útil: un largo de tela estampada para un vestido, un delantal, unas medias negras, pero desde luego no de seda; nunca te daban nada frívolo, sino medias negras de lana. ¡Cómo ansiaba yo tener alguna de las cosas que ellos tenían, como ropa interior de seda, perfumes o joyas! ¿Por qué no nos daban cosas así? ¿Por qué nos daban siempre cosas prácticas? Creo que si nos daban uniformes era porque sabían que, con nuestros miserables sueldos, nosotros no podíamos pagárnoslos. Además, con perfume o seda podríamos ir por mal camino. Así que yo odiaba este desfile de buena voluntad navideña, al igual que la pretensión de que para nosotros la Navidad también era un momento agradable.

Trabajábamos como mulas, preparando las cenas con invitados y demás diversiones de arriba. De acuerdo, teníamos un árbol de Navidad en la sala de los criados que habían comprado ellos, pero nunca nos dieron nada para decorarlo; teníamos que decorarlo con oropel, campanitas y otras cosas, y ellos no ponían ahí sus regalos, sino que teníamos que ponernos en fila india para aceptar

su limosna. Así era allí la Navidad.

Era exactamente igual en todas las casas donde pasé la Navidad como parte del servicio doméstico. Muy formal y muy complicado, con mucha diversión para ellos, pero sin gran cosa para nosotros. Me atrevería a decir que en las casas más grandes se podía llegar a organizar un baile para los criados, como se hace en el palacio de Buckingham, pero, por lo que sé, nunca se hacían por Navidad, sino mucho después.

Alrededor de dos meses después de la Navidad empezábamos la limpieza primaveral. Era una operación de mucho calado, y duraba cuatro semanas. Por aquel entonces no había nada para hacer la limpieza primaveral; me refiero a aspiradores, aparatos o detergentes modernos: nada. Ahora ya no se hacen limpiezas primaverales, porque las casas se mantienen limpias a lo largo de todo el año.

A lo largo de aquellas cuatro semanas me levantaba todas las mañanas a las cinco de la mañana y trabajaba hasta alrededor de las ocho de la noche, y después tenía que hacer la cena para los criados. Todos trabajábamos todas esas horas pero, como es natural, recuerdo sobre todo lo mío, porque era lo mío lo que me cansaba, no lo de los demás. Me iba arrastrando todas las noches a la cama, tan cansada que ni siquiera tenía fuerzas para lavarme. Suena guarro, pero prueben a trabajar desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la noche haciendo limpieza primaveral en una casa antigua que tiene fuegos de carbón en todas las habitaciones, y terminarán completamente rendidos.

La primera tarea era fregar de cabo a rabo los suelos de piedra del sótano, con una mezcla de jabón y arena. Los suelos de piedra del sótano no eran como los que se ven hoy en los porches principales o en las cocinas, de baldosa muy brillante, sino que estaban picados y en los huecos se metía la porquería, que solo conseguías sacar echando una mezcla de jabón y arena y frotando con un cepillo. Todos los cacharros de hierro y de cobre se limpiaban por fuera más incluso de lo habitual; el guardafuego y los fogones se pulían hasta que parecieran nuevos; se limpiaban todas y cada una de las piezas de la vajilla (y había suficientes para llenar una tienda), y tanto las largas mesas de la cocina como las sillas y el aparador se frotaban hasta que quedaban blancos. Las manos se me cuarteaban y me sangraban, y las uñas se me rompían y se me astillaban.

Para las camareras, arriba era más fácil, porque no había que frotar tanto. Ahí lo peor eran las alfombras. Por aquel entonces la gente tenía cientos de pequeños adornos de porcelana, y había que limpiarlos todos.

La limpieza primaveral de la plata era otra tarea importante. En esta casa —y en casi todas las que eran por el estilo—, la plata tenía su propia despensa especial, y la de diario se guardaba ahí todas las noches. Era un cuartito que daba al comedor, con la puerta disimulada por un biombo. Se podía pasar directamente dentro. Había juegos de té, y no uno solo, sino varios; juegos de café, candelabros, centros de mesa y bandejas de plata. Parecía la cueva de Aladino. Se limpiaba con óxido férrico, no con una de esas pastas blancas que hoy en día vienen en latas, y después había que abrillantar con una gamuza y un cepillo. Era una operación muy larga, porque había que asegurarse de no dejar nada de óxido en rendijas y hendiduras.

No nos daban más dinero por trabajar todas aquellas horas, pero en compensación la señora Cutler nos reservaba unos asientos en el teatro. La mitad del personal iba una semana, y la otra

mitad, a la siguiente. Me acuerdo del último espectáculo que fuimos a ver; era una comedia, pero yo no la disfruté, porque estábamos en las butacas más caras, sentadas entre la gente adinerada, y yo tenía la sensación de que llamaba la atención con mi abrigo negro andrajoso y un par de guantes negros de algodón, que no me atreví a quitarme por lo rojas y ásperas que tenía las manos. Al día siguiente la cocinera me preguntó si me lo había pasado bien, y yo le dije que no había estado mal. Así que me dijo: «Mañana por la mañana dale sin falta las gracias a la señora, por la velada que te ha ofrecido». Y yo le contesté con mucho descaro: «Pues a mí la señora no me ha dado las gracias por todo el trabajo extra que he hecho». La cocinera se enfadó tanto que pensé que se ahogaba. «¡Estás aquí para trabajar, y si no te gusta el trabajo, podemos conseguir a otra pinche de cocina en un periquete!», me dijo.

Para entonces ya llevaba casi tres años de pinche de cocina, y después de tres años siendo la criada de menos rango, y la peor pagada, pensé que había llegado el momento de buscarme un trabajo de cocinera. Al menos sabía cómo preparar verduras y hacer salsas, y pensé que aprendería más cosas sobre la marcha.

Me puse a buscar anuncios en los periódicos, y finalmente encontré uno: «Se busca buena cocinera corriente»; era para una casa de Kensington. Les escribí. Me eché dos años más, porque pensé que si les decía mi verdadera edad no me cogerían. Estaba segura de que les parecería que dieciocho años serían pocos para ser cocinera. Me contestaron pidiéndome que fuera para una entrevista.

El día señalado me presenté en la casa, no sin preocupación, porque pasar de ser pinche a ser cocinera es un salto grandísimo. Cuando llegué, me sometieron al interrogatorio habitual. La señora empezó preguntándome mi edad. «Veinte», mentí yo. «¿Vive en Londres? ¿Le asusta el trabajo?».

De todas las preguntas ridículas que se le pueden hacer a alguien, la peor es la de si le asusta el trabajo. Hay muchísima gente a la que no le asusta el trabajo, y a la que no le gusta que se lo pregunten. Si hubiera dicho: «¿Le gusta trabajar?», habría sido igual de idiota. Por aquel entonces, yo me imaginaba el cielo como un sitio donde no tenías nada que hacer, aparte de andar por ahí jugueteando con el arpa.

Aquella dama tenía un título nobiliario y se llamaba lady Gibbons. Pero me di cuenta de inmediato de que no pertenecía a la nobleza. Me dijo que su familia estaba compuesta por tres personas: ella, sir Walter Gibbons, y su hijo. «¿Qué salario espera percibir?», me preguntó, y yo oí una voz, que parecía ser la mía, que respondía: «Cuarenta libras». «¡Cuarenta libras!», repitió ella como si le hubiera pedido las joyas de la corona. Entonces se produjo una pausa, como si pensara que yo fuera a reconsiderarlo. No lo hice. Contesté: «Sí, y quiero tener un día libre completo al mes». La cara se le descompuso todavía más. «Si le doy un día libre completo al mes, la doncella y la camarera también lo pedirán», me explicó. Yo no dije nada. Me quedé callada.

Siempre me ha parecido que guardar silencio, no responder, es la mejor defensa, porque así se dan cuenta de que, aunque no estás de acuerdo con ellos, no te corresponde discutir con tus superiores. Es una actitud que suele dar buenos resultados. En todo caso, aunque los criados aún abundaban, se empezaban a oír voces de descontento por los bajos sueldos y las malas condiciones, y ya no era tan fácil pagar apenas nada y tampoco dar apenas tiempo libre.

Me dieron el puesto. Con las cuarenta libras al año y mi día libre mensual.

Tuve que pasar, una vez más, por el desagradable trago de dar mi aviso de despido con treinta días a la señora Cutler. En este caso no podía haber incentivos, y tampoco iba a ofrecerme más dinero porque, cuando se le da más dinero a un criado, luego todos piden un aumento. Una vez más, pasé por el ritual de pedir cita con ella como si se tratara de un personaje de la realeza. Yo recurrí al dorado de píldora, y ella recurrió al breve sermón. Podía haber sido mucho peor.

Lo malo fue con la señora Bowchard. No era que tuviera nada personal contra mí, sino que no le gustaban las pinches de cocina ni, en general, nadie que fuera mucho más joven que ella. Me pasé todo el mes de preaviso recibiendo salvas de indirectas sobre mi capacidad para ser cocinera. Por ejemplo, me decía: «Imagínate que tienes que hacer esto y aquello, ¿cómo lo harías?». Yo no sabía cómo hacerlo porque no había tenido ocasión de aprenderlo, así que le respondía: «Lo sacaré de un libro». «Meg —me contestaba ella—, no puedes cocinar a partir de un libro; se aprende con la experiencia y la práctica». Y yo: «Pero de algún modo hay que empezar». A lo que ella replicaba desdeñosamente: «Pero yo no empecé a los dieciocho, sino que me esperé a los veinticinco para pensar que podía estar preparada». A lo que yo contestaba: «Los tiempos cambian, ¿no es cierto?». «Sí, pero para peor en el caso de lady Gibbons. Lo único que sabes hacer son verduras», me decía, para luego encadenar con las digestiones de la lady, esperando que fueran buenas. No paraba de lanzarme pullas.

Aparte, por supuesto, tenía que dejarlo todo totalmente impecable, para que cuando llegara la nueva pinche de cocina todo tuviera una pinta fantástica. Yo sabía exactamente lo que iba a hacer la señora Bowchard. En cuanto tuviera a la nueva pinche, no dejaría de hablar bien de mí: «¡Ah, Margaret, ella sí que era buena, hacía esto, lo otro y lo de más allá!». Los últimos quince días fueron los peores, pero como sabía que me marchaba, me dio igual. Fui todo lo simpática que pude.

Lo único que sentía era dejar a Gladys; nos llevábamos a las mil maravillas. Ella procedía de una casa tan pobre como la mía y nunca había hecho castillos en el aire. Nos entendíamos a la perfección. Hay algo que me prometí a mí misma: que, si algún día llegaba a ser tan buena cocinera como para tener una pinche de cocina, nunca me portaría con ella tan mal como se había portado conmigo la señora Bowchard.

20

Entré en la casa de lady Gibbons con mucha confianza, aunque con poca idea.

Mi primer susto fue cuando llegué a la sala de los criados. Ahí conocí a la doncella, Jessica, pero no había camarera. Jessica me explicó que había una colección incesante de doncellas y camareras, que ninguna se quedaba mucho tiempo debido al mal carácter de lady Gibbons. Jessica me dijo que era peor que una bruja: «Mala como el hambre, con ojos que te taladran y una nariz de sabueso». Yo pensé para mis adentros: «Pues qué le vamos a hacer, me ha tocado un trabajo estupendo», y le pregunté: «¿Qué quieres decir con lo de nariz de sabueso?». Ella me lo explicó: «Si enciendes la cocina de gas por haber descuidado el fuego, la oirás chillar desde lo alto de las escaleras: “¿Está usando la cocina de gas, cocinera?”. Lo huele. A eso me refiero».

Al día siguiente me di cuenta de lo tacaña que era lady Gibbons. Yo venía de una casa donde la cocinera no tenía más que llamar por teléfono para pedir lo que necesitaba, donde había grandes cantidades de leche, nata y huevos, donde la mantequilla se usaba a diario, donde entraban con bastante frecuencia el caviar y el paté de *foie gras*, y donde las sobras iban al cubo de los desperdicios.

Aquella primera mañana, lady Gibbons vino a la cocina, entró en la despensa y se puso a inspeccionar cada uno de los trozos de comida que allí había. Yo nunca había visto cosa igual, ni tampoco he vuelto a verla después. Echó un vistazo a la cesta del pan duro, y hasta contó los mendrugos. Miró dentro de la lata de la harina, en la repisa de las verduras y en la nevera y, para terminar, contó los huevos. Yo estaba totalmente muda de pasmo. No podía dejar de pensar en la cara que habría puesto la señora Bowchard si a la señora Cutler se le hubiera ocurrido bajar y ponerse a hacer eso. No se habría quedado ni cinco minutos; se habría despedido en el acto.

Mi siguiente susto fue cuando me dijo que ella se ocupaba de hacer los pedidos, y que, si yo quería algo, debía pedírselo a ella. En el sótano tenía una despensa de la que sacaba las cosas que yo necesitaba en cantidades mínimas, tras lo cual la cerraba con llave. Nunca me dio esa llave.

Por ejemplo, la mermelada estaba en uno de esos grandes jarros con capacidad para tres kilos y medio, y se sacaba con un cucharón como si fuera oro en polvo. Lo mismo pasaba con el té y con las demás cosas: solo sacaba lo justo para el día. Puede que, en cierto sentido, esto fuera una ventaja, dado que yo era muy inexperta y no habría sabido muy bien qué encargar, y estar pendiente de la despensa habría sido una preocupación más.

Creo que debo explicar que, cuando ibas a una casa en calidad de «cocinera corriente», no tenías pinche. Tampoco había tanto personal como yo había visto antes. Solo estábamos yo, un

chófer, una doncella y una camarera, y, como dije antes, a menudo no había más que una de estas dos últimas.

Cuando llegó el momento de dirigirse a mí, lady Gibbons se encontró ante un dilema. Las dos cocineras que yo había conocido eran «señora», aunque nunca hubieran estado casadas; era una especie de título de cortesía. Sin embargo, lady Gibbons dijo que yo era demasiado joven para llamarme «señora». Se dirigía a los demás sirvientes por sus apellidos, pero a mí eso no me gustaba, así que al final optamos por que me llamara «cocinera».

Quería que me pusiera una cofia, pero yo no. Siempre me ha parecido que es un emblema de servidumbre. Sé que las enfermeras se la ponen, pero en cierto modo con ellas es distinto. Además, era una cofia horrorosa, así que me la quité. A lady Gibbons no le gustó, pero realmente no podía obligarme a ponérmela.

Por la mañana, la camarera tenía que subir para ayudar a la doncella a hacer las camas, y mientras estaba arriba lady Gibbons me preguntó a mí si podía encargarme de abrir la puerta principal. Yo me ponía vestidos estampados con mangas cortas que me llegaban hasta el codo. Una mañana ella bajó con una cofia y un par de brazales que iban de la muñeca al codo, y me dijo: «Se los traigo porque me parece que estará más cómoda si los lleva puestos cuando vaya a abrir la puerta, cocinera». No se le ocurrió pensar que yo no iba a estar en absoluto más cómoda; lo que realmente quería decir es que ella iba a estar más cómoda. Así que le dije: «Sí, claro, muchas gracias, mi lady» —porque tenías que decir «mi lady», naturalmente, puesto que era una dama con título; no le decías «señora»—. «Sí, muchas gracias, mi lady», los metí en mi cajón y me quedé tan pancha. Jamás me los puse, y ella no volvió a mencionarlos. Conocía las reglas; no estaban escritas, pero existían. Sabía que obligarme a ponerme cofia o brazales era tan imposible como forzarme a volar. Cuando empecé a cocinar descubrí que lo que la señora Bowchard había dicho era muy cierto: lo que hacía falta era mucho más que seguir las indicaciones de un libro, e incluso más que tener experiencia. Lo que se necesita es una especie de instinto, y de eso, por aquel entonces, yo no iba precisamente sobrada.

Hay un plato con el que me di un buen batacazo, y fue con el papillote de carne. Me fijé en cómo lo hacía la señora Bowchard, que cogía los mejores filetes de solomillo, los cortaba en lonchas finitas, ponía en cada loncha un poco de carne de ternera picada, la envolvía con el filete, lo ataba con un bramante muy fino y lo metía en la cazuela. Cuando estaban hechos les quitaba el bramante y los servía. Es un plato muy sabroso. A lady Gibbons le gustaba mucho la carne de vacuno, y la tomaba a veces como plato caliente de los domingos, servida con zanahorias y cebollas hervidas. Era un plato muy económico, y cuando sobraba un poco me pedía que hiciera con ello papillote de carne. El caso es que cuando cortas y envuelves una loncha de carne de vacuno que ya está hecha, se te resquebraja por todos lados. Yo lo ataba en paquetitos pequeños, poniendo cordel aquí y allá. Al final, cuando los sacaba de la cazuela, no conseguía quitar el cordel, porque por supuesto se había quedado encajado, así que mandé arriba tal cual el papillote de carne. Cuando los platos volvieron abajo, todos los trocitos de cordel estaban colocados en paralelo a la orilla, a modo de reproche silencioso.

Pero a mí estos incidentes no me desanimaban. Por aquel entonces, yo era alegre como un cascabel. Tiene gracia, pero cuanto menos sabes de cocina, más competente te sientes. Únicamente

te preocupas cuando sabes cocinar porque, cuando no sabes, no te enteras de qué ha salido mal. Cuanto más experta me fui volviendo, más me fui preocupando. No tardé en darme cuenta de cuándo los platos no eran perfectos. Tampoco es que pudiera esperar la perfección en los platos para lady Gibbons, porque ni la mejor cocinera del mundo podría hacer nada con aquellos ingredientes tan pobres.

El motivo de que estuviera tan alegre era mi metamorfosis, haber pasado de pinche de cocina a cocinera. Solo quien haya trabajado en el servicio doméstico puede entender la diferencia en rango social. Cuando eres pinche de cocina no eres nadie, no eres nada, no se te escucha, y para los demás criados eres incluso una esclava. Concederé que a una cocinera que no trabaja más que con otros dos criados no se la puede mirar como a Dios Todopoderoso, pero yo tampoco aspiraba a eso. Yo no quería ser ni más ni mejor que nadie; solo quería no tener a alguien constantemente encima de mí.

Aunque lady Gibbons fuera una bruja, solo la veía por las mañanas, cuando bajaba a darme instrucciones. Siempre se quejaba por algo que yo había hecho. Por ejemplo, cuando llevaba allí una semana, bajó, miró la mesa de la cocina y me dijo: «Cocinera, esta mesa está amarilleando mucho». «¿Ah, sí? Debe ser el color de la madera, mi lady», contesté yo. Ella me dijo: «Pues debe haber cambiado de color desde que llegó usted». Pero eso no me desanimó.

Pocas semanas después de mi llegada, Jessica, la doncella, se marchó. La nueva camarera, Olive, solo tenía quince años. ¡Una camarera de solo quince años! Incluso las segundas camareras suelen tener más edad. Lady Gibbons siempre contrataba a chicas muy jóvenes como doncellas o camareras, y hacía lo que ella llamaba «formarlas». Lo hacía porque eran mucho más baratas, y también porque estaba empezando a ser muy conocida entre el gremio de los sirvientes, con lo que no conseguía contratar a nadie experimentado. Olive era una chica de campo. Vino de un remoto pueblecito que quedaba a cinco kilómetros de la estación del tren o la parada de autobús más cercana. Era extraordinariamente guapa, tenía unos ojos preciosos, un pelo negro muy bonito y la mejor de las disposiciones. Con lady Gibbons, buena falta le hacía. Se convirtió en amiga mía para toda la vida.

Sir Walter era un hombre tranquilo, que parecía vivir inmerso en ensoñaciones de glorias pasadas, y que no se enteraba de lo que pasaba a su alrededor. En el extranjero, había sido un hombre importante, no sé muy bien qué. Puede que trabajara con la Compañía de las Indias Orientales; desde luego, tenía la tez morena. Lady Gibbons a veces hablaba de sir Walter y decía: «Cuando sir Walter cenó con el marajá...», así que yo me quedé con la idea de que había sido un hombre importante.

También me quedé con la impresión de que su matrimonio con lady Gibbons había sido su peor error, que le había hundido socialmente. Ella hablaba como una verdulera, y parecía carecer por completo de educación. Puestos a hablar de la *Decadencia y caída* de Gibbons, ahí la teníamos.

Él solo volvía a la vida a la hora de las comidas. Olive me contó que él comentó un día que las buenas cocineras eran una especie que estaba desapareciendo, de modo que sentido del humor, sí tenía. Pensándolo ahora, lo necesitaba para algunos de los platos que les serví. Me acuerdo de otra anécdota. En aquella casa, el elevador para la comida estaba en la cocina, y cuando se tiraba

de él para que subiera a la planta del comedor, se oían los ruidos de abajo. Yo llevaba toda la tarde cantando alegremente, hasta cuando enviaba los platos, y sir Walter, evidentemente, no podía seguir soportándolo, porque se acercó al elevador y me regañó diciendo: «¡Cocinera! ¿Puede cantar el *God Save the King* y dar por terminado el concierto?».

A lady Gibbons le gustaba impresionarnos con la importancia de su título. Decía: «Cuando hablen de mí, no digan “lady Gibbons”, sino “mi lady”, y lo mismo cuando se dirijan a sir Walter: no digan solo “Sí, señor”, sino “Sí, sir Walter”, “No, sir Walter”». Un día, Olive bajó con una jarra de agua en una bandeja y empezó a dar vueltas alrededor de la mesa diciendo: «Sí, sir Walter. Sí, sir Walter», y nos hizo mucha gracia.

Aunque en la familia solo eran tres, el trabajo tampoco era sencillo. Yo seguía teniendo que levantarme temprano para encender los fogones. Había que hacerlo con tiempo suficiente para preparar el baño de sir Walter. Después tenía que preparar un desayuno temprano para el hijo, que lo tomaba a eso de las siete y media de la mañana, antes de marcharse al trabajo. Luego venía nuestro desayuno a las ocho, y el de sir Walter y lady Gibbons a las nueve. A continuación, y antes de que ella bajara a las diez para dar instrucciones, tenía que fregar la cocina y la trascocina, y arreglar la sala de los criados y la despensa, porque ella siempre se fijaba en todo.

La camarera, la pobre Olive, también tenía mucho que hacer, especialmente en invierno, cuando había que encender las chimeneas a carbón. Tenía que transportar los cubos de carbón desde el sótano hasta la planta baja para el comedor, y hasta la primera planta para el gabinete. En la sala del desayuno también había una chimenea. Esos tres fuegos tenían que estar encendidos todas las mañanas para las ocho, y únicamente le permitían echar medio cubo de carbón en cada uno. Algunas mañanas le salía a la primera, pero otras, cuando el viento soplaba en mala dirección, no conseguía que prendieran. Cuando eso ocurría, se pasaba el rato yendo de arriba abajo para coger parafina y la cara se le llenaba de lágrimas que se le mezclaban con el hollín. La doncella tenía suerte, porque eran tan tacaños que nunca encendían el fuego en las habitaciones.

Pasó una cosa extraña, algo que nunca he visto, ni antes ni después. En casa de lady Gibbons usaban calentadores. Por entonces ya habían caído en desuso, pero lady Gibbons tenía dos. Uno estaba colgado de la pared en el vestíbulo, de adorno, pero en el otro echábamos rescoldos de la estufa todas las noches y lo pasábamos entre las sábanas para caldear las camas. Yo pensaba que nosotras salíamos mejor paradas, porque en las noches de invierno yo ponía en el horno unos ladrillos, que luego envolvíamos en un trozo de franela y metíamos en la cama. Créanme, tengo la certeza de que sacábamos mejor partido de aquellos ladrillos que ellos de sus calentadores.

En la buhardilla solo había un cuarto, y Olive y yo lo compartíamos. Yo me podría haber quedado con una habitación abajo, pero se la dejé a la doncella porque quería alejarme de «ellos» todo lo posible. A lady Gibbons le pareció muy raro que la cocinera compartiera habitación, porque siempre tenía la suya propia y quienes compartían eran la doncella y la camarera, pero yo prefería estar en la buhardilla.

En casa de lady Gibbons tenía libres todos los domingos por la tarde y una tarde libre por semana, además de un día entero al mes, como yo estipulé. Olive, en cambio, solo tenía domingos alternos. Pero siempre que podíamos íbamos juntas al salón de baile el domingo por la tarde. Ahora puede sonar desenfrenado y seguramente lo sea, pero por entonces era una actividad de lo

más inofensivo. Siempre ibas con una pareja. Si ibas con una chica, te podía tocar bailar con ella toda la tarde.

Pero si ibas era, por supuesto, con la esperanza de pescar novio. Era, realmente, la única oportunidad que tenías de dar con uno. Si ibas a ver una película, por ejemplo, y un joven se sentaba a tu lado y empezaba a darte codazos y eso, pensabas lo peor, como es lógico. Además, en la oscuridad apenas podías distinguirlo, ni tampoco podías trabar conversación. Esos codazos por lo general acababan siendo de chicos con una cara como la del monstruo de Frankenstein y los modales de un gallo de corral, así que nunca les di ninguna oportunidad. Pero en un salón de baile se podía estudiar al otro sexo, y si veías a alguno que te gustara siempre podías echar los restos para cazarlo. Y créanme si les digo que todos íbamos allí para echar los restos.

Yo, como saben, estaba decidida a casarme. No quería ser una solterona. Por aquel entonces, la gente decía con mucho desprecio frases como «quedarse para vestir santos» o «ser un solterón». En fin, te lo perdías prácticamente todo. Hoy las mujeres que no se casan pueden tener tantas relaciones sexuales como les parezca, y también seguridad. Es solo que no les apetece tener a un hombre de por vida, de lo cual no las culpo en absoluto. Pero yo necesitaba a uno que me mantuviera. No me imaginaba de cocinera toda la vida; yo quería un marido que me sacara de ahí para siempre.

Olive, además de ser muy guapa, era una bailarina estupenda, mucho mejor que yo, y como era tan atractiva siempre tenía muchos galanes. La clave de su éxito era la seguridad. Se había criado en un pueblo, y allí nunca había dejado de ir a los bailes. En los pueblos, los padres se llevan al baile hasta a los niños pequeños, así que aprenden a bailar pronto, y tienen muchísima seguridad. Yo, en cambio, no sabía bailar. Era incapaz de seguir a nadie. Además, como soy tirando a mandona, intentaba llevarles yo, en lugar de dejar que fueran ellos los que me dieran vueltas.

Lo único que tenía a mi favor es que sabía hablar, pero eso no es lo más conveniente en un salón de baile. La gente no va al baile para charlar, sino para bailar y ver a quién se puede arrimar para llevárselo a casa después. Ser capaz de dar conversación me hacía realmente un flaco favor, porque lo que yo decía se salía de la norma. La norma era más o menos así: el chico te dice: «¿Vienes aquí a menudo?», y tú le contestas: «Sí, bastante a menudo», y él dice: «La pista es muy bonita, ¿verdad?», y entonces tú respondes: «Ya lo creo, y está muy bien encerada», y entonces él añade: «La orquesta está bien, ¿verdad?», y tú: «Sí, tiene mucho ritmo». Yo, en cambio, hablaba a mis galanes sobre el Londres antiguo, o preguntaba que si habían leído a Dickens. Debían creer que era un bicho raro. Ni siquiera habían oído hablar de Dickens, así que ni hablar de haberlo leído.

Yo empezaba a disfrutar mucho con la cultura. Incluso por aquel entonces, siempre conseguía sacar algo de tiempo para la lectura, para los libros que vale la pena leer.

A veces intentaba hablar de Conrad, que tiene libros que pueden gustar a un chico, o de Henty, o de O. Henry. Pero ellos nunca habían leído nada, y me dejaban tirada a la primera de cambio.

Olive, en cambio, era enternecedora, una chica sentimental que los miraba con expresión amorosa y siempre decía lo que había que decir. Y, además, bailaba bien.

Siempre he pensado que, cuando dos chicas salen juntas, una resulta más atractiva que la otra, y eso era lo que pasaba con Olive y conmigo. Ella era muchísimo más guapa que yo. Cuando

pescas a dos chicos pasa lo mismo: que uno es el guapo y el otro un adefesio. Supongo que es la ley natural de la compensación.

Aunque Olive acababa de llegar del campo y no tenía más que quince años, se llevaba a los chicos de calle, como si fueran abejas revoloteando alrededor de una flor. También sabía cómo hablarles, y tenerles como en suspenso. Para esas cosas hay que tener arte.

Como era de esperar, yo me quedaba con el astroso. A veces no estaba demasiado mal y pensaba, bueno, pues aquí lo tenemos. Otras veces tenía una barbilla huidiza, o estaba alelado, y yo solo pasaba una tarde a su lado y luego lo despachaba.

Por más que quieras casarte, tienes que andarte con ojo. Si no te gustan las barbillas huidizas ni los individuos alelados, ni siquiera para un rato, tampoco querrás tenerlos frente a ti en la mesa todas las mañanas y todas las noches de tu vida, ¿a que no? Olive siempre me decía: «Eres demasiado exquisita, ¿qué más da? ¡Quédate con éste hasta que encuentres otro!». Pero ¿cómo vas a encontrar a otro si vas con el mismo todo el rato? «Sí, claro que se puede», decía ella. Ella podía. Como ya he dicho antes, eso es todo un arte, y no estaba a mi alcance; yo no he tenido nunca talento social. Cuando me quejaba por alguno, ella me decía: «Más vale tener que desear», pero nunca se desea tanto como a los dieciocho. Después, cuando por fin me casé, conseguí a un razonablemente guapo.

Aunque Olive tuvo un sinfín de ocasiones, no cometió el mismo error que Agnes. Parecía tener la cabeza bien puesta sobre los hombros para ir por el buen camino, cosa que, nuevamente, achaco a la vida en el campo. Olive se crio en un pueblo llamado Ripe, en Sussex. Cuando se pronuncia el nombre con el acento cockney de por allí, suena a agresión indecente^[7]

Entonces en los pueblos no pasaba lo que ahora, que la gente joven intenta largarse a la primera ocasión. Eran lugares que tenían una vida social, que se concentraba en el centro municipal. Siempre que se celebraba algún acto, la gente iba con sus hijos, por lo que desde muy pequeños se mezclaban con el sexo contrario. Por eso a Olive nunca la intimidó como a mí el otro sexo. Por más que se diga que los chicos de pueblo son unos palurdos, lo cierto es que, estés donde estés, un chico es un chico, y un hombre es un hombre.

Otra característica de los pueblos es que si sacas un pie del tiesto todo el mundo se entera, y por eso siempre se pone un poco de cuidado en por dónde se anda. No obstante, si tienes algún tropiezo en el pueblo, no se te condena como en la ciudad. Allí la gente vive mucho más cerca de la naturaleza, y sabe que cuando un chico y una chica se juntan, pueden pasar cosas, y pasan. Cuando pasan, los padres de la chica, cuando no el propio chico, cuentan con que se casen. Olive me contó que muchas de las chicas que se casaban de blanco ya tenían un niño en camino. Además, algunas personas pensaban que si hacías otra cosa eras un poquito presuntuosa, puesto que al fin y al cabo los hijos son regalos de Dios, y que la manera en que llegan es secundaria. Por otro lado, la gente de los pueblos está en contacto con animales que siempre están criando y, en todo caso, hay poco que hacer y son muchas las ocasiones que se presentan, o sea que andas por ahí por veredas campestres, sin luces, con todo a oscuras. Las ocasiones son estupendas, ¿verdad?

En la ciudad todo es tremendamente distinto. Es un lugar tan impersonal que no tienes tantas ocasiones, y no llegas a familiarizarte con el otro sexo. Si te quedas embarazada, el hombre siempre puede escabullirse y ahí te quedas, con un niño y con la fama de que «te vas con

cualquiera».

Una vez fui a Ripe con Olive. Ya he hablado de los beneficios sociales de la vida en el pueblo, pero vivir en la ciudad tiene también sus compensaciones. Para empezar, el pueblo quedaba a cinco kilómetros de la parada de autobús más cercana, lo que me obligó a andar más de una hora con el equipaje auestas. No había agua corriente, ni electricidad, ni gas, solo lámparas de aceite por la noche, y tenías que lavarte en una palangana de esmalte colocada sobre unos ladrillos, con un agujero para que saliera el agua: quitabas el tapón y el agua simplemente caía al suelo, salpicándote los pies si no te echabas atrás; a mí me salpicó la primera vez. El agua se sacaba de un pozo en el huerto. No había nada para subirla. Tenías que hincarte de rodillas en el suelo y tirar del cubo. Estaba llena de cositas garrapatosas que parecían renacuajos. Olive me dijo que la hervían antes de ponerla para el té. Yo pensé que no tenía muchas ganas de tomar renacuajos hervidos. Además, todo olía a humo. Su madre solo tenía una chimenea abierta para cocinar.

Compartí cama con Olive, una de esas preciosas y cómodas camas con colchón de plumas que no tienes más que sacudir. A mí me pareció que no podía haber nada más cómodo bajo la capa del cielo. Sin embargo, encima de nosotras se oía como algo que raspaba, así que le pregunté a Olive: «¿Qué es eso?». Ella me dijo: «No es nada, solo una rata en el tejado». ¡Solo una rata en el tejado! A mí casi me dio algo. «¡Búscala y sácala de ahí!», le pedí yo. Y ella me contestó: «Nunca sale. Tiene ahí arriba su nido». Yo creí que me moría.

Los retretes eran de lo más primitivo. Estaban al final del huerto, y créanme si les digo que ése era el mejor sitio para que estuvieran. Visto desde fuera, a la luz del día, parecía de lo más bonito, con rosas trepadoras, pero ¡qué distinto cuando entrabas! Era uno de esos horribles sitios que los hombres de vez en cuando tienen que remover y enterrar, y tenía un asiento con dos agujeros. Como para Darby y Joan, aquella pareja tan enamorada que ni en la vejez se separaba. ¡Para eso sí que tiene que haber comunión de espíritus! Con ir uno solo, ya era casi mortal, así que de haber ido por pares habría sido imposible salir con vida.

Pero era la casa de Olive, y ella era muy feliz allí. En las ciudades se dice, sobre los pueblos, que en ellos todo el mundo sabe lo que haces, y es muy cierto, pero tú también sabes lo que hacen los demás, así que es una comunidad muy unida, y a mí eso me parece muy bien. Yo vivo en una ciudad y sería incapaz de decirles cómo se llama la gente que vive a dos o tres casas de la mía. Nadie habla con nadie, y que te consideren una persona que se guarda las cosas para sí misma es todo un cumplido. Pero esta actitud no la ayuda a una a buscarse a un chico, ¿verdad?

21

A medida que pasaba el tiempo, lady Gibbons cada vez estaba de peor humor. Por algunas cosas que fue soltando, creo que en su casa el dinero escaseaba, y que sir Walter había hecho alguna inversión que había salido mal. Puede que por eso fuera tan agarrada, porque realmente no había mucho dinero.

Para cuando llegó la Navidad, cociné un pavo, y me salió muy mal. No conseguía hacerme con aquellos fogones, que a veces calentaban demasiado y otras no lo bastante. En esta ocasión fue demasiado, y el pavo se me quemó. Rasqué todo lo que pude con el rallador de nuez moscada y puse pan rallado en las quemaduras más visibles. Lo mandé arriba con la esperanza de que todo saliera bien. Esperaba oír a sir Walter estallando de ira a través del elevador de servicio, pero todo permaneció en silencio. Cuando Olive bajó, le pregunté: «¿Sir Walter no ha dicho nada?». «Ni una palabra», contestó Olive. «¿Y ella?», insistí yo. Olive me respondió: «Bueno, a ella le cambió un poco el color de la cara, dio varias vueltas al tenedor y se quedó mirándolo por todos lados, pero no dijo nada, ni él tampoco». Al cabo de dos o tres días, lady Gibbons seguía sin decir nada, así que yo empecé a pensar que tal vez la cosa no había ido tan mal.

Pero cuatro mañanas después, de repente, va y me dice: «Cocinera, ¿qué pasó con el pavo?». Yo le dije: «¿El pavo, mi lady?». Y ella: «Sí, el pavo». Así que le expliqué: «Pues es que se me quemó un poco». Y ella contestó: «¡Un poco! ¡Estaba carbonizado, y cuando sir Walter quiso cortarlo, la carne sencillamente se despegó de los huesos!». Yo le dije que eso era señal de que estaba tierno, pero ella insistió: «No era señal de que estuviera tierno, y es una lástima que no seamos vegetarianos, porque lo único que sabe cocinar usted son verduras». Así que le dije: «Precisamente, esto me lleva a una cuestión de la que quería hablarle». Cuando dije esto, se puso blanca. Debió de creer que iba a darle mi aviso de despido, cosa que, desde luego, no le interesaba. Un pavo quemado es un pavo quemado, pero menos da una piedra. «Es lo siguiente: he pensado que podría apuntarme a clases de cocina por las tardes», dije yo.

Llevaba ya un tiempo pensándolo, y lo del pavo terminó de decidirme. Verán, había sido mi fallo más grave, y al fin y al cabo los pavos son caros. Aquel pajarraco era un cargo de conciencia. «Es una idea estupenda», dijo la señora Gibbons relajando los músculos faciales al tiempo que le volvía el color a la cara. Pero enseguida se le volvió a agarrotar la mandíbula, y añadió: «Pero tendrá que cargar usted con el coste, por supuesto». Era todo genio y figura.

Busqué un poco, y me decidí por un sitio llamado la Gran Escuela de Cocina Continental de Leon. Era un edificio que imponía mucho desde fuera, aunque luego descubrí que la parte que

tenía él era en realidad muy pequeña, solo una sala amplia en muy malas condiciones. Pero las clases salían baratas, dos chelines y seis peniques por una clase en grupo y cinco chelines por una particular. Para empezar, escogí seis clases en grupo.

Monsieur Leon era un hombre de mediana edad, que tenía una mata de pelo alborotado cubierta por uno de esos gorros altos de chef. Tenía un aspecto ciertamente profesional, y no se puede negar que era un buen cocinero. Nos enseñó a hacer algunas cosas fantásticas a partir de poca cosa; eso gustó a lady Gibbons.

Por ejemplo, una de las lecciones fue cómo hacer hojaldre. Subió más de lo que nunca he visto subir ninguna masa, y eso que lo hizo con margarina. Claro que nunca nos dejó probarlo, cosa que seguramente fuera preferible.

Mientras enseñaba no dejaba de hacer comentarios como los que corresponde hacer a un francés. Decía *voilà, comme ci, comme ça, y oui, oui*. Yo no sabía siquiera lo que significaba aquello, pero a mí me sonaba muy francés, así que me fie de las apariencias.

Cuando asistí a mi primera clase particular tuve ocasión de pasar al otro lado de la mesa y me acerqué a sus dos cocinas de gas y a las cosas que había a su alrededor. ¡No he visto nunca nada igual! Había cazuelas a montones, con trocitos de comida que debían llevar ahí dentro desde tiempos inmemoriales; en aquellas cazuelas había suficiente penicilina para curar a un hospital entero, de haberse sabido lo que era la penicilina. Las sartenes estaban pegadas a las cocinas de gas por culpa de la grasa enfriada, y el olor, bueno, el olor pudo conmigo, ni más, ni menos. Dije: «*Monsieur* Leon, ¡está todo mugriento!», y luego me desmayé, me caí redonda al suelo.

Cuando recobré la conciencia, *monsieur* Leon estaba inclinado sobre mí dándome una gota de brandy; él también se había servido media copa. Según me hablaba, noté que había perdido todo rastro de acento francés. Le dije: «*Monsieur* Leon, usted es tan francés como yo china». Y él me respondió: «Pues claro que no soy francés», y entonces, animado por el brandy, empezó a hacerme confidencias. «Durante la guerra, me destinaron a la cocina para preparar el rancho. Con eso aprendí los rudimentos. Después, deserté. Tenía novia allí, y de hecho, nos casamos. Ella me dejó luego, pero para entonces yo había aprendido bastante de cocina. Entonces me volví a Inglaterra y puse en marcha esta escuela». Yo le pregunté: «¿Cuál es su nombre auténtico?». Y él me dijo: «Percy Taylor. ¿Cómo iba a montar una Escuela de Cocina Continental de Percy Taylor? ¡No habría tenido ni un alumno! Así que me puse Leon y empecé a decir algunas de las palabras francesas que aprendí. Sabía más, pero se me han ido olvidando». Yo pensé: «Sí, y lo que sabías de cocina francesa se te habrá olvidado también». Así que aquella fue la última vez que fui a su escuela. Lady Gibbons tendría que conformarse con la cocina *à la Margaret*.

Una de las cosas que ella no podía soportar era que algo se rompiera —y como ella, muchas más—. En el servicio doméstico, las roturas son riesgos laborales, sobre todo cuando tienes mucho que fregar. Pero nadie lo reconoce, y lady Gibbons menos que nadie. Siempre pasa lo mismo cuando se me cae algo: «¿Qué ha sido ahora, cocinera?», preguntan. Yo se lo digo. Y ellas se ponen: «¡Oh, no, eso no!», como si fuera su posesión más preciada. Es una cosa curiosísima. En todos los años que he trabajado en el servicio doméstico he constatado que da igual lo que se rompa; siempre es algo a lo que la señora tenía «especial cariño», o costaba «mucho dinero», o era «una herencia familiar», o era «insustituible», o tenía «valor sentimental». Nunca se trata de

un objeto cualquiera que puedas ir a comprar a la tienda. A mí me recordaba a un empleado de mudanzas que estaba embalando porcelana y rompió una fuente. La propietaria le dijo: «¡Ay! ¡Esa fuente tenía más de cien años!», y el empleado le contestó: «¿Ah, sí? Pues ya le había llegado de sobra su hora, ¿no?».

Una mañana, lady Gibbons bajó y anunció que la familia iba a ir al campo a pasar un par de meses, no sé dónde en Yorkshire, y que iban a cerrar la casa. Dijo que a Olive le habían buscado una plaza en casa de unos amigos; a mí me extrañó que Olive le dejara buscarle otro puesto. Yo, desde luego, no habría querido trabajar para unos amigos de lady Gibbons por nada del mundo, porque la gente suele tener amigos que se le parecen. Añadió que a mí me llevaban con ellos y que, como allí ya tenían cocinera, yo iba a ser la camarera.

Todo ello sin nada de «si no le importa», ni si me parecía bien cambiar de rango, ni si tenía inconveniente en ir a Yorkshire. ¿Qué se creía que era yo, un trasto que se puede trasladar así como así? Yo estaba decidida a no ir a Yorkshire por nada del mundo, ni aunque me ofrecieran el doble de dinero. No como camarera. Me las habría visto y deseado si tuviera que servirles a la mesa. Bastante mal lo pasaba ya con solo entrar en la misma habitación que ellos, así que ni pensar en tener que esperarles mientras comían.

Cuando le dije que no quería irme de Londres, me explicó que el lugar al que iban estaba en pleno campo, en un sitio precioso. No se podía imaginar que eso iba a terminar de convencerme para quedarme, porque yo ya había tenido bastante campo con mi visita al pueblo de Olive.

Ya podía figurarme cómo sería Yorkshire. Me imaginaba un lugar perdido en el páramo, y a mí ahí atascada en compañía de sir Walter y lady Gibbons. El campo no me gustaba nada. Cuando has visto una vaca, o un árbol, ya los has visto todos, me parece a mí. Una vaca tiene cuatro patas y un árbol tiene ramas, pero no hacen nada, ¿verdad? A mí me gusta hablar, la gente, y las cosas que se mueven con un propósito.

Cuando lady Gibbons se dio cuenta de que no me iba a marchar con ellos, intentó conseguirme un trabajo temporal; ya ven que quería que alguien volviera. De lo contrario, tendría que darme un permiso de ocho semanas completas con paga, y la sola idea podía con ella. Yo dije: «Bueno, mi lady, no me importa hacer un trabajo temporal. Lo aceptaré, pero si al final me conviene el puesto, sintiéndolo mucho considerará conservarlo. Así que no es seguro que vuelva aquí cuando ustedes regresen». Esto era demasiado para ella, yo sabía que no me dejaría marchar.

En aquel momento no dijo nada, tenía que hacer como si fuera ella quien tomaba la decisión. Pero al día siguiente volvió a bajar y dijo que sir Walter y ella habían pensado que, dadas las circunstancias, sería preferible no cerrar la casa, y que yo podía quedarme para cuidarla; si lo deseaba, podía vivir en ella. Me pagaría mi sueldo y quince chelines semanales para mi manutención. Aquello era perfecto. Conseguí dos meses de vacaciones pagadas, algo completamente inaudito. Estaba en el séptimo cielo.

Lo más curioso es que, una vez que regresaron, yo solo me quedé cuatro meses más. Puede que me hubiera acostumbrado a no tener nada que hacer. Cuando di mi aviso de despido les conté que el médico me había dicho que no me convenía vivir en un sótano oscuro con la luz encendida todo el día.

Cuando comunicabas tu aviso de despido, siempre intentabas dar la impresión de que

lamentabas marcharte, tenía que parecer que te habrías quedado de buena gana. Era por las referencias. Si no tenías buenas referencias, no podías optar a otro trabajo. Actualmente, la gente las falsifica, desde luego. Yo, de haberlo sabido, también lo habría hecho. ¿Fiarte de lo que dice de ti la última persona con la que has trabajado? ¡Qué va! De lo que veas, ni la mitad te creas. Puede intentar fastidiarte porque te vas. Si la gente fuera siempre de una honradez sin tacha, quisieran o no siempre te darían buenas referencias, si es que las merecías, pero la gente no es así. Yo no sé si lady Gibbons se tragó mi historia, pero las referencias que me dio fueron bastante buenas; no es que me pusiera por las nubes, pero dijo que era honrada, trabajadora y buena cocinera. ¿Qué más podía pedir yo?

22

Cuando dejé de trabajar en casa de lady Gibbons, decidí probar en el trabajo temporal, para variar. Pensé que así no me quedaría mucho tiempo en ningún sitio, que haría muchos trabajos diferentes en un breve período, y que de ese modo acumularía mucha experiencia. Es muy raro que dos personas tengan las mismas ideas de cocina. Hay a quien le gustan los platos muy elaborados y a quien le gustan los platos sencillos, quien prefiere los dulces y quien opta por las cosas saladas. Así que creí que acumularía muchos conocimientos y experiencia haciendo diversos trabajos.

Sin embargo, me salió el tiro por la culata. Descubrí que, por lo general, la gente que ponía anuncios solicitando una cocinera temporal lo hacía porque ninguna cocinera que se preciara se quedaría con ella de modo permanente. El primer trabajo que acepté era en Stanley Gardens, en Notting Hill Gate.

No hace mucho esa calle se hizo famosa por un asesinato que se cometió allí, pero por entonces era un sitio lleno de casas victorianas grandes y feas que ya empezaban a perder lustre.

La gente para la que trabajé era un matrimonio judío, los señores Bernard. No eran judíos ortodoxos; no comían cerdo ni panceta, pero tampoco hacían todas las cosas que hacen los judíos ortodoxos, como guardar por separado los paños, cubiertos y utensilios que se usan para los lácteos. Tiempo después, tuve otras dos ocasiones de trabajar con familias judías que eran muy generosas, pero los señores Bernard, desde luego, no entraban en esa categoría. Eran de una tacañería sin nombre. A su lado, lady Gibbons era como el cuerno de la abundancia, si bien el trato era más fácil con ellos que con ella.

Por ejemplo, mi dormitorio, así como los de la doncella y la camarera, estaban amueblados con menos de lo estrictamente necesario. Las camas eran duras como la piedra, y hacían oficio de mantas unas cortinas afelpadas de las que todavía colgaban los pompones. La mía era verde, y las otras dos, rojas. Las habían cortado por la mitad, por lo que por un lado había un ribete con flecos y, por el otro, solo un dobladillo sencillo. Había una silla y un mueble esquinero para colgar la ropa; pero no era un armario, sino simplemente unos cuantos ganchos con una cortina. Y, para terminar, un aguamanil con una pata rota; lo habían calzado con unos libros.

La señora Bernard padecía de flebitis y nunca dejaba de quejarse, ni de enseñar la pierna a todo el mundo, sin excepción. A mí aquello hacía que me subiera por las paredes. Cuando me iba por la noche a la cama, intentaba subir las escaleras como un ratoncito, porque si me oía pasar junto a su dormitorio, decía: «¿Quién anda ahí? Ah, es usted, cocinera, ¡pase, pase!». Y a mí no

me quedaba más remedio que entrar y mirar aquella horrible pierna que ella sacaba de la cama. Era una visión de lo más desagradable. La tenía toda hinchada, como una vejiga de manteca. Supongo que tendría que haberme dado pena, debía dolerle y, desde luego, le costaba trabajo moverse, pero por culpa de su constante alarde de aflicción, yo era incapaz de sentir lástima, y la mera visión de su opulento dormitorio, comparado con el nuestro, me ponía de malas. Ahí se pasaba el día entero, comiendo bombones y exhibiendo la pierna. Yo creo que se sentía orgullosa de ella. En todo caso, debía pensar que mostrarme compasiva formaba parte de mi trabajo.

Edna, la camarera, tenía que subirle un bollo con mantequilla antes de irse a dormir, por si por la noche se le abría el apetito. Si no se lo comía, lo mandaba abajo para la gente de la cocina. Pero yo nunca lo aproveché, por la sencilla razón de que aquel panecillo y aquella mantequilla se pasaban la noche entera en la mesita de noche. ¡Menuda higiene!

El señor Bernard era un caballero anciano de aspecto benévolo, pero su bondad no era más que superficial. Se habla de la belleza interior, pero créanme si les digo que hay algo que solo está en el interior, y es la bondad. Como la señora Bernard no podía bajar a la cocina a dar órdenes, era su marido quien lo hacía. Siempre intentaba arrinconarme en un espacio reducido, como la despensa o la trascocina, y entonces me ponía la mano en el brazo, o en el hombro, y tenía los dedos tan huesudos como los de un empleado de banca. «¿Podemos trabajar el menú?», decía. A mí me parece que lo que quería trabajarse en realidad era otra cosa, porque mientras yo escribía él se apoyaba en mi hombro. Estas melifluas muestras de pasión no me habrían molestado de haber ido acompañadas de algún tipo de recompensa, como un par de medias o una caja de bombones, pero nunca hubo tal cosa. Yo sé que él se conformaba con un poco de contacto, pero eso es algo que no gusta cuando viene de un hombre mayor, ¿verdad?

El señor Bernard era quien hacía la compra. Iba todas las mañanas al mercado de Portobello. Si quería una ensalada, me traía una lechuga y una remolacha, o una lechuga y unos tomates. Nunca había nada más. Para hacer una ensalada. Qué les parece. Él decía que suministraba material para el ingenio, pero a mí me parece que el ingenio necesita un mínimo de materia prima. Yo no sé obrar milagros; a veces me preguntaba si no me traería agua, para ver si lograba convertirla en vino.

El problema era que no podían permitirse tener tres sirvientas, pero con el tamaño de la casa tampoco podía haber menos, y las cosas no estaban nunca hechas como tocaba ni por ésas. Todo parecía viejo y desvencijado, excepto el dormitorio de la señora y el gabinete.

En la cocina solo teníamos un linóleo desgastado, unas sillas deformes de mimbre y un fogón antiguo, y todos los utensilios estaban viejos. Las escobas y los cepillos perdían cerdas constantemente, y nada se sustituía. No me sorprende que pusieran anuncios solicitando sirvientas temporales. Sabían que no iban a retenerlas mucho tiempo.

Me quedé tres meses, y lo único bueno que saqué de aquella casa es que allí inventé mi famoso entremés de arenque ahumado. Sucedió de una forma muy graciosa. Una mañana, para el desayuno, serví arenque ahumado, y la señora Bernard, que siempre desayunaba en la cama, no se comió el suyo. Cuando Ethel bajó la bandeja, yo lo cogí y lo tiré al cubo de los desperdicios. Pero cuando el señor Bernard bajó para darme las instrucciones para el día, dijo: «Cocinera, la señora quiere que le haga un entremés para la cena con el arenque que no se ha tomado en el desayuno».

Se me cayó el alma a los pies. No me atreví a decir que lo había tirado, porque eso habría destrozado a la pareja, y no me parecía bien dejar a nadie destrozado por culpa de un arenque. Así que me limité a decir: «Sí, señor, de acuerdo». En cuanto se dio la vuelta, corrí al cubo de los desperdicios y pesqué el arenque. Estaba cubierto de hojas de té y de trocitos de cosas asquerosas. Así que abrí el grifo para enjuagarlo. La mala suerte quiso que en ese momento estuviera fregando, y el arenque se me cayó en una palangana de agua jabonosa. Volví a pescarlo y lo pasé otra vez bajo el grifo, olisqueándolo todo el rato para asegurarme de que no oliera a jabón. Al final, creí haberlo conseguido. Faltaba por saber si no iba a tener un regusto jabonoso. Yo, en todo caso, le saqué toda la carne y la machaqué bien en el mortero, y añadí salsa Escoffier. Esta salsa es fantástica para disfrazar el sabor de algo que no quieres que se note. Lo envié arriba con su guarnición y bien decorado, y para mi sorpresa la señora Bernard mandó abajo a la camarera con una felicitación: «Dígale a la cocinera que es el mejor entremés que he comido nunca». Yo pensé: «Chica, ya lo sabes. Si quieres sabor auténtico, empieza por revolver las cosas en el cubo de los desperdicios».

Como ya se imaginarán, no tardé mucho en darme cuenta de que allí iba a aprender más bien poco. Así que me fui. El siguiente trabajo fue en Chelsea, con lord y lady Downall.

El contraste fue extraordinario. Eran las personas más amables y atentas que conocí desde que entré en el servicio doméstico. Desgraciadamente, si habían solicitado una cocinera temporal, era porque realmente la necesitaban. Su cocinera estaba en el hospital, e iba a estar fuera tres meses. Eran tan corteses y sencillos en su modo de tratarnos que, por primera vez desde que había empezado a trabajar, dejé de tener la sensación de que fueran una raza aparte y de que la distancia entre ellos y nosotros fuera insalvable. Se dirigían a nosotros exactamente igual que se dirigirían a personas de su mismo nivel.

Por ejemplo, a todos nos llamaban por nuestros nombres de pila. Fue el primer sitio en que estuve donde la gente de arriba —«ellos»— nos llamaban por nuestro nombre de pila.

La sala de los criados fue para mí otra revelación increíble. Estaba amueblada para ser cómoda, y la habían decorado teniendo en cuenta un patrón de colores. Había confortables sillones, una alfombra en el suelo, una lámpara de pie y otras lamparitas aquí y allá, cuadros y adornos. Eran cosas que parecían especialmente compradas para nosotros, y no trastos viejos procedentes de sus aposentos. Las cosas combinaban de verdad, no era un sitio con una mezcla de cosas del invernadero, el gabinete y el comedor. Era una sala acogedora, de modo que cuando tenías un poco de tiempo libre descansabas de verdad, aunque siguieras estando de servicio.

En los dormitorios también había distintos colores; el mío era verde. Tenía una alfombra verde, un edredón verde y mantas verdes con remates de raso, y era totalmente maravilloso porque también tenía una lámpara de noche y una mesa.

Todo estaba hecho de tal modo que realmente tenías la sensación de que se preocupaban por ti. Todos los sirvientes de lady Downall llevaban muchos años en su casa, y ninguno tenía la menor intención de marcharse.

Como ya he dicho, el motivo de que me contrataran era que su cocinera estaba hospitalizada. Para cuando saliera del hospital, iban a enviarla a pasar la convalecencia durante un mes, con los gastos pagados por lady Downall. ¡Un mes entero! Esas cosas eran para mí como una revelación.

Cuando eran los cumpleaños de los criados, siempre había para ellos un precioso regalo, nada de vestidos estampados, ni medias negras, cofias o cosas así, sino regalos de verdad. Cosas que no habrían pensado en comprarse ellos solos. Como muestra de lo buenos que eran, mi cumpleaños fue alrededor de seis semanas después de empezar a trabajar con ellos, y me hicieron un regalo. Yo no le dije nada a lady Downall, debió averiguarlo sola, porque me compró ropa interior de seda muy bonita, el tipo de prendas que yo nunca habría podido comprar, y eso que no llevaba en su casa más que seis semanas y que ella sabía que solo iba a quedarme en total tres meses, pero no hizo distinción.

Puede que fuera porque ellos eran aristócratas de verdad. Creo que su apellido tenía mucho abolengo.

Lord Downall había sido algo en la India, al igual que muchas otras personas para las que he trabajado. Él debió haber tenido un cargo importante. Nunca llegué a saber qué había hecho, o qué había sido. Era un hombre muy alto, de un metro noventa, con un aire extremadamente aristocrático. Tenía la mirada de la gente capaz de ver en tu interior.

Me acuerdo de la primera vez que le vi. Un día me lo crucé en las escaleras, y se paró y me dijo: «¿Es usted la nueva cocinera?». Yo le dije: «Sí, señor», mientras me ponía roja como un tomate, como se imaginarán. Entonces él me dijo: «Bueno, pues espero que se encuentre a gusto. Ya verá, esta casa es muy alegre». Desde luego, tenía toda la razón. La camarera me dijo una vez: «Tendrías que ver cómo es aquí la Navidad. Es una época en que lo pasamos estupendamente. Tenemos nuestro propio árbol y nuestros propios regalos, que se dejan junto al árbol; nada de subir y desfilar delante de ellos. Nos los dejan por la noche. En enero podemos ir al teatro, al que nosotros queramos, y no hace falta que vayamos juntos, sino que puedes ir con un amigo».

Sin duda, lady Downall nunca tuvo problemas con los sirvientes. En aquella casa, los sirvientes se preocupaban realmente por los señores. Si alguien me hubiera dicho antes algo así, yo le habría contestado: «Y un cuerno, nadie se preocupa por la gente para la que trabaja. Trabajas para ellos y lo haces lo mejor que puedes porque para eso te pagan, y porque te gusta hacer las cosas bien, pero no te preocupas por ellos».

Aquí también me pagaban cuatro libras al mes. Yo no le quería ningún mal a su pobre cocinera, pero no podía dejar de alimentar la esperanza de que surgieran complicaciones y no pudiera volver en un año, o así. Sentir eso es horrible, lo sé, pero ¡estaba tan a gusto!

¡Y era tan agradable cuando lady Downall bajaba por las mañanas! Me decía: «Buenos días, Margaret. ¿Tiene alguna idea para el almuerzo?», con un tono de voz muy amable. A veces me decía: «Margaret, dado que esta noche tenemos muchos invitados, hoy solo tomaremos un almuerzo frío. Así tendrá más tiempo para preparar lo de esta noche». Eso sí que es consideración, ¿ven? Una cualidad escasa.

Todo eso me incentivó para cocinar más y mejor que nunca. Una de mis especialidades eran los suflés. Yo hacía unos suflés fantásticos, por aquel entonces tenía mucha facilidad. Podían ser dulces o salados. Pero con aquellos fogones nunca pude lucirme mucho; a veces estaban demasiado calientes y el suflé salía disparado mucho antes de que el centro se cociera, o por el contrario no subían nada. He batallado tantos años con esos fogones que al final conseguía sacar de ellos algo en limpio, pero siempre los he tenido por mi peor enemigo. Sin embargo, allí había

una cocina de gas, y me salían bien.

Todas las noches, antes de acostarme, echaba un vistazo al *Mrs Beeton's Cookery Book*. Era el libro que se usaba por aquel entonces. Yo elegía una receta y me la aprendía al dedillo, para que cuando lady Downall me preguntara al día siguiente si tenía alguna sugerencia, pudiera hacer esa receta, como quien no quiere la cosa, como si fuera algo que hacía a menudo. La elaboraba mentalmente, hasta que el plato era la perfección absoluta. En mi cabeza lo era, desde luego, pero no siempre era así al llegar a la mesa. Es algo que les pasa a todas las cocineras, que lo planeamos todo, pero las cosas no siempre salen como esperamos. Lady Downall por lo general apreciaba mis sugerencias, y una vez me dijo: «Le tengo muchísimo cariño a Aggie (que era la cocinera titular), que tantos años lleva con nosotros; empezó siendo pinche de cocina en casa de mi madre. Pero todas esas cosas distintas que usted sabe preparar han supuesto un cambio muy agradable». No podía figurarse que me había pasado media noche en vela para aprendérmelas.

A lady Downall le gustaba mucho ir al mercado Caledonian. Ahora ya no existe, pero por aquel entonces era un mercado con mucha actividad; estaba en Camden Town. Le gustaba darse una vuelta y mirar las antigüedades genuinas. Al menos, así es como las llamaban allí: antigüedades genuinas. Nosotros la acompañábamos por turnos, y era muy divertido. El chófer llegaba con el coche a eso de las diez de la mañana. Yo me sentaba delante, con él.

Era un hombre muy guapo, pero yo no podía hacer nada porque lady Downall podía ver si te estabas riendo demasiado, o algo por el estilo. En todo caso, por más que fuera guapo poco se podía hacer, porque ya le habían cazado. Estaba casado y tenía dos hijos.

Nosotras nos paseábamos por el mercado, y lady Downall se fijaba en los objetos que le gustaban y que le parecían de calidad. Nunca negoció los precios, porque decía que, en cuanto abría la boca, se metía en un lío. Lo que quería decir era que, de haber preguntado el precio, ellos habrían sabido que tenía dinero, y lo habrían subido en consecuencia. Así que, cuando veía algo que le gustaba, le pedía a quien le hubiera acompañado que se acercara a preguntar el precio, y a regatearlo.

Me acuerdo de que una vez, mientras buscaba algo que le gustara, yo estaba haciendo lo propio, y en un estante vi un cacharro azul, muy grande, con un asa a cada lado. Pensé que sería ideal para la aspidistra de mi madre —por aquel entonces todo el mundo tenía una aspidistra—. Así que me acerqué al tendero de una manera que a mí me pareció desenfadada. Pero ya se podrán imaginar que ellos saben perfectamente cuándo le has echado el ojo a algo, no se han caído de un guindo. Sin embargo, yo me puse a mirarlo todo, menos el cacharro, y me creía muy lista. Al final, le pregunté: «¿Cuánto es, ese cacharro azul?». Y él me dijo: «Para usted, diez chelines», y yo le contesté: «Entonces para cualquier otro será media corona, ¿no? Le doy cinco peniques». Y él dijo: «¿Cinco? Estará de broma. Además ¿para qué lo quiere?». Yo le expliqué que lo quería para la aspidistra de mi madre. «Buena idea, y cuando haya terminado de darle ese uso, puede cogerlo por un asa y ponerlo debajo de la cama. Se lleva dos cosas por el precio de una. ¿No le parece que eso bien vale diez chelines?». Me puse roja como un tomate y me batí apresuradamente en retirada. Nunca volví a ese puesto.

23

Los tres meses en casa de lady Downall se pasaron en un suspiro. Tal vez debido a la euforia de mis éxitos, decidí volver a probar suerte en el trabajo temporal.

Conseguí un puesto cerca de la estación Victoria. Era un edificio alto, lúgubre y tirando a desvencijado, y el interior no desentonaba. Era una de esas casas que parece que siempre han estado ahí.

En ella también estábamos mal alojadas y mal alimentadas. Por primera y última vez en mi vida, dormí sobre paja. El colchón era de paja echada directamente sobre la madera, sin muelles ni nada. De noche, cada vez que me movía, todo chasqueaba tanto que tenía la sensación de ser un caballo dándose la vuelta. Hasta en casa de mis padres las camas tenían colchones de lana que se podían sacudir para que resultaran cómodos.

La primera noche no pegué ojo, y cuando me levanté por la mañana tenía clarísimo que iba a protestar por la cama. Pero cuando dieron las diez de la mañana y bajó a darme instrucciones la señora que me había contratado, que se llamaba señora Hunter-Jones —se escribía con guión, y siempre había que decirlo entero—, me dio la sensación de que tenía una pinta tan feroz que el propósito de protestar se fue al traste. Me faltó valor para decir nada. Es terrible ser tan cobarde, pero verle solo la cara pudo conmigo. Me consolé pensando que servir allí no era una cadena perpetua, sino solo un trabajo temporal, y en aquel preciso instante decidí que de temporal no pasaría.

La doncella y la camarera llevaban dos años en la casa, pero para ellas no iba a ser fácil cambiar porque tenían, respectivamente, sesenta y tres y sesenta y cinco años. Las condiciones de trabajo estaban empezando a mejorar; no es que la gente hubiera cambiado de repente y se hubiera vuelto más humanitaria, sino que empezaba a haber alternativas de trabajo para las mujeres. Quien podía emplearse fuera del servicio doméstico, desde luego, lo hacía. Así pues, había un poco de competencia para conseguir criadas, y para los patronos eso implicaba tener que mejorar las condiciones. Lo malo para aquellas viejas criadas era que, con sesenta y tres y sesenta y cinco años, el único sitio donde podían trabajar era el servicio doméstico.

Tantos años de soltería y de trabajar en casa ajena habían dejado a esas pobres mujeres las manos retorcidas, la cara arrugadísima y muy malas pulgas. El aspecto de aquellos dos especímenes de feminidad marchita, sumado al de la feroz señora Hunter-Jones, me animó a marcharme a la primera ocasión. Yo por entonces no dejaba de pensar que podía casarme. Como ya he dicho, ése era mi principal objetivo, y cada vez que empezaba un trabajo nuevo pensaba que

alguien podía aparecer en mi vida, quizá alguno de los chicos de las tiendas. Pero estaba claro que, para tal efecto, aquella casa era un callejón sin salida. Además, el trabajo temporal ahí tampoco iba a ampliar mi experiencia, dado que los señores Hunter-Jones nunca tenían invitados y que la sencillez de la comida que querían era equiparable a la parquedad con que me la suministraban. Sin que cocinar supusiera el menor placer, sin más compañía que dos torvas sirvientas y en una casa silenciosa como una tumba, yo estaba muy abatida.

Cuando los demás criados son jóvenes y alegres, por más que la señora sea desagradable siempre puedes sacar punta a las cosas, aunque solo sea uniendo fuerzas contra ella. Nos dedicábamos a hacerles una especie de psicoanálisis de cocina, sin cabida para Freud. Creo que nosotros sabíamos de la vida sexual ajena mucho más de lo que él llegó a saber nunca.

Sin embargo, por más que mis adustas compañeras hubieran estado dispuestas a prestarse a ese juego, en casa de la señora Hunter-Jones no había materia prima para sacar el tema; tengo la íntima convicción de que la dama nunca llegó a saber lo que es darse el gusto. No tenía hijos, y un vistazo al marido terminó de confirmar mis sospechas. A decir verdad, aquel hombre era como un trofeo que, para lo que servía, bien podía haber estado colgado de la pared con las demás cornamentas.

Esa casa no solo carecía de compañía agradable; también carecía de un sitio donde sentarse a descansar. Ni siquiera había una sala para los criados. Te sentabas sin más en la cocina, rodeada por el calentador de marca Ideal, la cocina de gas, la mesa y el aparador. Así que empecé a salir por las tardes.

Tenía una amiga que también trabajaba sirviendo y que vivía apenas a diez minutos a pie. Me acercaba a verla a eso de las ocho y media, y siempre estaba de regreso antes de las diez. Esas escapadas no hacían daño a nadie, pero no fueron del agrado de las otras dos criadas. Yo sabía lo amargadas que estaban, pero no me imaginé que protestarían porque, al fin y al cabo, no les afectaba. Pero, como ellas no podían salir, ¿por qué iba a poder yo?

Al cabo de unas pocas tardes, informaron a la señora Hunter-Jones, a quien el dato sorprendió enormemente. Nunca había oído nada parecido, ¿una criada saliendo fuera del horario estipulado para las salidas! Me tocó tragarme un sermón larguísimo y aguantar preguntas sobre por qué quería salir a esas horas, cuando tenía libre la tarde de los domingos y otra más entre semana. Yo le dije: «Así es, señora, pero cuando termino de trabajar no hay dónde sentarse cómodamente». Ella me contestó: «Las demás cocineras se sentaban en la cocina, ¿por qué no puede hacerlo usted? No tiene usted libertad para salir cuando le plazca, en modo alguno».

Me puse a dar vueltas a sus palabras y a las dos viejas solteronas. Tampoco es que este incidente me hiciera detestarlas, porque veía de sobra lo infelices que eran.

Se llamaban Violet y Lily, y sus nombres seguramente les iban como anillo al dedo cuarenta años antes, pero en aquel momento, desde luego, no hacían juego ni con su físico ni con su temperamento.

En una de las raras veces en que tuvimos una conversación amistosa, me contaron que durante veinticinco años fueron camarera y doncella en la misma casa, perteneciente a una viuda sin hijos. Según Lily y Violet, aquella señora les prometió que, si se quedaban con ella hasta su muerte, les dejaría una pensión anual, dinero suficiente para que pudieran dejar el servicio doméstico e irse a

vivir juntas a un piso. Ya ven. A mí me pareció que habían sido muy tontas al creérselo. La señora se murió y resultó que no había testado, así que todo el dinero fue a parar al pariente más cercano, que era un sobrino, quien vendió la casa. Las pobres Violet y Lily tuvieron que conformarse con tres meses de sueldo, y a él le pareció que bastante generoso era, puesto que no se había estipulado que tuviera que darles nada.

Ya se podrán imaginar lo que fue verse despedidas con tres meses de sueldo después de veinticinco años de servicio, y justo cuando se creían que iban a poder descansar. Se entiende que tuvieran mala uva, ¿verdad?

La verdad es que estas cosas estaban a la orden del día. Era una manera de conseguir que los criados no te abandonaran cuando te hacías vieja. Pero no se puede confiar en esa gente. Yo, desde luego, no me habría creído ni una palabra.

El caso se complicaba porque ellas estaban convencidas de que su señora realmente les dejó el dinero, y que el sobrino se lo quitó. Yo intenté explicarles que hay cuestiones de testamentaría, notaría y todo eso, pero ellas no querían creerme. A nadie le gusta pensar que le han embaucado, ¿verdad? Esta historia me hizo entender por qué estaban tan amargadas.

Era evidente que tampoco sacarían nunca nada de la señora Hunter-Jones, que además les pagaba muy poco porque sabía que para ellas no sería nada fácil encontrar trabajo en otro sitio.

Yo tampoco veía que mi presencia en la casa fuera un alivio para ninguna de ellas. No vivía con dos personas gruñonas, sino con tres, así que di a la señora Hunter-Jones mi aviso de despido. El trabajo ese último mes fue muy desagradable. Un mes es mucho tiempo cuando la gente es antipática y, aunque mi presencia no empeoraba las condiciones de las dos viejas sirvientas ponía de manifiesto que para ellas no había ni las salidas ni el futuro que yo sí podía esperar. Lo único que tenían era su pasado, que no había sido precisamente bueno.

Mi principal preocupación eran las referencias, porque tenía la sensación de que las de la señora Hunter-Jones no iban a ser buenas, pese a que había entrado en su casa con una magnífica recomendación de lady Downall. Intenté que me las diera por escrito para poder conocer su opinión, en cuyo caso tal vez hubiera podido hacer algo al respecto, pero no quiso; dijo que nunca había oído semejante petición.

Cuando encontré un puesto que me interesaba y di el teléfono de la señora Hunter-Jones, lo hice con mucha inquietud. Sabía que no iban a conocerse, porque yo había decidido volver una temporada a Brighton, así que al menos no iban a tener ocasión de verse y tener una larga charla.

El trabajo era en The Drive, que por aquel entonces era una calle muy señorial. Me entrevistó una tal señora Bishop. Puse mucho empeño en explicarle que en casa de la señora Hunter-Jones solo había estado como empleada temporal, pero ella insistió en que iba a llamarla al día siguiente, antes de decidirse.

Cuando volví para conocer el veredicto, me dijo sobre ella: «Qué persona tan peculiar. Lo que me dijo cuando la llamé para pedir referencias sobre usted fue: “Bueno, creo que Margaret Langley podría cocinar si estuviera en casa para hacerlo pero, como quiere estar fuera mañana, tarde y noche, nunca tiene tiempo”». En condiciones normales, una referencia así habría sido como una condena, pero resultó que la señora Bishop vivía de un modo bastante raro, lo cual no la ayudaba a conseguir sirvientas que se quedaran mucho tiempo, y así, a pesar de los esfuerzos de la

señora Hunter-Jones, me contrató como cocinera, con un sueldo de cincuenta y dos libras al año. Era un buen sueldo, porque este trabajo no era temporal, sino permanente.

Puede que les parezca que insisto mucho en lo de las referencias, pero por entonces eran un asunto de vital importancia. A la gente le preocupaba que pudieras robar cosas, o que estuvieras trabajando «desde dentro» para una banda de ladrones. Querían saberlo todo de ti. Sin embargo, ellos nunca daban referencias de sí mismos, cuando a mí me parecía que teníamos derecho a ellas. Si ibas a trabajar como una esclava, si se iban tarde a la cama, si eran tacaños y egoístas, si te iban a tratar como si no valieras un pimiento. Nada de eso. En cambio, ellos querían saberlo todo de ti. Si no tenías una buena referencia del último sitio en que hubieras trabajado, de poco servía que llevaras desde los quince años en el servicio doméstico y que hubiera muchas personas a las que pedir referencias, y tampoco contaba que, si esa referencia era mala, fuera porque en tu último empleo tuviste la osadía de hablar de condiciones laborales. Los patronos no querían ni oír hablar de algo así: aquello era bolchevismo. «¿Cómo se atreve alguien de la clase baja a criticar a la alta?». Les parecía que las chicas como yo, procedentes de casas pobres, podíamos darnos con un canto en los dientes por trabajar en casas grandes donde nos daban comida y cama. Para los de arriba, cualquier casa era mejor que la tuya. Si decías que en tu última casa no tenías esto, o lo otro, se consideraba un amotinamiento, porque se daba por sentado que en cualquier caso sería mejor de lo que tenías antes. Que un criado aspirase a ascender y salir del sótano era para ellos algo inconcebible.

Hasta lady Downall era así en algunos sentidos. Recuerdo que una vez le pregunté si podía llevarme prestado un libro de su biblioteca, para leerlo, y en su cara se reflejó una gran sorpresa. Me dijo: «Sí, por supuesto, claro que puedes, Margaret. Pero no sabía que leyeras». Sabían que respirabas, que dormías y que trabajabas, pero no sabían que leías. Algo así escapaba a su entendimiento. Pensaban que en tu tiempo libre te ponías a mirar las musarañas, o que hojeabas revistas como *Peg's Paper* o *Crimson Circle*. Casi podías imaginártelos contándoselo a sus amigos: «Margaret es una buena cocinera pero, por desgracia, lee. Y encima, libros».

24

La casa del matrimonio Bishop era grande y tenía cuatro pisos. Era una casa independiente, con su sótano y sus escaleras traseras para los criados.

La señora Bishop fue para mí una revelación increíble. Yo me había acostumbrado a la férrea respetabilidad superficial de los de arriba, pero ella suponía un cambio enorme. Era italiana de nacimiento y tenía cerca de sesenta años. Sin embargo, se las arreglaba para aparentar unos treinta y, vista de espaldas, desde luego, los aparentaba. Tenía la cara como de esmalte. No sé cómo lo hacía, pero nunca se reía abiertamente, sino que se limitaba a reír tontamente para que nunca se le cuarteara la piel. No movía los músculos de la cara. Llevaba el pelo teñido y, como los tintes de entonces no eran tan perfectos como los de ahora, cada capa de tinte tenía una tonalidad distinta de la anterior, así que tenía el cabello desigual. La primera vez que la vi no podía dejar de mirarla. Tenía el tipo de una jovencita, delgadito, lo que por aquel entonces era poco frecuente. La gente no tenía conciencia de su propia figura, nadie pensaba en ponerse a dieta. Se tomaban todos los días sus almuerzos de primero, segundo y postre, o sus cenas de seis platos, y al diablo con la figura. Tenía una voz muy agradable, un poco ronca. Cuando me entrevistó yo pensé que tendría dolor de garganta, pero no. Estaba muy orgullosa de su voz y decía: «Es como la de Tallulah Bankhead, ¿sabe?». Tallulah Bankhead estaba de muy moda por aquel entonces.

Además de la casa tenían un piso en Londres, donde pasaban desde el martes por la tarde hasta el viernes por la tarde. Esto significaba que teníamos tiempo libre entre semana, pero nunca podíamos disfrutar de los fines de semana. Éste era el motivo de que le costara trabajo encontrar sirvientas, porque a las criadas en general les gustaba disponer de los fines de semana, especialmente si tenían novio. A mí, en cambio, me daba igual, porque aún no tenía.

Desde el viernes por la tarde hasta el lunes por la mañana la casa estaba siempre hasta arriba de gente. Algunos de los visitantes eran jóvenes dedicados a los negocios, y muchos eran parásitos del mundillo del cine y del teatro; ninguno tenía gran clase, pero todos eran jóvenes y de nacionalidades diversas. A la señora Bishop le gustaban mucho, mucho, los hombres jóvenes.

Los fines de semana ninguno de nosotros podía disfrutar ni tan siquiera de media hora que pudiéramos considerar propia. A mí no me importaba en absoluto, porque al menos había algo de vida, aunque la viviera por poderes.

En aquel hogar un tanto extraño era yo quien iba a recoger las instrucciones de la señora, que me las daba mientras se bañaba. Al principio aquello me horrorizaba, porque nunca había visto a nadie desnudo, ni siquiera a una mujer. Fue asombroso que, al cabo de un par de semanas, ya me

hubiera acostumbrado. Me sentaba en el borde de la bañera mientras ella me decía lo que quería.

Una mañana, a las diez, entré en el cuarto de baño. Me había acostumbrado tanto a hacerlo que llamaba a la puerta y entraba sin esperar respuesta. Pero aquella mañana, para mi disgusto, en lugar de encontrarme un cuerpo flaco, blanco y desnudo, lo que me encontré metido en la bañera fue un cuerpo enorme, negro y peludo. Era un italiano. Fue la primera vez que vi un miembro viril de tamaño natural, y la visión me hizo entender muy bien por qué Adán corrió a buscarse una hoja bien grande. ¡Yo también lo habría hecho de haber llevado puesto semejante objeto! ¡Qué impresión! Tardé alrededor de una semana en reponerme. Como se podrán imaginar, él no se esperaba que yo fuera a aparecer así. Le dijo a la señora que le gustaría bajar para pedir disculpas, pero ¡menos mal que no lo hizo! Después de haberle visto en cueros, ya no podía verlo vestido; lo habría visualizado todo el rato sin ropa.

Las demás sirvientas querían que les contara lo sucedido con todo lujo de detalles. Me decían: «Seguro que saliste corriendo», o: «Seguro que le echaste una buena mirada». Por aquel entonces se daba a estas cosas más importancia que ahora. En todo caso, desde aquel día ya nunca pasé el baño sin haber llamado y esperado respuesta, para asegurarme de que quien estuviera dentro fuese la señora Bishop.

Los jóvenes eran toda la vida de aquella señora. Dicen que la vida empieza a los cuarenta y, desde luego, ella debía llevar veinte años viviendo intensamente. Claro que no le faltaba atractivo. Se arreglaba muy bien la cara y siempre tenía las persianas medio bajadas; eso hacía que entrara una luz tenue que ayudaba.

Tenía discusiones acaloradísimas con aquellos jóvenes, y cuando pasaba eso yo sabía que a la mañana siguiente me tocaría una sesión lacrimosa. Me contaba siempre lo mismo, una y otra vez; debí oírlo montones de veces: «¿Sabe usted, Margaret? Salí del convento directamente para casarme, a los diecisiete años, y no había visto al señor Bishop hasta que me encontré a su lado en el altar. De joven nunca tuve la oportunidad de vivir. Me casaron con un hombre diez años mayor que yo. No había visto el mundo, y ahora es demasiado tarde». Como es natural, yo no podía más que darle la razón. A ella mi opinión le daba lo mismo, solo quería mi compasión. Yo no veía a qué venía tanto alboroto. Tenía una casa preciosa, criadas, joyas y una vida regalada. Vamos, que si aquello no era vida, era una imitación de primera. Con tal de tener una vida así, yo me habría casado con el mismísimo diablo.

El señor Bishop era harina de otro costal. Creo que era de origen alemán, pero se había cambiado de nombre durante la guerra. Era un hombre muy plácido. Aquel matrimonio, desde luego llevaba vidas separadas. Ella dormía en el segundo piso y él en el tercero, y no tenían nada que ver el uno con el otro. Iban y volvían juntos a Londres, pero cuando yo los conocí no estaban casados en toda la extensión del término; aquello se había acabado.

Aquel hombre me caía bien. Tenía sentido del humor. Mientras estaban en Londres, nosotras tomábamos posesión de la casa. Nos acomodábamos en el salón, poníamos sus discos y yo me sentaba al piano y lo tocaba ruidosamente. Uno de esos días me pillé la mano con un coche y casi me rompí el pulgar. Tuve que ir al médico, y me lo tuvieron que vendar. Cuando al día siguiente me crucé con el señor Bishop, me dijo: «¿Cómo va ese pulgar?». Yo le contesté: «Bien, señor, aunque trabajar con él así es un poco difícil». Entonces, él me dijo: «Sí, y tocar el piano así

tampoco debe ser fácil». Alguien debía haberle contado lo que hacíamos mientras ellos estaban fuera, pero me lo dijo guiñándome el ojo. No le importaba.

Al fin y al cabo, era poca cosa comparado con lo que tenía que aguantar de la señora Bishop. También hacía la vista gorda en ese sentido. Me enteré de que ella había intentado suicidarse un par de veces, o al menos escenificar un suicidio, tomando pastillas o algo así, y que uno de sus hijos estaba en Australia con un billete de «irás y no volverás»; le enviaban dos libras semanales para que no saliera de allí. Creo que había falsificado la firma de su padre en un cheque. Así que el señor Bishop ya había tenido su dosis de problemas en su momento, y no tenía intención de buscarse otros nuevos. No pertenecían, desde luego, a lo que podía llamarse la nobleza.

Pero en aquella casa había mucha vida, ¿saben? Cada dos por tres venían amigos italianos de la señora Bishop, que bajaban a la cocina, y me preguntaban si no me importaba que les dejara preparar platos italianos. A mí no me importaba, porque casi siempre eran jóvenes. Claro que armaban muchísimo jaleo y luego me dejaban la cocina hecha un asco, porque nunca se les ocurrió que podían ocuparse de limpiar, pero yo observaba lo que hacían y atesoraba todos los consejos que oía. Así que, aunque no podía afirmar que estuviera trabajando para gente «de buen nombre», me daba realmente igual. Me pagaban lo que me correspondía, tenía una vida alegre y divertida, y no necesitaba más.

Uno esos jóvenes italianos era el favorito que más tiempo le duró a la señora Bishop. Era heladero, de los de verdad. Se paseaba por ahí con un monito en el hombro que a mí me aterrizzaba. La señora Bishop le daba dinero. Era lo que se puede decir un gigoló. No tendría más de veinticinco años, y dado que la señora tenía casi sesenta, no creo que pudiera ofrecerle mucho, así que si alguna de las jóvenes sirvientas hubiera estado de acuerdo en tener con él un interludio, no se lo habría pensado. Bajaba a la cocina con aquel repugnante mono en el hombro y se ponía a darte conversación. Empezaba hablando de comida y cosas así, y luego te preguntaba: «¿Tienes novio?». Yo no sé a qué vendría esa pregunta. Después daba la vuelta a la mesa, se acercaba a ti, y yo no dejaba de moverme para ponerme fuera de su alcance, porque sabía perfectamente con qué intenciones venía y, desde luego, honrosas no eran. Conmigo nunca consiguió nada. No merecía la pena perder el tiempo con imposibles; yo tenía que centrar todos mis esfuerzos en los posibles, los que se te acercaban con buenas intenciones.

El otro día leí en el periódico que en Inglaterra, en las edades comprendidas entre los dieciséis y los veintiún años, actualmente hay cincuenta y seis mil chicos más que chicas. El dato me sacó de mis casillas, porque en mis tiempos, en Brighton, había cinco chicas por cada chico, así que pueden imaginarse lo mucho que tenías que pelear para conseguir uno y quedarte con él. Además, para nosotras no había ni un fin de semana libre, que era el único momento en que los jóvenes tenían un poco de dinero. Para cuando teníamos tiempo de conocer a alguno, estaba sin blanca. Por añadidura, cuando les decías que trabajabas en el servicio doméstico, siempre pasaba lo mismo: se les cambiaba la cara. Los menos educados soltaban: «¡Ah, esclavas!», y se largaban, y ahí te quedabas, compuesta y sin novio.

Una noche, Hilda, la camarera, vino conmigo a un baile. Hilda contaba a los chicos que era secretaria. Aquella noche nos juntamos con dos oficiales de la Marina. Si hubiera que establecer una escala de presumidos del mundo, los de la Marina Real Británica se llevarían la palma. No sé

qué rango tendrían, probablemente el más bajo. Además de presumidos, eran tacaños, porque nos acompañaron a casa en autobús; nada de taxi. Yo nunca aparenté ser más que la cocinera, porque siempre intentaba probar suerte dándoles algo de cenar. Pensaba que tal vez mi camino hacia un hombre pasara por su estómago. Los llevábamos a la cocina. Ya se imaginarán que no teníamos permiso para hacerlo, pero así compensábamos lo de no tener fines de semana. Justo después de que llegáramos, Hilda subió para ir al aseo, y el oficial que iba con ella se me acercó y me dijo: «No es secretaria». Yo, para disimular, le contesté: «Es lo que ella haya dicho que es». «Pues secretaria, seguro que no. Es la camarera de esta casa», aseguró él. «¿Cómo lo sabe?», le pregunté yo. «Porque la he llevado ahí, a ese sitio de la pila (se refería a la despensa del mayordomo) y, antes de permitir siquiera que me acercara a ella, se ha puesto a limpiar la plata», me dijo.

¿Qué les parece? Ella no se dio ni cuenta. Estaba tan acostumbrada a no dejar que la plata sucia se acumulara que se puso a limpiarla. Está claro que a ninguna secretaria se le habría ocurrido ponerse a hacer eso. Claro, que un oficial y caballero de verdad tampoco lo habría contado. La pobre Hilda nunca llegó a alistarse en aquella sección de la Marina. Lo que no quita para que aspirase a ello.

En todo caso, la vida para mí no era tan dura. Había un hombre para todo que se ocupaba de la caldera, de las escaleras de la entrada principal, de los zapatos y de las botas. El suelo de la cocina estaba muy bien, porque lo habían pavimentado con unas baldosas rojas muy lisas y bastaba con pasarles un paño húmedo para limpiarlas. El gran aparador que solía haber en todas las casas tenía aquí puertas acristaladas, y así las cosas no cogían polvo. Además, en la cocina había un teléfono. Después de la casa de la señora Hunter-Jones, poder cocinar cosas como filetes de salmón o liebre estofada, y hacer auténtica mayonesa en lugar de salsa bechamel era un verdadero placer. En esta casa entraban solomillos y traseras, y pude realmente practicar y aprender a cocinar.

Aunque ya había adquirido bastante experiencia, era un buen trabajo, y nunca tuve que hacer ninguna otra tarea de servicio doméstico, como ser camarera y atender la mesa. Solo hubo una excepción, y con ésa me bastó. Hilda enfermó un día en que la señora Bishop tenía invitados, y no podía atender la mesa. La señora bajó corriendo para pedirme que, entre plato y plato, me acercara a echar una mano. La doncella tenía que ocuparse del plato principal, y yo de ofrecer la guarnición. Yo sabía que iba a pasar muchísima vergüenza. Se pueden imaginar lo que es subir desde el calor de la cocina, con la cara toda roja, y encima ataviada con un vestido estampado. Cuando llegué al comedor, la señora Bishop anunció a todos los presentes: «Ésta es mi cocinera». Como era de esperar, todo el mundo me echó una mirada, lo cual no ayudó; me sentía como en una exhibición. Una de las guarniciones eran patatas nuevas, muy pequeñitas, dispuestas en una fuente que a su vez estaba colocada sobre una bandeja de plata. Con su salsa blanca de mantequilla y su hierbabuena, tenían una pinta deliciosa. Estaban bien calentitas. La primera invitada a la que tenía que servir era una francesa muy atractiva. Resulta que estaba tan nerviosa que me empezó a temblar la mano. La fuente se me escapó de la bandeja y todas las patatitas se cayeron. Fueron a darle a ella, en la cara y el regazo. Se levantó de un salto y profirió una sarta de palabras que no entendí. De repente me di cuenta de que una de las patatitas se le había metido por el escote, y no se me ocurrió nada mejor que intentar sacársela con la cuchara de servir. Aquella idiota no paraba

de moverse —la patata debía quemarle— y yo, en lugar de sacársela, lo único que conseguí fue aplastarla contra su pecho. Ella me quitó la cuchara de la mano y gritó: «Coshon, coshon» media docena de veces. Dirán de Oliver Twist, pero a la pobre era lo que le faltaba. Yo me volví abajo volando.

Alrededor de una semana después, cuando pensé que las cosas se habrían calmado, le pregunté a la señora Bishop qué significaba «coshon». Estaba convencida de que sería algo horrible. Ella me dijo: «Bueno, verás, no es más que la palabra que sirve para decir en francés “maldita sea”». Unos años después se me ocurrió buscarla en un diccionario de francés, y resultó que se escribía *cochon* y que significa «cerdo» o «canalla». Me dio igual. Ella se quemó con las patatas, y yo no.

A veces, entre semana, el señor Bishop se volvía de Londres. Creo que tenía una amante en algún sitio de Brighton; nunca llegamos a verla, pero teníamos el convencimiento de que venía por eso. Siempre nos llamaba antes para avisarnos de que estaba de camino, para no pescarnos nunca en alguna situación embarazosa. Si le apetecía cenar, nunca había de qué preocuparse, porque le gustaba tomar siempre lo mismo: sopa de menudillos —de eso siempre teníamos, porque siempre había pollo en casa—, sardinas a la parrilla y manitas de cerdo. Normalmente cogía las manitas de cerdo y se las comía a chupetones. Siempre comía lo mismo; eso era lo que le gustaba, no quería otra cosa.

Si nosotras habíamos previsto ir a bailar tampoco hacía falta que anuláramos nuestros planes, porque de hecho era nuestro tiempo libre, así que nos turnábamos para servirle la cena entre la doncella, la camarera y yo. Una se ocupaba de ponerle la cena mientras otra se arreglaba para ir al baile, de modo que a veces era una persona distinta la que le servía cada plato. Hilda le servía la sopa y se iba corriendo a cambiarse; la doncella le llevaba las sardinas y, cuando se marchaba, llegaba yo con las manitas. A él nunca pareció importarle.

Cuando yo ya llevaba allí varios meses, descubrí en él una aberración de lo más peculiar. Cuando volvía solo a casa, siempre tocaba la campana de su dormitorio a eso de las once y media de la noche, cuando nosotras ya nos habíamos ido a la cama. Tocaba la de arriba, la que estaba en el rellano al que daban nuestros cuartos, y Hilda o Iris, la doncella, se ponían la bata y bajaban a su dormitorio. Él entonces les pedía que le llevaran un whisky con soda, o una jarra de agua, o un libro que se había dejado en la biblioteca. Una noche le dije a Hilda: «¿Por qué siempre se espera a que estemos en la cama para llamar?». Y ella me dijo: «Es porque le gusta vernos con los bigudíes». Yo, muy extrañada, le pregunté: «¿Qué quieres decir?». Y ella repitió: «Que le gusta vernos con los bigudíes». Por aquel entonces no había rulos como los de ahora, sino unos bigudíes pequeños, de acero, y nos los poníamos antes de irnos a la cama porque estaba de moda llevar muchos rizos y, cuanto más durasen, mejor. Yo le dije: «Estarás de broma». Y ella: «No, te aseguro que es cierto». Así que le pregunté: «¿Y qué hace cuando os ve llegar con los bigudíes?». Ella me lo explicó: «Pues la verdad es que no hace gran cosa. Nos pide que nos quitemos las redecillas del pelo y nos toquetea los bigudíes, ¿sabes?». Yo no daba crédito a lo que oía. Me parecía que hacer algo así no tenía objeto, que era una estupidez. Quise saber si eso era todo, si se limitaba a tocar los bigudíes. Ella me dijo: «Sí, no hace nada más. Y siempre se le ve muy contento cuando lo hace». Así que ahí quedaba la cosa: ella se sentaba en la orilla de su cama y él toqueteaba los bigudíes. Aquello me pareció, y me sigue pareciendo, una manera de lo más rara de

darse gusto. No tenía sentido. ¿Dónde se ha visto que a alguien le guste ver a otra persona con bigudíes, y no digamos ya tocarlos?

Hilda e Iris se las apañaban bien con esta peculiaridad del señor, porque a cambio les regalaba cosméticos, cajas de bombones o medias. De haber querido, también yo habría podido. A él lo mismo le daba quién respondiera a la campana, siempre y cuando se presentara en bata y con bigudíes, pero yo nunca quise ir. No era que me importara que me viera con los bigudíes; aunque no hubiera dejado que ningún joven me viera así, porque eso habría sido el fin del idilio y de la posibilidad de conseguir a alguien que me mantuviera, por él no me habría preocupado. No, si yo no quería ir era porque se trataba de otra demostración de inferioridad de los criados. A él nunca se le habría ocurrido pedir a sus invitadas que le dejaran toquetear sus bigudíes. En cambio, las criadas podían alegrarse, porque a cambio les daba regalos. Sin embargo, Hilda e Iris no estaban de acuerdo conmigo. Decían: «Pero bueno, ¿qué más da, si no nos hace ningún daño y nosotras sacamos algo a cambio?». Yo intenté hacérselo ver, porque tenían aspiraciones y aquello no las llevaba a ningún sitio. Sin embargo, Iris me dijo: «Pero somos criadas, ¿verdad? Pues cualquier cosa que nos den por no hacer nada, mejor que mejor». Y Hilda dijo: «Pues a mí me trastorna y luego, cuando estoy atendiendo la mesa y el señor Bishop está ahí, hablando pomposamente con sus invitados, pienso a menudo que me encantaría dejar caer un bigudí en el plato».

Yo, desde luego, nunca en mi vida he oído hablar de aberración semejante. ¿Cuál podía ser la causa de que le gustara tocar bigudíes? Supongo que algo que le pasó de pequeño, o de joven. Puede que su madre se los pusiera, o algo así.

25

Más o menos por esa época pensé que había conseguido cazar a un novio permanente. Como se habrán figurado, no resultó tarea fácil, porque las oportunidades de que disponía eran escasas. Era un limpiacristales. Cuando venía a limpiar las ventanas de la casa, yo le proponía que bajara a la cocina y le daba té y pasteles que había preparado, me arreglaba un poco y me esforzaba por impresionarle. Siempre se dice que el camino hacia el corazón de un hombre pasa por su estómago, pero créanme, a veces cuesta mucho trabajo, porque en ocasiones tienen un estómago de lo más duro.

Éste, que se llamaba George, me invitó a salir durante tres meses. Tres meses enteros. A mí se me hicieron larguísimos, demasiado para considerar a aquel chico un posible marido. Tenía sus defectos, y el peor de todos era la tacañería. ¡Ese chico era el colmo de la tacañería!

Cuando íbamos al cine, compraba ciento cincuenta gramos de bombones, supuestamente para que yo me los comiera en el cine, pero luego él se los ponía en el regazo, o seguía sujetándolos con la mano, y se ponía a engullirlos solito. Tuve que espabilarme. En cuanto nos sentábamos, nuestros brazos empezaban a moverse como péndulos, y al cabo de tres minutos habíamos despachado los bombones, la bolsa estaba debajo del asiento y ya podíamos ponernos cómodos para ver la película.

Su tacañería también se hacía patente cuando pasábamos por delante de un pub. Era la peor parte de todas. Por aquel entonces, los pubs eran sitios a los que no podías ir sola, ni tampoco con otra chica. Si lo hacías, aunque fueras con otra chica, te ganabas una mala reputación. Todo el mundo se daba cuenta de que eras carne fresca, y como tal te trataban. Que te tomaras una copa en lugar de una taza de té no tenía nada que ver, era, simplemente, que no se hacía.

A mis padres les gustaba salir a tomar algo de vez en cuando. No bebían mucho, a lo sumo se tomaban dos medias pintas de cerveza normal o amarga cada uno. La cerveza de antes era fuerte y, dado lo fuerte que era, salía mucho más barata. Si te tomabas dos medias pintas ya notabas el efecto. Ahora puedes beber hasta inflarte como un pez globo y, sin embargo, volver a casa más aburrida que una ostra. Cuando mis padres iban al pub, me llevaban con ellos. Teóricamente a los catorce no tenías permiso para entrar, pero yo empecé a ir a esa edad porque era enorme y parecía mucho mayor. Al principio tomaba una limonada; luego me pasé a la cerveza con limonada, y de ahí a la cerveza amarga, y así me acostumbré a ir al pub. No era por la bebida, sino por la vida.

Por aquel entonces, en los pubs había vida. La animación que reina en ellos ahora está apenas un grado por encima de la que se encuentra en la morgue. Nadie habla con nadie, no hay vida ni

alegría, y menos ahora que los han convertido en una especie de salón de cócteles. Hace poco fui a un pub. Había un hombre, solo, que no dejaba de farfullar para sí mismo. Se había tomado unas cuantas copas, pero no hacía daño a nadie; solo estaba contento. El dueño se acercó dos veces para pedirle que parara, y a la tercera lo echó.

No sé si a ustedes les habrían gustado los pubs a los que yo iba los sábados por la noche con mis padres, antes incluso de entrar a servir. Estaban hasta arriba de gente, tenías que quedarte de pie y sujetar el vaso muy cerca del pecho, pero te sentías tan feliz y era muy alegre, había vida. Así es como empecé a beber. Me gustaba la vida en los pubs, y me sigue gustando. Prefiero ir a un pub a tomar algo antes que a ningún otro sitio. Por suerte, a mi marido le pasa lo mismo. (Sí, al final conseguí marido). Así que cuando tenemos un poquito de dinero echamos una canita al aire y, si no, solo nos tomamos un par de cervezas.

Aparte de la vida que hay en los pubs, había otro motivo por el que me fastidiaba que George no me llevara a ninguno, y era por los efectos que la bebida tiene en ti. Yo me ponía amorosa con solo beber un poco, y lo mismo les sucedía a los chicos jóvenes. Cualquiera chico, aunque fuera más feo que Picio y por mucho que sobria no me habría molestado ni en mirarle, me parecía Rodolfo Valentino en cuanto me tomaba una cerveza o dos. Como se podrán imaginar, tenía que andar con cuidado para no beber demasiado, había un límite. Podías llegar a los besos y a los mimos, para dejarles con la sensación de que la próxima vez podrían ir un poquitín más lejos, pero no querías que se te pusieran gallitos la primera vez que te acompañaban a casa. Al fin y al cabo, una solo tiene un lote de mercancía, y si se dedica a ir repartiéndolo a diestro y siniestro, cuando llega el de verdad resulta que le queda bien poca cosa que dar. En todo caso, cada vez que pasábamos por delante de un pub, George me decía: «¿Te apetece tomar algo?» y yo le contestaba: «Si a ti te apetece, a mí también». Entonces, él decía: «Si a ti te apetece». Y yo respondía: «Solo si te apetece a ti», pero para entonces ya habíamos pasado de largo y, al final, nunca llegábamos a entrar. Yo no quería que se notara que me moría de ganas de entrar porque, al fin y al cabo, yo veía a George como una institución permanente, y no quería dar la impresión de que estaba loca por entrar a tomar algo a un pub.

Así que al cabo de un mes o dos saliendo con él —no íbamos más que al cine, a las butacas más baratas, donde compartíamos ciento cincuenta gramos de bombones, y sin pisar jamás un pub —, decidí, aunque a regañadientes, que había llegado el momento de darle calabazas. Al fin y al cabo, si un hombre gasta poco en ti cuando aún no estás casada con él, no cabe duda de que, cuando lo estés, tampoco va a hacerlo. Si cuando sale contigo no te lleva al pub, cuando estés casada no querrá más que quedarse en casa al amor del fuego, ¿verdad?

Cuando lo pienso ahora me doy cuenta de que si me esforcé por seguir saliendo con él y me puse así fue porque había muy poco donde elegir. La verdad es que era un espécimen que daba pena. Ni siquiera era tan alto como yo, y además no tenía conversación. Le gustaba hacer maquetas, modelos a escala de aeroplanos. Me dijo que tenía una colección fantástica. ¿Se imaginan una casa llena de esos chismes, que no son más que nidos de polvo, sin poder hacer nada con ellos, y que encima ocupan un montón de espacio? Seguro que alguna acabó quedándose con él, y ahora estará echando pestes, por él y por sus dichosos aeroplanos. Sin embargo, ¿qué interés mostré yo en ellos! Yo le decía: «¡Es fantástico! ¿De verdad los haces tú? Me encantaría que me

enseñaras alguno», y cuando me trajo uno para que lo viera yo no escatimé elogios, cuando en realidad me importaban un comino. ¡La de mentiras que tenías que contar a los hombres para dejar claro que te interesaban, y todo porque no había donde elegir! Hoy, cuando a una chica no le gusta lo que hace un chico, o la pinta que tiene, le manda a paseo. Pero por entonces es que ni se te ocurría.

Había, desde luego, hombres mayores, siempre parece haberlos, y te dicen que llevan la juventud por dentro. Me parece muy bien, pero si tienen pinta de tener noventa años, a mí qué más me da. Y, encima, algunos tampoco son tan jóvenes por dentro.

Estuve un año con la señora Bishop. Para entonces me consideré realmente preparada para conseguir trabajo en un sitio donde hubiera más sirvientes, y donde pudiera tener una pinche de cocina. Contesté a un anuncio que vi en *The Morning Post*; me quería volver a Londres.

La casa estaba en Montpelier Square, Knightsbridge.

Eran holandeses, banqueros, muy ricos, serios y respetables. El señor tenía exactamente la pinta que yo esperaba de un banquero: una enorme panza atravesada por la cadena de oro de un reloj.

En esa casa constaté los distintos rangos del servicio doméstico. En otros sitios pude ver un atisbo, pero ahí estaba la galería al completo. El servicio contaba realmente como parte de la casa.

Había, incluyendo a la camarera personal de la señora, siete sirvientes, y cada uno teníamos nuestro propio dormitorio, que era realmente muy cómodo; además, nos consultaban sobre nuestros gustos. A mí me preguntaron si había algo que quisiera cambiar, si tenía suficientes mantas, si quería tener más lámparas en la habitación, y cosas así. Era obvio que de verdad querían que te quedaras, y que apreciaban que estuvieras allí.

La cocina estaba equipada con los aparatos más modernos de la época y, aunque seguía estando en el sótano, era clara y espaciosa, y estaba pintada de blanco, no de marrón chocolate hasta la mitad de la pared y verde el resto. En la trascocina, la pila era de esmalte blanco, y no uno de esos trastos de cemento, y las cazuelas eran de aluminio, un gran cambio respecto al hierro o al cobre.

Todo se había comprado especialmente para el personal de servicio, no había nada de «esto valdrá para el sótano». Nos daban los uniformes gratis. Hasta entonces yo siempre había tenido que comprarme los míos. La camarera, la doncella y la pinche de cocina tenían vestidos a rayas, y podían escoger el color que les gustara, rosa, verde o azul. Yo, como cocinera, podía elegir mis colores y mi estilo. Me enseñaron varios modelos, para que eligiera. Todo era muy distinto.

La señora era muy estricta. Todo tenía que estar perfecto, y pagaba en consecuencia. Las comidas tenían que servirse con la máxima puntualidad, y todos los platos debían estar preparados a la perfección. Pero ahora yo tenía la sensación de que ella estaba en su derecho de esperar que así fuera. Había demostrado que se preocupaba por nosotros, y en nuestra mano estaba preocuparnos por ella.

Ella organizaba personalmente algunas de las comidas, y en otras ocasiones era yo quien lo hacía. A veces tenía que elaborar yo el menú completo, y eso todavía era nuevo para mí. Al principio cometí algunos errores. Eran muchas las cosas que nunca había hecho, ni siquiera había

visto cómo se hacían. Pero yo sabía que podía confiar en la señora Beeton. No creo que le fallara nunca a nadie; en su libro tenía recetas para todas y cada una de las situaciones. Ahora la gente se ríe cuando lee: «Coja una docena de huevos y medio litro de nata», pero por aquel entonces, desde luego, lo seguías al pie de la letra.

Tener una pinche de cocina era de gran ayuda, desde luego, pero yo a ella no le hacía mucho bien, porque tenía tan malos recuerdos de los tiempos en que yo era pinche que estaba decidida a no ser nunca dura con ninguna. Sin embargo, me encontré con que no le faltaba razón a aquella bruja de la señora Bowchard cuando decía que siempre tienes que estar dándoles la lata para que se muevan.

La que yo tenía, a menos que estuvieras todo el rato encima de ella, nunca se molestaba en hacer nada, y yo no era capaz de ponerme estricta. No estaba acostumbrada a tener autoridad, no era capaz de darle órdenes ni nada de eso. Le pedía que hiciera algo y, si tardaba más de la cuenta, acababa haciéndolo yo. Hay que reconocer que, realmente, ésa no es la mejor manera de preparar a una chica. Pero la cuestión es que yo, sencillamente, no podía estar todo el rato encima de ella diciéndole que no hacía las cosas bien, que se subiera las medias y que se portaba mal. Por un lado, no era mi estilo y, por otro, si lo hacía yo terminaba antes. Pero eso no era una buena preparación para ella. Creo que le fallé.

La señora, en cambio, a mí no me falló. Al principio me pareció que su interés y su atención eran poco creíbles. Quiero decir que, después de tantos años mal alimentada y mal alojada, había llegado a la conclusión de que se necesitaba una revolución sangrienta para que mejorasen las condiciones de los trabajadores del servicio doméstico. Sin embargo, al cabo de unas semanas, me di cuenta de que la señora realmente quería que estuviéramos satisfechos en nuestro trabajo. No es que sintiera inclinación alguna por las clases bajas, no era eso. Era que pensaba que un servicio satisfecho hace que la casa funcione mejor, y estaba en lo cierto. Los criados que tienen la sensación de que se abusa de ellos pueden crear mal ambiente en la casa de muchas maneras, como no acudiendo raudos cuando oyen la campana, mostrándose huraños o insolentes, haciéndose los tontos o pareciendo ligeramente irritados, para compensar lo que no se les está dando. Pero aquí no hacían nada de eso. Como ya he dicho, no era que a la señora le interesáramos, y nosotros tampoco queríamos que así fuera. Lo que queríamos era lo que nos daba: que se nos pagara bien, y a cambio hacer un buen trabajo. En aquella casa me convertí en una cocinera muy competente y sé que mis esfuerzos los apreciaban tanto arriba como abajo, el personal de servicio, y de forma particular el mayordomo, el señor Kite.

Era un hombre de unos cincuenta años; llevaba desde los trece en el servicio doméstico. Empezó como paje y poco a poco fue ascendiendo. Su primer puesto fue en una casa de campo donde el servicio estaba compuesto por seis lacayos, dos mayordomos, seis mozas de cámara, seis doncellas, un cocinero, un ayudante de cocina, cuatro pinches y catorce jardineros: ¡era una casa enorme! El servicio externo vivía en unas casitas de la propia finca, y los de dentro ocupaban toda la parte alta de la casa. Figúrense que los hombres estaban estrictamente separados de las mujeres, y si se encontraba a cualquiera de los criados en la sección de las mujeres después de la hora de acostarse, se le despedía en el acto sin darle referencias.

Yo pregunté al señor Kite cómo era el trabajo en tales condiciones, y él respondió: «Verá,

ellos eran auténticos nobles». «Entonces, ¿en qué se diferenciaban de nuestros señores de aquí?», quise saber yo, y el señor Kite me lo explicó: «Verá, ellos estaban tan por encima de los criados que, literalmente, no nos veían. Cuando ya me habían ascendido a lacayo, una tarde yo estaba esperando en el comedor, después de que las señoras se hubieran retirado y mientras los caballeros se tomaban el oporto. Estaban hablando de un rumor muy escandaloso que tenía que ver con la realeza, y cada uno hacía su aportación a ese rumor. Uno de los invitados dijo: “Tenemos que tener cuidado de que nadie nos oiga”, a lo que el anfitrión respondió: “¿Quién iba a oírnos, si aquí estamos solos?”. Sin embargo, en aquel momento estábamos tres lacayos en la sala. Pero debíamos de ser invisibles. Hasta ese punto estaban por encima de nosotros. Para ellos, nosotros ni siquiera estábamos allí».

Una de las cosas que yo envidiaba de la gente de arriba era su forma de hablar. Deseaba con todas mis fuerzas ser capaz de hablar con tanto refinamiento. Una vez le dije al señor Kite: «Mire, si nosotros pudiéramos hablar como ellos, daría igual que únicamente tuviéramos dos peniques en el bolsillo; podríamos entrar en el Ritz solo con abrir la boca, y los camareros vendrían corriendo para llevarnos a una mesa. Sin embargo, tal y como hablamos, por más que llevemos cincuenta libras y pidamos una mesa, el único sitio al que nos van a llevar es a la puerta».

El modo de hablar del señor Kite era un poco redicho. Era como si a fuerza de mezclarse con los de arriba hubiera terminado, al igual que muchos otros, siendo como ellos en muchos sentidos. Era habitual que soltara obviedades como si fueran perlas de sapiencia. Le gustaba mucho ser mayordomo. Decía muy a menudo: «No me cambiaría por nadie; no hay que avergonzarse del esfuerzo honrado». Yo no sé qué querría decir con eso del esfuerzo honrado, se hacen muchas cosas poco honradas, pero ¡que yo sepa el esfuerzo no es una de ellas! También decía: «Un hombre solo necesita dos cosas en la vida: amor y confort».

La señora le proporcionaba el confort, y algunas veces me pregunté si no podría proporcionarle yo el amor. Él nunca me lo pidió, pero me atrevería a decir que la cercanía y mis platos podrían haberle predispuerto, de haber decidido que lo quería por marido. Como eso habría supuesto no dejar nunca el servicio doméstico, era una perspectiva que no cabía contemplar. En todo caso, fue en aquella época cuando hice realidad mi ambición de toda la vida. Salí de aquel sitio para casarme; fue mi último trabajo permanente en una casa.

26

Cuando pienso en los años pasados trabajando en el servicio doméstico, siempre me pregunto por qué nuestro trabajo tenía tan poca consideración. ¿Por qué se nos llamaba despectivamente «esclavos»? Puede que fuera por la naturaleza íntima de nuestro trabajo. Muchas veces pensé que era por eso, por desvivirnos por ellos, esa gente a la que todo se le ponía en bandeja cuando eran perfectamente capaces de hacer las cosas por sí solos. En muchos aspectos, no éramos más que siervos, más aún porque eran nuestros señores los encargados de regular nuestra existencia; ellos determinaban las horas que trabajábamos y la ropa que vestíamos —y no solo la que nos poníamos en el trabajo, sino también, hasta cierto punto, la ropa que nos poníamos para salir—. Hasta nuestro escaso tiempo libre estaba supervisado por el hecho de que nunca debíamos «volver después de las diez». No teníamos la menor libertad. Puede que por eso la gente mirara tan despectivamente nuestro trabajo, y a nosotros mismos: porque estábamos irremediamente atados a nuestros patronos.

Los patronos decían siempre que la formación que te daban te iba a ser muy útil para cuando te casaras y fundaras tu propia familia. Cuando yo dejé el servicio doméstico, me llevé dos cosas: conocimientos para preparar una sofisticada cena de siete platos, y un enorme complejo de inferioridad. Ninguna de ellas resultó útil en mi vida de casada.

Mi marido era un lechero que ganaba tres libras y cinco chelines por semana, de los cuales me daba tres libras, de modo que saber preparar una cena de siete platos no me servía de nada. Tuve que desaprender rápidamente todo lo que había aprendido de cocina, y volver al estilo de platos que preparaba mi madre cuando era pequeña. Todo el placer que podía sentir cocinando se desvaneció al verme obligada a pasar a ese estilo.

Ya se imaginarán que al principio de mi matrimonio preparaba muchos platos de capricho; pensé que a mi marido le gustarían. Hacerlos me costaba un mundo, porque por supuesto tenía que comprar los cortes de carne más baratos. Todo suponía un gran esfuerzo y, cuando terminaba, mi marido me decía: «No está nada mal, pero me habría conformado con pescado y patatas». Con semejante jarro de agua fría, abandoné enseguida.

Todo arte es público, ¿verdad? Quiero decir que la gente que pinta, esculpe o escribe libros necesita un público, por eso hace lo que hace. Pues pasa lo mismo cuando eres cocinera, que necesitas que alguien lo saboree y lo aprecie, no solo alguien que diga: «No está mal».

Así que no tardé en desprenderme del complejo de los siete platos. Erradicar el de inferioridad, en cambio, requirió un poco más de tiempo. Lo intenté. Por aquel entonces se

empezaba a hablar mucho de psiquiatría, psicología y demás, y había un sinfín de libros sobre cómo evitar sonrojarse y qué hacer cuando tienes complejo de inferioridad. Yo me compré uno de éstos, con la esperanza de que me explicara qué hacer con el mío. No solo leí libros sobre el tema, sino que además fui a cursos, en los que descubrí que el complejo de inferioridad se puede manifestar de dos formas: con timidez o con agresividad. Yo tenía la segunda forma. Les aseguro que no era un rasgo de carácter entrañable, y que no me ayudaba en absoluto en el asunto de *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*^[8]. Sin dinero, sin ser guapa y siendo agresiva, haces muy pocos amigos y no influyes para nada en nadie. Llegué a la conclusión de que la agresividad solo sirve si va emparejada con la belleza o el poder. Como no tenía ninguno de esos deseables atributos, el sentido común debería haberme convencido de que mi papel en la vida era el de ser un ama de casa oprimida, una de las millones de amas de casa que tienen aspiraciones pero nunca consiguen darles un uso.

No solo recibí consejos de los libros, sino también de la gente. Es increíble la cantidad de gente que hay dispuesta a dar consejos en todo momento, ¿verdad? Me decían: «Lo que necesitas es tener hijos», o: «Lo que te hace falta es volver a estudiar», o: «Te vendría muy bien viajar». Como el primero de estos consejos era el más fácil de seguir, opté por él. Me ocupó un tiempo, porque tuve tres hijos en cinco años. Tres niños. Pero seguí en las mismas.

Me acuerdo de cuando nació el último; era un domingo. Casualmente, mis tres hijos han nacido en domingo. No sé si eso podrá significar algo. Mi marido salió a buscar a la comadrona, que justamente iba para la iglesia y la interrupción no le hizo ninguna gracia. Igual se creía que la llegada de un niño se puede prever. En todo caso, su cara de pocos amigos al llegar no fue para mí de ninguna ayuda; dar a luz no es precisamente plato de buen gusto. Cuando nació, ella dijo: «¡Oh, qué pena, es otro niño!». Y yo le contesté: «Por mí puede ser un mono, con tal de que haya salido ya». Ella me miró escandalizada y me dijo: «Para mí, todos los niños que traigo al mundo son flores que nos manda el cielo, para que las plantemos en el suelo terrenal». Que alguien que no había producido ninguna flor —era una solterona— pudiera decir cosas así me animó a contestarle: «¿Y qué pasa con las semillas que caen en terrenos baldíos?».

Yo tenía una forma bastante prosaica de tratar la cuestión de los niños, porque cuando era pequeña vivía en una calle donde casi todos los que nacían eran fruto de juergas de sábado noche. Se les llamaba «niños de la cerveza».

Cuando Albert y yo decidimos casarnos, yo quería dejar de trabajar de inmediato, como es natural. Al fin y al cabo, todos los años que trabajé me los pasé pensando que al casarme podría irme a todo correr, así que di mi aviso de despido en cuanto se fijó la fecha de la boda.

Tenía un motivo totalmente legítimo para irme, y la señora se mostró muy amable. Tenía gracia que a ninguno de ellos le gustara que te fueras a otro trabajo, pero si te ibas para casarte era distinto. Era algo aceptable, y respetable.

Sin embargo, encontrar novio no lo era, y los señores tendían a degradar cualquier relación que pudieras tener. A mí me parecía que esperaban que fuera la cigüeña quien te trajera el marido. Sus hijas eran «debutantes» e iban a bailes y fiestas para conocer jóvenes pero, si alguna de las criadas se echaba novio, la llamaban «perseguidora». A mí me parece que «perseguidora» es un término degradante, que recuerda a las chicas que andan escabulléndose entre los callejones, sin

ver nunca la luz del día, y con un cualquiera que las cuida. ¿Por qué íbamos a hacer eso? ¿Por qué iba a estar mal que estuvieras enamorada siendo una criada, cuando ellos organizaban todo el lío de las debutantes para acercar a sus hijas a hombres jóvenes? Podían habernos dicho: «Si hay algún joven que te guste, puedes decirle que pase a la sala de los criados cuando termines de trabajar». Pero no, tenías que escabullirte por las escaleras de servicio para verle en la esquina de la calle con cualquier pretexto, como que ibas a echar una carta. Cuando tenías la tarde libre y te acompañaba al volver, no podías quedarte con él en las escaleras de servicio para despedirte. No era un joven, sino un «perseguidor». Te hacían sentir como si el hecho de que alguien del otro sexo se interesara por ti fuera intrínsecamente malo.

Nosotros decidimos casarnos por lo civil. No teníamos mucho dinero, y a Albert y a mí la pompa y el ceremonial nos daban un poco igual. Fue una boda con poco ruido. Me hicieron todas las observaciones inquisitivas habituales, como: «Te casas para dejar de servir», o: «¿Estás realmente enamorada?». No, no estaba locamente enamorada, pero le quería mucho, y me parecía que eso bastaba para que nos casáramos.

Dado que mi marido solo ganaba tres libras y cinco chelines por semana, de los cuales me daba las tres libras, puede que ustedes se pregunten por qué no busqué trabajo. Fue, sencillamente, porque por entonces las mujeres no lo hacían. Para los maridos de la clase trabajadora, la sola idea de que sus mujeres tuvieran que trabajar fuera de casa era un disgusto. Era como un insulto para ellos, porque daba a entender que no eran capaces de mantenerte. Si un hombre se quedaba sin trabajo, era distinto; en esos casos no quedaba más remedio.

El primer sitio en que vivimos fue en Chelsea. En el sótano de la casa de al lado vivía una mujer que se había casado con un ruso; se llamaba señora Balkonsky, y su marido, por supuesto, era un Boris. Tenían cinco hijos, y él ganaba más o menos la misma cantidad de dinero que Albert. Aquella mujer era una sombrerera extraordinaria. Podía haber ejercido esa ocupación a domicilio y así completar los ingresos familiares, pero su marido estaba tan sumamente en contra de que ella trabajara, o de que ganara un poco de dinero aparte de que él le daba, que no se lo consentía.

Yo, como se pueden imaginar, no quería salir para trabajar. Nunca tuve la sensación de que me sobrara tiempo, tan contenta estaba de pasarme una temporada sin tener nada que hacer. Aunque era feminista y defendía los derechos de las mujeres, tampoco iba muy lejos. Hice valer mi independencia en el gobierno de la casa y no me sometía en modo alguno a mi marido. Me parecía que compensaba lo que él me daba en todos los sentidos: en la relación física, en cómo llevaba la casa y en las relaciones sociales, pero no me sentía en absoluto constreñida por ninguna obligación con él.

Por otro lado, el único trabajo que sabía hacer bien era cocinar, y hacerlo habría significado salir por la noche para preparar cenas, y no creo que una mujer que sale a trabajar por la noche ponga unos buenos cimientos en su relación matrimonial.

Yo quería que mi matrimonio saliera bien, igual que otras cosas de mi vida. Después de pasarme tanto tiempo pensando en dejar el servicio doméstico, tardé mucho en tener la sensación de que la vida en casa se me quedaba corta, pero para entonces ya tenía tres hijos, lo que echó al traste cualquier aspiración. Cuidar de tres niños es, al menos para mí, un trabajo de jornada completa, porque he sido, creo, una madre en el más amplio sentido de la palabra.

Como ya he dicho, cuando nos casamos vivimos en Chelsea, que nos parecía la mejor zona de Londres. Pagábamos quince chelines semanales por un salón-dormitorio, con una cocina diminuta. Ahí nació nuestro primer hijo. Pero al crecer la familia, un salón-dormitorio se quedó pequeño, y tuvimos que mudarnos. Nos fuimos trasladando de Willesden a Harlesden, y de allí a Kilburn. Eran sitios lóbregos y desangelados, y también lo eran las casas.

Tuve tres hijos en los primeros cinco años de matrimonio y, para entonces, el dinero empezaba a ser muy justito; Albert seguía siendo lechero.

Un día que estaba fuera, cuando nuestro hijo mayor tenía unos cinco años, me encontré con una doncella con la que había coincidido mientras trabajaba. Me dijo que la gente para la que trabajaba estaba desesperada porque su cocinera no estaba y tenían invitados para cenar. Me preguntó: «¿Por qué no vienes y les preparas tú la cena?». Yo le contesté: «Sería incapaz, no he vuelto a cocinar así desde hace años». Ella me animó: «Seguro que enseguida vuelves a cogerle el tranquillo, estas cosas no se olvidan así como así. ¿Por qué no lo intentas?». Cuando volví a casa hablé con Albert y se lo expliqué. Aquello suponía por lo menos diez chelines, o una guinea, y ese dinero nos vendría de perlas para los niños, así que dijo que sí, y fui.

Hice un buen trabajo, y cuando terminé la señora de la casa bajó y me preguntó que si me gustaría que me recomendara a sus amigos. Yo le dije que sí. De vez en cuando, personas de su círculo de amistades me escribían para pedirme que fuera a su casa a preparar una cena. A veces era para seis personas, y otras hasta para doce, en cuyo caso también traían algunos platos de fuera. Cuando se trataba de una cena pequeña me pagaban una guinea, pero cuando era más elaborada cobraba dos. Teniendo en cuenta que mi marido solo sacaba cuatro libras semanales, incluso entonces, dos guineas era mucho dinero. Además, yo disfrutaba con aquellas excursioncitas. No solo les sacaba un dinero, sino que además me permitían asomarme a otro tipo de vida. La gente era muy distinta, muy amable. Ahora entraban y salían de la cocina, y hablaban contigo como si fueras una más. Las cosas realmente habían cambiado mucho en el servicio doméstico.

La vida transcurrió así, medianamente placentera, hasta 1942, cuando llamaron a filas a mi marido. Le reclutaron en las fuerzas aéreas, y yo decidí volverme a Hove.

No quería quedarme en Londres durante la guerra con tres niños pequeños, así que escribí a mis padres para pedirles que me buscaran una casa. Por aquel entonces era muy fácil encontrar casas en Hove, porque mucha gente se había marchado. No les gustaban los ataques relámpago que había por allí. Me consiguieron una casa con seis habitaciones por una libra semanal. Era fantástico, la primera casa que teníamos desde que nos habíamos casado. Lo más que habíamos llegado a tener eran tres habitaciones, con el cuarto de aseo compartido.

Me acuerdo de una que tuvimos en Kilburn, donde teníamos que bajar y pasar a través de la cocina de otra gente para ir al lavabo. Allí vivía un hombre al que, en los meses de verano, le gustaba sentarse en una tumbona justo a la puerta del lavabo. Había que pedirle que se apartara para entrar, y era de lo más incómodo. ¡Estoy segura de que fue ahí donde empecé a padecer estreñimiento!

Ahora todo era únicamente para mí, y vivía en la abundancia. Imaginarán la pinta que tenían nuestras cosas ahí dentro, porque solo teníamos con qué amueblar tres habitaciones y tuve que distribuir nuestro mobiliario por la casa. En cada dormitorio no había más que una cama, sin nada en el suelo, pero a mí me daba lo mismo.

En Hove, a los niños no les fue nada mal. Los tres fueron a la misma escuela primaria al principio, y luego superaron las pruebas para pasar a secundaria. Fue una gran alegría, pero también una fuente inmensa de preocupaciones, porque con tres niños a mi cargo no podía salir a trabajar, y la pensión alimenticia que me daban por la separación forzosa era muy escasa.

Solo Dios sabe cuántas cartas escribí a las autoridades educativas para que me ayudaran económicamente. Pero incluso así me costaba mucho trabajo salir adelante y, por más que a Albert lo ascendieran —para entonces era cabo—, no repercutía en casa, porque el gobierno recortaba mi pensión en la medida en que su paga crecía, así que para él no había ningún incentivo en intentar ascender.

Yo ya no podía seguir haciendo en casa la ropa de los niños. De haber sido niñas, habría podido, pero los niños tienen que ir igual que los demás; no puedes mandarles al instituto con trajes hechos en casa.

Me acuerdo de algo horrible, la única vez en toda mi vida en que he tenido que acudir a la beneficencia. Mis hijos solo tenían un par de zapatos cada uno, que mi marido remendaba cuando

venía a casa, pero ahora que le habían mandado al extranjero, yo no tenía quien lo hiciera. Estaba desesperada por conseguir que alguien los arreglara, así que acudí a la Asociación de Soldados, Marineros y Aviadores, que es la asociación caritativa para las familias de soldados, y ésta me remitió al ayuntamiento. Fue demasiado terrible para explicarlo con palabras. Para pedirles algo, tenías que ser muy dura de pelar. Había quien estaba acostumbrada a conseguir de todo con este sistema sin despeinarse, pero para mí era la primera vez. Fui allí muy nerviosa, y me puse roja como un tomate. Me sentía como una indigente. «¿Por qué quiere zapatos para sus hijos? ¿Por qué no tienen?». Yo respondí: «Solo tienen un par». Ellos me preguntaron: «¿Por qué no los lleva al zapatero?». Yo les expliqué: «No puedo, porque mientras los arregla, los niños no podrán ir a clase. No tienen más que ese par». Después de esta charla, me mandaron de nuevo a la Asociación. Volví y les expliqué: «Me han dicho que este caso es de su jurisdicción», pero ellos me contestaron: «No, nosotros no damos zapatos. Vuelva al ayuntamiento, e insista». Lo hice, y pasé otra vez por todo el proceso, al cabo del cual me dieron a regañadientes unos impresos. No te daban dinero, ni tampoco zapatos, sino unos impresos que tenías que llevar a una tienda especial de Hove.

Era una tienda de la que no dejaban salir con unos zapatos, sino con unas botas, las botas de la beneficencia. Mis hijos nunca se habían puesto botas. Nunca llegué a profundizar en cómo se sintieron ellos. Estaba tan obsesionada en cómo me sentía yo que nunca me ocupé de saber cuáles eran sus sentimientos. Iban al colegio con botas, y todo el mundo sabía que eran las botas de la beneficencia, porque eran de un tipo especial.

En la época en que mis hijos entraron en secundaria, su instituto era de pago. Como es lógico, los padres de los chicos que iban allí tenían una situación financiera mucho mejor que la nuestra. Muchos de ellos venían de escuelas preparatorias y tenían dinero. A algunos de esos niños les daban una libra semanal; ésa era su paga. ¡Una libra semanal! Yo no podía dar a los míos ni un chelín. Una vez hubo un pequeño problema con uno de ellos —había pintado bigotes en la foto del director— y ese director me dijo que eso de que se sintieran inferiores porque no tenían dinero no eran más que tontunas. «Yo me he hecho a mí mismo. Si conseguí pasar al instituto, fue gracias a las becas, y mi paga solo era de seis peniques semanales», me dijo. Pero los tiempos habían cambiado, y la gente tenía más dinero.

Otra cosa terrible era que, si tus ingresos estaban por debajo de cinco libras semanales, tenías derecho a almorzar gratuitamente. No había un solo niño en las clases de mis hijos que tuviera esos almuerzos gratuitos, y cada trimestre el maestro decía: «Que se levanten los que quieran talones para el almuerzo». Pueden imaginar cómo se sentirían. Imagínense que son el único niño de la clase cuyos padres no pueden permitirse pagarle el almuerzo. Entonces ni yo misma era plenamente consciente de la situación. De haberme dado cuenta, no habría sido tan ambiciosa como para matricularles en aquel instituto, desde luego. Yo me anticipaba escribiendo al maestro, porque sabía cuál iban a tener, y le ponía: «¿Tendría la amabilidad de no preguntar en voz alta quién va a tener almuerzos gratuitos?». Debo admitir que dejaron de hacerlo en cuanto se lo pedí.

Otra de las cosas en las que no había reparado era el deporte. Por ejemplo, el críquet. Yo no podía comprarles ropa o calzado para el críquet. Les conseguí camisetas de fútbol, pero no podía permitirme el viaje cuando los partidos eran en lugares distantes. Yo creía que eso era lo de

menos, que estaban teniendo una buena educación y que eso era lo que contaba, pero la verdad es que esas otras cosas sí son importantes.

Creo que a veces somos demasiado ambiciosos. Los educas y los metes en un entorno social al que no pueden pertenecer. La gente tiene el instinto gregario de los animales. Basta con que uno sea distinto para que le peguen la patada.

28

Con tantas dificultades, decidí buscar trabajo y volver a hacer labores domésticas. No podía ser cocinando, porque durante la guerra apenas había trabajo para las cocineras. Tenía que ser limpiando. Por aquel entonces eso se pagaba fatal. Al principio, me daban diez peniques por hora. Ahora, cuando lo piensas, parece increíble. Supongo que era el precio que se pagaba a todo el mundo, porque de lo contrario estoy segura de que habría pedido más.

Trabajé para un vicario, y aquello era la mar de duro. Ya saben cómo es una vicaría: que si el día de los *boy scouts*, que si el día de las exploradoras, que si el día de reunión de mujeres y el día de reunión de madres y, por supuesto, esas viejas instalaciones de las vicarías no están realmente pensadas para ahorrar trabajo. Se construyeron pensando que iban a estar llenas de criados. Sin embargo, a mí me gustó. Me daban poco dinero, pero había extras: comida que sobraba o, los días de mercadillo benéfico, la mujer del vicario siempre me dejaba pasar antes de que llegara todo el mundo para que me llevara lo que pudiera necesitar. Me decía: «Deje unos peniques y llévese lo que quiera», y así pude llevarme bastantes trajes y jerséis decentes para los chicos. Me quedé algún tiempo en aquel trabajo en la vicaría, y luego, un día en que estaba charlando con una amiga que trabajaba en lo mismo que yo, me dijo que a ella le estaban pagando un chelín y tres peniques por hora. La tarifa había subido cinco peniques por hora en un período bastante breve. Dado que ese tipo de trabajo solo se hace por una razón, y es el dinero, me puse a buscar otro sitio.

Lo primero que me sorprendió fue la diferencia con que me encontré, después de tantos años. Aquellas grandes casas, que antes estaban amuebladas con opulencia y tenían mucho personal de servicio, ya no tenían personal interno, sino solo a una persona unas horas al día. Gran parte de sus cosas, tan bonitas, ya no estaban. Habían tenido que venderlas para pagar el impuesto sobre la renta.

Muchas de aquellas señoras eran mayores, y aceptaban con entereza ese cambio en su posición social. Algunas me contaron cómo habían cambiado sus circunstancias, y cómo se habían esfumado sus posesiones. Me acuerdo de una a cuya casa iba dos mañanas por semana. Lo único que quedaba de su plata era una bandeja grande, una de esas que sirven para poner un juego de té al completo. Un día en que la estaba abrigando, la anciana, la señora Jackson, me dijo con un suspiro: «Margaret, cuando poníamos el juego de té en esa bandeja y el mayordomo la traía al gabinete, yo veía una imagen de seguridad. Nunca pudimos imaginar hasta qué punto iba a cambiar nuestra vida».

No podía evitar que me dieran pena, ni siquiera considerando que, comparando sus ingresos con los míos, aún salían bastante bien parados. Si te has pasado la vida con los bolsillos llenos, ser pobre es mucho más duro que si nunca has tenido dinero; y encima caer así, y tener que hacer tal cantidad de trabajo, a sus años. Cuando eres joven es fácil salir adelante; eres resistente.

Pero lo más gracioso, figúrense, era que, aunque solo podían permitirse tener personal por horas, algunos mantenían sus hábitos autocráticos. Se quejaban amargamente de la sordidez de sus vidas; les encantaba decir eso: todo lo encontraban «sórdido». Sus frases favoritas eran: «La clase trabajadora imita como un mono a sus superiores» —los superiores eran ellos, por supuesto—, y «El país está regido por una panda de don nadies que lo van a echar a perder».

Una de las señoras para las que trabajé se apellidaba Rutherford-Smith y un día me dijo: «Margaret, eres una excelente trabajadora y me caes bien, pero tienes un defecto, y espero que no te ofendas si te digo cuál es. Nunca me tratas de “señora”». —Acto seguido, agregó—: «Verás, Margaret, si yo hablara con la reina, la trataría de “señora”». A mí me dieron ganas de contestarle: «Sí, pero reina no hay más que una, y señoras Smith hay montones».

La señora Rutherford-Smith y los que eran como ella echaban de menos todas las pequeñas atenciones que eran su prerrogativa, como que se les saludara levantando el sombrero, la deferencia de los tenderos, o disponer de criados bien entrenados que los esperasen.

Muchas de las personas a cuyas casas iba por horas eran mayores y estaban solas, y yo era quien les ponía en contacto con el mundo exterior. Se hacía raro, porque muchas de ellas vivían en pisos, y cabría pensar que vivir en un bloque de pisos es un poco como estar en un microcosmos. Pero, sencillamente, no es así. Trabajé en por lo menos media docena de bloques de pisos y nunca me crucé con nadie, ni al entrar ni al salir. Todo el mundo parecía estar aislado en su propia celda. Tenían que vivir en esos pisos porque eran fáciles de mantener, pero era una vida muy solitaria.

Algunos, los que habían adoptado una postura filosófica, se ponían a hablar contigo como si fueras una de ellos, pero otros actuaban como si al sentarse contigo y ponerse en igualdad de condiciones estuvieran haciéndote un favor. También les parecía muy raro que una trabajadora por horas diera signos de inteligencia.

Me acuerdo de la señora Swob, aunque realmente no debería llamarla Swob, porque se escribía Schwab y ella lo pronunciaba «Swaib», que era como le gustaba que lo pronunciaran, y la enfurecía que casi todo el mundo lo pronunciara Swob.

La casa de esta señora estaba llena de antigüedades, acaparadoras de polvo donde las haya, en especial unos espejos redondos con enrevesados marcos dorados, y que yo me golpeará con alguna de las protuberancias de los marcos no le hacía ni pizca de gracia. «Tienes que tratar mejor las cosas, Margaret —me decía—. ¿No te gustan los objetos de valor?». Una vez, le contesté: «No, señora Schwab, no me gustan. Para mí no son más que cosas materiales. Coincido con lo que decía Chesterton acerca de la malignidad de los objetos inanimados, y creo que son malignos porque me roban mucho tiempo para quitarles el polvo, abrillantarlos y limpiarlos. Fíjese en aquel jarrón, ése que usted dice que vale cien libras. Si se cayera al suelo y se rompiera no sería más que tres o cuatro trocitos de porcelana sin ningún valor». Esto la dejó desconcertada unos segundos. «No sabía que leyeras, Margaret. Yo, desde luego, leo mucho». Esta señora era de las que, hicieras lo que hicieras, ella lo hacía diez veces más. Por ejemplo, una vez yo hablaba de

películas, y ella dijo: «Sí, yo podía haber sido estrella de cine. Quería serlo, pero por aquel entonces salía con el hombre que ahora es mi marido, y no me dejó. Todo el mundo lo lamentó muchísimo». Les sorprendería la cantidad de tonterías que tuve que escuchar. Te las soltaban y se quedaban tan campantes, y tú tenías que fingir que estabas convenientemente impresionada. Trabajas para ellos y quieres que te paguen, y si no fueran ellos, serían otros. Te dan trabajo para que seas un público entregado. Lo que pasa es que, si te dedicas a escucharles, no trabajas.

La tal señora Schwab tenía una costumbre de lo más molesta. Cada vez que iba a su casa, me decía: «Margaret, cuando friegue el baño, no se olvide de las esquinas». Le sirvió de bien poco. A partir de entonces dejé el cepillo de fregar y me limité a esparcir jabón por el suelo.

El colmo fue una mañana en que estaba barriendo la terraza y me dijo: «No barras en esa dirección, sino en la otra». ¿Dónde se ha visto semejante majadería? Cogí mi paga y no tuve valor para decirle que no iba a volver, porque sabía instintivamente que empezaría a soltar improperios; debía ser de esa clase de personas. Le escribí una carta de lo más elegante, o al menos así me lo pareció, en la que le venía a decir que «para ella debía resultar irritante tener que decirme cómo hacer las cosas, del mismo modo que para mí era humillante tener que escucharla».

En los trabajos por horas no tenías por qué preocuparte de las referencias. Valía con que dijeras que nunca habías trabajado fuera, o que la gente con la que trabajaste la última vez había fallecido. De hecho, todas las personas para las que yo había trabajado en último lugar habían fallecido. No sé si habrá alguna conexión siniestra, pero es la verdad.

No puedo dejar de pensar que la gente que en algún momento tuvo dinero a espuestas y de pronto tiene que arreglárselas con ingresos fijos sale peor parada que la gente de la clase trabajadora, porque esta última al menos tiene ingresos que aumentan con el coste de la vida. Pueden pedir un aumento y hacer huelga si no se lo conceden, o bien les dan una prima por la subida del nivel de vida. Sin embargo, la gente que vive con ingresos fijos, como esas ancianas, tiene que seguir aparentando una especie de espectáculo. Un lugar como Hove está lleno de esas damas de buena familia venidas a menos que pasan apuros para llegar a fin de mes. Pero pese a todo, y pese a algunos casos particulares que he mencionado, son personas que hacen una labor extraordinaria, porque se enfrentan a un modo de vida para el cual su educación no las ha preparado en absoluto. El aguante y las ganas de vivir de algunas de esas ancianas me llenan de asombro.

29

Cuando mi hijo pequeño ya estaba en la escuela secundaria y el mayor se preparaba para ir a la universidad, me di cuenta de que, quitando el estado del tiempo, no teníamos temas comunes de los que hablar. Los chicos volvían a casa y se ponían a hablar de historia, astronomía, francés y cosas así, algunas de las cuales no significaban nada para mí. Yo nunca intenté ponerme a su altura, pero decidí tratar de acortar distancias.

En lo primero que pensé fue en hacer un curso por correspondencia.

Pero, aparte del gasto, cuando haces un curso por correspondencia estás sola y, si no tienes ganas de trabajar, no hay nadie que te impulse a hacerlo; tampoco entras en rivalidad con nadie, y da igual lo mucho que tardes.

Entonces, uno de los profesores de historia de mis hijos me habló de unas conferencias impartidas por el profesor Bruce, docente externo en Oxford. No eran muy caras, creo que solo costaban un chelín por conferencia, o menos si te apuntabas a un ciclo completo, que era de veinticuatro ponencias. Cogí el completo.

Aquellas conferencias fueron fascinantes para mí. Debía de ser un profesor excelente, porque las conferencias eran de siete y media a nueve y media de la tarde con una pausa para un café, pero, muy a menudo, la ronda de preguntas se alargaba hasta las once de la noche, y yo no llegaba a casa hasta las once y media. Mi marido me decía: «No sé qué educación será esa que te están dando que te hace estar levantada hasta las once y media».

Pero a mí aquello me abrió muchísimo los ojos. Yo siempre había creído que la historia era algo muy árido, una sucesión de fechas y poco más.

Después me apunté a clases nocturnas de filosofía, historia y literatura. Lo único que realmente pudo conmigo fue la filosofía metafísica. Es sabido que, cuando empiezas algo, quieres ser lo más. No quieres hacer las mismas cosas que los demás; lo que buscas es algo que tenga un nombre pomposo, así que me apunté a filosofía metafísica.

Nunca llegué a saber de qué iba la cosa. Lo único que llegué a entender es que tenía algo que ver con ser hedonista, o algo parecido. Al cabo de seis sesiones, decidí que no era para mí, pero fue la única materia cuyos cursos no conseguí terminar.

¿Adónde me llevaba todo eso? Pues bien: superé el *O Level*, nivel ordinario, a los cincuenta y ocho años, y ahora estoy preparando el *A Level*, el nivel avanzado^[9], que espero sacar antes de cumplir los sesenta. La gente me dice que no entiende que lo esté haciendo, pero yo creo que es algo que viene de lejos. Todo lo que hacemos en la vida está relacionado, ¿no les parece? A mí

me gustaba ir al colegio y me dieron una beca que no pude aceptar, a raíz de lo cual empecé a trabajar en el servicio doméstico. Estaba descontenta, y ese descontento se reflejó en mi actitud hacia mi ambiente de trabajo. De haber llegado a ser otra cosa, creo que habría sido una militante contra esa forma de vida.

Cuando me casé y nacieron mis hijos me convertí, simplemente, en madre. Después, cuando empezaron a volar por sí solos, volví a sentir la necesidad de estudiar.

La gente me dice: «Será que te aburrías», pero no, no era eso. Esas semillas están en ti, y aunque pasen diez, veinte o cuarenta años, siempre puedes volver y hacer lo que querías en un principio.

¿Habría sido más feliz de haber podido hacer lo que quería de joven? Tal vez. No soy de las que pretenden que hay algo fantástico en ser pobre; a mí me habría encantado ser rica. No hay nada especialmente hermoso en ser pobre, vestirse mal y no ser capaz de ir a los sitios buenos. No envidio especialmente a la gente rica, pero tampoco la culpo. Intentan aferrarse a su dinero. De haber tenido dinero, yo también me habría aferrado a él. La gente que dice que los ricos tienen que compartir sus posesiones no sabe lo que dice. Si lo piensan es porque ellos no tienen tanto. Yo ni me plantearía compartir las mías.

Al repasar lo que he dicho puede dar la impresión de que estoy muy resentida por mi vida en el servicio doméstico. Si lo que predomina es la amargura, se debe a que ésa era la sensación dominante en mí, y porque lo que cuento son las experiencias que recuerdo.

Sé que todo eso está muerto y enterrado. Ahora no pasan esas cosas. Sin embargo, creo que merece la pena no olvidar que pasaron y que, pese a todo, teníamos momentos felices, y disfrutamos de la vida.

Pero recuerden que nunca me he acostumbrado a tener mucha libertad.

El servicio doméstico da amplitud de miras, y puede servir de inspiración para ir en busca de una vida mejor. Piensen en cómo vivíamos, y puede que, sin saberlo, estén tratando de emularlo. Puede que la posición social no signifique mucho, pero ayuda a allanar el camino en la vida.

En definitiva, pese a la impresión que pueda dar, no estoy amargada por haber tenido que trabajar en el servicio doméstico. Con frecuencia me pregunto qué habría sido de mí de haber cumplido mi ambición de ser profesora, pero ahora soy feliz y, a medida que mis conocimientos se ensanchan y mis lecturas se amplían, encaro el futuro con buen ánimo.

Notas

[¹] Este tipo de panecillos son típicos de Semana Santa. *[Esta nota, como las siguientes, es de la traductora]*. <<

[2] El juego, llamado *conkers* (castañas), consistía en atar las castañas con un cordel y golpearlas una contra otra, para tratar de romper la del contrincante. <<

[3] La autora se refiere a los dibujos realizados por el humorista George Cruikshank para *Escenas de la vida de Londres por «Boz»*, primera obra de Charles Dickens, que se publicó en 1836. <<

[4] Elaine, personaje secundario en la leyenda artúrica, se enamoró de Lanzarote del Lago y, con un filtro mágico, se hizo pasar por Ginebra, verdadero amor del caballero. <<

[5] Robert the Bruce, o Roberto I de Escocia (1274-1329) tuvo que librar muchas batallas, superar muchas intrigas y empezar de nuevo en muchas ocasiones para asentarse en el trono de Escocia.

<<

[6] El deleite de los caballeros. <<

[7] El acento *cockney* se relaciona estrechamente con la zona londinense del East End, pero se extiende por una parte del condado de Sussex. La palabra *Ripe*, pronunciada con ese acento, suena *rape*: «violación». <<

[8] Referencia exacta al título de un libro de autoayuda de Dale Carnegie, publicado en 1936, que fue un éxito de ventas internacional. En España se publicó en 1940. <<

[9] Estas titulaciones corresponden, respectivamente, al título de enseñanza secundaria y al de enseñanza preparatoria para acceder a la universidad. <<